

gros se denominan con el eufemismo criollo de *gente prieta o morenos*, y los fugitivos, *cimarrones*.⁵⁸ Los *azacanes* son exactamente como nuestros antiguos agua-dores; y los moriscos pronuncian como nuestros indios:

En el talega meter...
El tenda estamos armada...
Hedalgo, comprar tejeras
Abrir el ojo e merar.

La Lima del siglo XVII y de principios del XVIII, al aplaudir la España de Lope, se aplaudía a sí propia.

En esta ciudad tan íntima y ardientemente española, el influjo de Lope fue inmenso. Los *corrales* de comedias se atestaban y las librerías se colmaban con sus obras. Por algunas copias de escrituras que ha descubierto Mr. Lee, sabemos que los mercaderes de libros de la calle de las Mantas, expendían, desde 1606, numerosos ejemplares de *La Arcadia*, *La hermosura de Angélica* y *El peregrino en su patria*. Las gradas de la Catedral, en las anuales representaciones sacras, y todas las semanas los teatros de San Agustín y Santo Domingo, y el de la calle de Sacramentos, junto a la Huaquilla de Santa Ana, resonaban con los versos de Lope, ya que, para las exigencias del público, nunca se dieron a basto los pocos escritores dramáticos del país (de los que los más antiguos conocidos son el maestro Floristán de Lasarte, ayo del Encomendero D. Diego de Agüero el Mozo, y el clérigo Alonso del Aguila.⁵⁹ Había por lo menos dos compañías grandes, que alternaban entre las dos ciudades más ricas,

⁵⁸ *Los peligros de la ausencia*, Acto I, esc. 2a.— *Epístola al cronista Van der Hamen en La Circe*.

⁵⁹ Después, hacia 1624, era muy reputado escritor de comedias en Lima, Antonio de Morales, émtulo de Alonso Dávila, el marido de *la empedrada*. El pleito entre ambos existe en el archivo de la Municipalidad (Datos proporcionados por Mr. Bertram T. Lee).

Lima y Potosí. En Lima concurrían públicamente a los *corrales* de comedias los canónigos y curas; y los frailes solían asistir en los aposentos u *ocultos*, según nos lo refiere D. Gaspar de Villarroel, en su libro *Gobierno eclesiástico o unión de los dos cuchillos*. El animado biógrafo de Lope: D. Luis Astrana Marín, ha creído a este Obispo criollo Villarroel vituperador de Lope y su teatro,⁶⁰ porque toma como suyas las palabras latinas que Villarroel transcribe de las *Disputationes* del severo Padre Pedro Hurtado de Mendoza, precisamente para impugnarlas.⁶¹ La equivocación es manifiesta. Cuidó Villarroel de advertir: "No me atribuyan sus palabras los que aman comedias. Después las pesaremos, cuando en aquesta materia resolvamos". Sería como atribuir a Américo Castro⁶² los dicerios del alemán Habel, de que da cuenta. Villarroel rebate a Mendoza, sosteniendo que los sacerdotes pueden oír comedias sin pecado mortal; y ensalza a Lope demasiadamente, hasta en su vida privada, engañado por las piadosas exageraciones y las preocupaciones casi hagiográficas de Montalbán. Mejor informado se muestra en lo tocante a Villarroel, a juzgar por un reciente artículo aparecido en *La Prensa* de Buenos Aires, el elegantísimo crítico Azorín, que se orienta por una cita de Pellicer. Sólo que, no teniendo mucha obligación de conocer nuestras antigüedades, convierte a Villarroel en Arzobispo de Lima. Sin duda lo confunde con su contemporáneo Villagómez. Aunque nacido en Quito o Barquisimeto, fue Villarroel hijo adoptivo de Lima, como Oña,

60 Luis Astrana, *Vida azarosa de Lope de Vega*, pág. 442.

61 Fr. Gaspar de Villarroel, *Gobierno eclesiástico pacífico*, Parte Primera, Cuestión 3a., art. 6 cita al P. Pedro Hurtado de Mendoza, *Disputationes de las tres virtudes teologales*, Sección 28, Subsección 7, que dice: "Esse deplorandum interdum a sacerdotibus mille coemediae fertur composuisse unus et viginti earum volumina evulgasse, quibus plura peccata invexit in Orbem quam mille daemones; nec tamen supplicium unum cui ex his Auctoribus est inflictum". Sigue la refutación de Villarroel en castellano.

62 Américo Castro, *Apéndice a la Vida de Lope* por Rennett.

los Pinelos y Calancha, porque estudió en el colegio de San Martín de nuestros jesuitas, se doctoró en San Marcos, profesó en San Agustín, y enseñó largo tiempo en estos claustros de San Ildefonso, que hoy de nuevo escuchan su olvidado nombre. Ocupó las sillas episcopales de Santiago de Chile y Arequipa, y la arzobispal de Chuquisaca. Gran aficionado al arte dramático, como que nos confiesa que siendo novicio agustino se escapó al corral de comedias delantero, para presenciar una función, lleva su entusiasmo por Lope hasta panegirizarlo "por haber vivido tan reformado en sus postreros años y dado a Dios lo sesudo de su edad". El Obispo Villarroel va al extremo de declarar bárbaros los pueblos que se escandalicen de la asistencia de eclesiásticos a espectáculos escénicos decentes.

Conocía muy bien Lope su gloria en estas regiones; y así en *La Filomena* cantó con legítimo orgullo sus

*Noviecintas fábulas oídas
Por toda España, y muchas dilatadas
Al Pacífico mar.*

El fervor continuó en la segunda mitad del siglo XVII y en los primeros años del XVIII. Por el *Diario* de Mugaburu y la *Flor de academias*,⁶³ nos consta que era favorita de los limeños una de las mejores entre el infinito repertorio lopesco, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, con lo que demostraron nuestros abuelos excelente gusto, aun cuando ya la oyeran en la refundición de Montalbán. Y en el género lírico, Bermúdez de la Torre inspiró sus poemas mitológicos en el *Orfeo* y la *Circe del Fénix*; y el Conde de la Granja, al componer el largo y póstumo romance de la *Pasión*, procuraba, en la medida

⁶³ Mugaburu, tomo I, pág. 113 (Noviembre de 1665).— *Flor de Academias*, pág. 73. (Sesión del 4 de Noviembre de 1709).

de sus escasas fuerzas, seguir las huellas de los de las *Rimas sacras*.

Todo cambió a fines del siglo XVIII. La generación del *Mercurio* leía a D. Blas Nasarre, y se autorizaba con sus citas; a Nasarre, el acérrimo enemigo del drama castizo, y del gran Lope en especial. En el número de la famosa revista⁶⁴ al hablar de las diversiones públicas de Lima y sus teatros, se pide “un poco de gusto moderno en la predilección de las piezas”, y que “se destierren las comedias de santos, en un siglo y un país ilustrados”. Singular ilustración literaria, la que hacía desdeñar bellezas tales como las de *San Diego de Alcalá*, *El condenado por desconfiado* o *La buena guarda*. El Oidor Rezabal y Ugarte, que estuvo en el Perú de 1780 a 1792, y que fue Director de Estudios de San Marcos, escribe con displicencia: “La nación miraba el fecundísimo ingenio de Lope con una veneración casi supersticiosa, sin reflexionar que la misma asombrosa facilidad de su pluma le había hecho incurrir en muchos defectos, que no debía perdonar la crítica”. La triunfal rehabilitación de Lope comenzó entre los críticos de las razas del Norte, las antiguas rivales: con Lord Holland en Inglaterra, Fauriel en Francia, Ticknor en los Estados Unidos, Schack y Grillparzer en Alemania y Austria. La onda de fuego del romanticismo, al comunicarse a España, reivindicó naturalmente a su precursor; y aun los semiclásicos Lista y Martínez de la Rosa aprendieron a alabarlo. D. Agustín Durán lo había encumbrado a su merecido lugar en el memorable *Discurso sobre el teatro español antiguo* (Madrid, 1828) y en los tomos del *Romancero*. El modesto resumen de Gil y Zárate, que nos servía de manual en San Marcos hasta principios de este siglo, compendia los resultados de la crítica romántica española. Después, vinieron los gigantes prólogos de

64 *Mercurio Peruano* del día 13 de Enero de 1791, págs. 28 y 29.

Menéndez Pelayo; las investigaciones de La Barrera, Pérez Pastor, Tomillo, Rodríguez Marín, Cotarelo, Alonso Cortés, Castro, el Padre Aicardo, Gómez Ocerín, Millé y Montesinos; y para algunas particularidades Bonilla, Artigas, Cossío, Doña Blanca de los Ríos, González Palencia, Machado, el Marqués de Rafal; y las importantes y recientes de Amezúa, Astrana, Entrambasaguas, Herrero, Montoto, los Quinteros, Sáinz Rodríguez, García Cruz y San José, a esta falange, Méjico ha contribuído con los libros de Icaza y algún breve escrito de Alfonso Reyes; y D. José Toribio Medina, en Chile con el estudio sobre la comedia o auto *Araucana*, y el folleto sobre los versificadores americanos elogiados en *El laurel de Apolo* (1922). En el Perú, el Lope de *La Dragontea*, el que en su *Laurel* cantó a Pizarro y a vates limeños, el proveedor de nuestros viejos teatros, el amigo de *Amarilís* y de Esquilache está abandonado, como casi todo lo demás.⁶⁵

Gran lástima que lo esté, porque no es un autor fósil, objeto de mera y ociosa curiosidad. En su mole ingente, se hallan sugerencias de oportunidad actualísima. Su pleito del estilo con Góngora y los culteranos, su repudio de los vanos enigmas y del caos verbal, de lo que *parece concepto* y *es sonido*, equivale a nuestra protesta contra el resurgir del simbolismo fantasmagórico y las ímprobos naderías y tinieblas de la *poesía pura*. Su arte dramático en que la brusca rapidez de los tránsitos y lo palpitante de la acción predominan sobre la pintura minuciosa de los ambientes y caracteres, responde al dinamismo y a la concentrada expresión que hoy tienden, por legítimo contraste,

⁶⁵ Puede citarse ahora, en estos días del Tricentenario, el artículo de Aurelio Miró Quesada y Sosa, publicado en *El Comercio* de Lima del Domingo 25 de Agosto; resumen de la biografía de Lope, antes de los últimos descubrimientos y estudio del *vitalismo* y *popularismo* de su obra.— Ha ampliado dicho artículo en su tesis doctoral de Letras, que es análisis atento, minucioso y concienzudo de las obras escénicas de Lope relativas a América.

a reemplazar a los prolijos análisis y las descripciones inacabables. Su teatro, como toda la acelerada y despilfarrada dramaturgia española que él creó, fue un *cinematógrafo del alma*, y nos explicamos que por tener sobra de alma, y radicar todo su valer en ella, desdeñara la tramoya y el artificio de la escenografía, que lisonjeaba a Calderón. Lope es en todo un *intuitivo*, un poeta objetivo, de impulsos y de masas, aunque su psicología no sea tan somera como ciertos críticos van por allí repitiendo, y a menudo iguale a Alarcón y Tirso en la penetración de las almas femeninas. Lo que Cervantes planteó por manera definitiva en el *Quijote*, la oposición entre lo ideal y lo vulgar, lo noble y lo plebeyo, Lope lo ha mostrado mil veces, continuamente, en todas sus obras dramáticas, colocando junto al galán caballeresco el socarrón lacayo; y siempre le ha adjudicado el triunfo a lo heroico sobre lo bajuno, al valor sobre la cautela y el apocamiento, al espíritu sobre la materia. Realzó cuanto nos redime y dignifica, todo lo que nos salva de ser una sórdida factoría o un vil rebaño. Ha sido el cantor de todo lo grande y lo perenne, de la raza y de la tradición, de la magnanimidad y de la fe. Se unió con las aspiraciones de su pueblo y de su estirpe, en la inefable identificación de un aeda, en la sagrada impersonalidad de un símbolo. Por eso lo proclamamos animador y padre de la hispanidad entera, asentada en ambos continentes, como Homero lo fue del helenismo, difundido en el Mediterráneo.

Muy por cima de las efímeras variaciones y muy en lo hondo de los superficiales remolinos de los hechos cotidianos, están las fuerzas que de veras gobiernan la historia, las milenarias tendencias raciales, los arquetipos étnicos, las atávicas aspiraciones irreductibles, cuya virtualidad se realiza en las diversas culturas humanas. Lope es el depositario y el paladín de la nuestra. En la inconmensurable catedral de su obra, —pétreo esbeltez de naves

elevadísimas, altares fulgurantes, mediovaies sepulcros épicos, monstruos grotescos, tallas realistas, primores del Renacimiento, capillas churriguerescas—, se guardan la explicación y justificación de cuanto fuimos, el consuelo para nuestro poco halagador presente y ¿por qué nó? ¡tantas resurrecciones se han visto! y en el largo curso de los siglos, la rueda de la fortuna ha de dar vueltas; el aliento y la prefiguración para un digno futuro. El mismo Lope lo dijo:

*El Mundo ha sido siempre de una suerte:
Quien mira lo pasado,
Lo porvenir advierte.*

IV

SAN JUAN DE LA CRUZ

El discurso de Riva-Agüero en el homenaje a San Juan de la Cruz e incorporación de D. José Jiménez Borja en la Academia de la Lengua se publicó en el Mercurio Peruano, de Lima, vol. XXV, N° 189, dic. de 1942, pp. (594)-604, y en un folleto titulado Homenaje a San Juan de la Cruz (Lima, R. Varese, 1943) junto con los discursos del nuevo académico y de Mons. Fernando Cento, a la sazón Nuncio Apostólico en el Perú. El Comercio y La Prensa, de Lima, del 17 de diciembre de 1942, en sus informaciones de la ceremonia del día anterior publican resúmenes de los discursos.

IV

SAN JUAN DE LA CRUZ

CON esta sesión pública ejecuta hoy la Academia dos actos obligatorios y en verdad gratísimos: el solemne ingreso de D. José Jiménez Borja, electo hace ya tiempo, y la conmemoración cuatriseccular del gran poeta místico San Juan de la Cruz, cuyo elogio dicho recipiendario ha pronunciado.

El distinguido gramático y crítico Jiménez Borja nos tiene dadas muy lúcidas pruebas de idoneidad y competencia, de agudeza y discernimiento certero en los dilatados campos de la literatura castellana; literatura fecunda, gloriosa y múltiple, que es deber de nuestra Corporación representar y cultivar. Ni es la menor de aquellas pruebas el discretísimo discurso que acabamos de oírle y aplaudirle, y dignamente se suma a sus conocidos y excelentes libros didácticos, y a sus tan finos y ágiles estudios sobre los antiguos poetas peruanos de la República, entre los que son de recordar singularmente los dedicados a Felipe Pardo, Juan de Arona y Luis B. Cisneros, y en lo relativo a clásicos de España, su notable tesis doctoral sobre D. Luis de Góngora. Como lo habréis observado, posee co-

pioso y matizado léxico, que maneja con maestría. Al mismo tiempo no se excede muy de sobra utilizando (según por fuerza lo practicamos todos) los extranjerismos y grecismos, que hacen de la época presente neolatina la fiel correspondencia o reflejo de esa abigarrada complejidad verbal generadora en el Occidente de la delicuescencia del siglo IV, y en el Oriente helénico, del avanzado período alejandrino, si acaso ya no entramos en el largo crepúsculo de Bizancio.

Jiménez Borja y yo somos académicos que aceptamos sin trepidar los neologismos necesarios, a veces meros arcaísmos remozados, en la histórica transformación de acontecimientos y sentimientos. Novedades o restauraciones idiomáticas indispensables y loables, si se usan con la parquedad debida. También coincidimos ambos en principios capitales, de importancia harto mayor, contra el absurdo indigenismo radical. No tengo porque ocultar que me alientan y corroboran sobremanera numerosas páginas de este mi amigo, en valiente defensa del hispanismo duradero, insustituible raíz de nuestra cultura. Reaccionando contra la mortal plaga que nos abate, contra la fácil y pusilánime conformidad del medio a los alborotos y desmanes iconoclastas, Jiménez Borja ha formulado memorables y denodados juicios, por ejemplo, sobre los denuestos a la exquisita obra de D. Felipe Pardo y Aliaga: "Interpretarla, escribe, como un arma antiperuana es cometer una grosera falta de objetividad, una deformación más grave porque es consciente; y sólo se explica por el compromiso previo de procesar nuestra literatura con criterio marxista, obligándola a seguir la ruta estrecha de su madriguera dialéctica. Conviene al indigenismo negar el valor civilizador, fundador y estético del Virreinato, y de cuanto se relacione con él, fomentando el antagonismo mañoso entre lo indígena, identificado a la peruanidad, y el resto de los otros elementos nacionales, que en conse-

cuencia dejan de ser peruanos, y se convierten en extranjeros intrusos y feudales. Este indigenismo se interesa por la hegemonía de los aborígenes en todos los órdenes de la vida patria, con subordinación o aniquilamiento de la cultura hispana. Es la etapa de desvalijamiento intelectual, realizado casi impunemente por el marxismo".¹ Cuando leemos y saboreamos tales mercedísimas y contundentes frases de nuestro equilibrado y moderado colega, los que, como yo, hemos defendido de continuo la peruanidad razonable y total, integrante y armónica de las dos principales razas, y ajena a los feroces y suicidas exclusivismos, nos sentimos plenamente vengados y satisfechos.

Por la generación a que corresponde, Jiménez Borja ha sido en demasía benévolo para con el vanguardismo poético. Confiesa que en su juventud gustaba "del disparate lírico y la epilepsia tipográfica del versolibrismo" y sus desaforados continuadores. Mas la amplitud e indulgencia de criterio nunca reñidas en él a la postre con la veracidad y la justificación, no llegan hasta desconocer "el escamoteo y la vaciedad" de los pseudo reformadores, que yo apellidaría, no ya "tenebrosos", sino inanes, frustrados por insignificantes y amorfos. Admite Jiménez Borja el impulso general que, por cansancio de esas naderías presuntuosas, lleva las letras al aprecio legítimo "de los dones de arreglo y transparencia" (Artículo de 1930 en el *Mercurio Peruano*). Sin embargo, de sus frecuentaciones con las letras modernísimas, ha derivado, entre ventajas, el desdén de lo trillado y manido, el amor a la espontaneidad y la frescura musicales, y asimismo la atracción por el símbolo y la alegoría, por lo inefable y misterioso, que alude y no insiste, que frisa, insinúa y sugiere. Todo esto le sirve a maravilla para estimar y admirar a nuestro in-

1 J. Jiménez Borja, *Cien años de literatura y otros estudios críticos* (Lima, 1940), págs. 11, 12, 25 y 41.

signe rememorado San Juan de la Cruz, sobre el que me deja muy poco por decir su tan cabal y selecto discurso.

El austerísimo y penitente fraile, de vida tan inculpada y mortificada, el místico arduo y recóndito, el pedagogo del desasimiento de los apetitos y la desnudez del alma, es en efecto uno de los cantores más efusivos y suspirantes, uno de los poetas eróticos a lo divino más anhelosos y embebecedores, encendidos y pintorescos, de la lujosa y cálida literatura española, y aún de toda la literatura universal. Ciertamente que en el fondo sus escasos versos no son en máxima parte sino paráfrasis del exuberante *Cantar de los Cantares*, colección de epitalamios hebreos con diálogos y coros, y concentrada esencia de los más embriagadores perfumes del Oriente.² Pero en esa ampliación forzosa (ya que las traducciones literales de la Sagrada Escritura estaban por entonces prohibidas), el Santo desató y esparció la espléndida imaginación y la ardorosa sensibilidad de que su ciencia mística enseña laboriosamente a despojarnos. Tiene versos preciosistas que por lo extraño e inédito de los epítetos, casi contradictorios, suenan a lirismo contemporáneo:

La música callada,

La soledad sonora,

En él, más que la estrofa, que es la lira renacentista, muy bien aprendida en Boscán y Garcilaso, es el verso aislado, como en muchos poetas modernos, lo que suspende y enamora, y nos entreabre las puertas a la visión mágica. Hay versos nocturnos, aterciopelados, con la caricia tibia y balsámica de las suaves, centelleantes y enjoradas tinieblas andaluzas:

¡Oh noche amable más que la alborada!...

² P. Buzy en la Revue Biblique, 1940.— P. Colunga, *Sentidos del Cantar de los Cantares* (Ciencia tomista, 1923).

La noche sosegada,

Entre las azucenas olvidado...

Dejando mi cuidado

En par de los levantes de la aurora...

Aquella eterna fuente está escondida...

Su claridad nunca es oscurecida

Aunque es de noche.

Hay otros versos matutinos y virginales, de limpidez y tersura incomparables, que hacen recordar los más delicados del Dante en el *Purgatorio* y el *Infierno*. Podríamos llamarlos mediterráneos y clásicos, del humanismo greco-romano, esculpidos en alabastro sobre el ocre fondo semita, como si la España de entonces repitiera la coloreada misión de la antigua Asia helenizada o del África latina. Los semblantes plateados de la fuente son dignos del mejor de los idilios siracusanos.

Su gracia en mí tus ojos imprimían

resbala blando como caído de la más nítida égloga garcilasista.

Los valles solitarios nemorosos...

Ven Austro, que recuerdas los amores...

El mosto de granadas gustaremos...

En un claro, lumbroso y fresco día...

La llama que consume y no da pena...

¡Oh lámparas de fuego,

En cuyos resplandores

Las profundas cavernas del sentido,

Calor y luz dan junto a su querido!

El que ha compuesto canciones tan hondas, apasionadas y vibrantes, era un gran artista. Nada importan leves descuidos de eufonía y caídas de ejecución. Forman al contrario una belleza más, con su ingenuidad primitiva y libérrima. A su lado parecen vulgares las adobadas poesías devotas que Malon de Chaide intercaló en la *Magdalena*, y estoy por decir que hasta palidece la vena limpia y mansa del horaciano y platónico Fray Luis de León. Ambos egregios, el agustino Fray Luis y el carmelitano Fray Juan, fueron amantes fervorosos de la música y del campo, el uno de sus huertos salmantinos y castellanos, el otro de los cármenes fragantes que rodeaban sus prioratos andaluces. Ambos fueron escriturarios y exégetas, prendados de la poesía hebraica, y en especial del *Cantar de los Cantares* y del libro de Job, que el primero tradujo: discípulos de la filosofía mística neoplatónica, mediante el Falso Areopagita, en quien los dos se inspiraron, Fray Luis manifestó simpatía por San Juan de la Cruz y sus obras; y consta que lo apoyó contra las durezas autoritarias del famoso Fray Nicolás Doria, que pretendía innovar la regla de Santa Teresa, inspiradora de la reforma del Carmelo y madre espiritual de nuestro Santo, y de cuyos escritos fue Fray Luis perpetuo apologista. A más de estas conexiones, la leyenda pretende que San Juan de la Cruz fue alumno de Fray Luis en Salamanca. La cronología no lo impide pero no lo sabemos de cierto. Sólo sabemos que lo fue de manera indirecta, por los amigos y compañeros de Fray Luis, el Maestro Gaspar de Grajal, que enseñó a San Juan de la Cruz, Sagrada Escritura, y el agustino Fray Juan de Guevara, del que aprendió lecciones de Teología, en la Cátedra de Vísperas de la misma Universidad salmantina. A pesar de estos influjos, resaltan las diferencias, Fray Luis, el sosegado autor de los plácidos y amenos *Nombres de Cristo* se quedó de filósofo platonizante y cristiano meramente ascético, vueltos los ojos curiosos y

cautos al atávico Oriente, clásico y bíblico, y al rielar de las estrellas sobre el mar tradicional de la cultura. Bisnieta de judío, heredó el cosmopolitismo de la raza que aprovecha de los frutos y sistemas de todas las naciones. En cambio, el hijo de los tejedores toledanos resultó castizo ibero; y atravesando la noche oscura y trepando hasta la cumbre del Carmelo fragoso, dejando de lado los medios racionales y discursivos, con ímpetu sobrehumano se alzó al seno de lo Absoluto. Con esa misma vertiginosa intemporalidad, con ese su volar aquilino y extático, descubrió el temple y carácter de su españolísima estirpe. Fray Luis de León es la Roma castellana, o sea la dorada Salamanca, henchida de estudiantes forasteros y de labrados edificios platerescos, decorados con guirnaldas y estatuas del Renacimiento y del gótico florido. Es el ancho Tormes, con alamedas y parrales de bien compuesta sobriedad. San Juan de la Cruz es un claustro caluroso de Andalucía, cegador por el encalado, los azulejos, y el añil de las paredes; y en lo interno las celdas humildes y desnudas, frescas, penumbrosas y cerradas. Es su convento granadino de los Mártires, entre el arrabal moro de Antequeruela, semejante a los de Fez y Marruecos, y las filigranas de la Alhambra y el Generalife, cuyas inscripciones cúficas pregonan sobre los alicatados las alabanzas de Dios. No faltan monumentos clásicos; mas por encima de sus moles racionales y marmóreas, atraen la atención los funerarios cipreses religiosos, que en los jardines moriscos se afilan hacia la luz del cielo, como una plegaria. Enfrente, el otro lado del Darro, en la cuesta de la Alacaba, hubo en el siglo XIII un monasterio musulmán, un rabat de morabitos o sufíes, vestidos de lana, que sutilizaron el quietismo del *tawakul* y del *faná*. Quedan todavía rezagados allí los últimos poseedores del inefable secreto: la octogenaria Mora de Ubeda y el Mancebo de Arévalo, postreros ecos de los faquires. Cantan los surtidores, borbotando en las al-

bercas; y vibra en el bochorno del aire una sollozante en-decha arábica. Más allá del Albaicín y de la Puerta de Elvira, se yergue el convento de la Cartuja, que el churriguerismo del siglo XVII recargará con un boato semejante al arte indostano o a las fantasías de los *alumbrados*. La gravedad y circunspección del regenerador del Carmelo, se aparta de aquellos desvíos, y lo mantiene prevenido, rígido y vigilante, en la altura contrapuesta, bajo los cedros que ha plantado, cabe los conquistados alcázares mahometanos y la capilla expiatoria construida por Doña Isabel la Católica, en la montaña regada con la sangre de los cristianos cautivos, y del sabio y mártir Obispo San Pedro Pascual. Fiel como ellos a su fe y a su raza, defiende incólume, hasta en sus mayores raptos e inmerciones en la Unidad divina, contra panteísmo e islamismo, la trascendencia o esencial separación entre Dios y las criaturas, y la distinción de personas en la Trinidad, “escondida en el alma”, como lo más íntimo y profundo del Supremo Ser.³

Sería muy errada opinión la que reputara a San Juan de la Cruz indocto en ciencias humanas, por haber preferido la sobrenatural o mística. Comprobado está que fue muy experto filósofo escolástico, según era de suponer por haber desempeñado los cargos de Rector del Colegio San Cirilo en la Universidad de Alcalá de Henares, y del de Baeza, donde igualmente existía Universidad. Para demostrar su eminencia intelectual respecto a sus coetáneos y su casi profética perspicacia, bastará decir que era copernicano, pues declara muy paladinamente que “la Tierra se mueve”, anticipándose a Galileo.⁴ En Filosofía y Teología, se ajustó casi siempre con estricta fidelidad a Santo Tomás de Aquino, conforme a las muy conocidas tendencias de la

³ *Subida al Carmelo*, Libro II, cap. VII.— *Cántico espiritual*, *Declaración de la canción primera*.

⁴ *Llama de amor viva*, *Comentario a la canción cuarta*. Ed. P. Gerardo.

orden carmelitana, en todo adicta a las doctrinas de la de Santo Domingo, desde la Reforma de Santa Teresa, y que después las ratificó en el conocidísimo *Curso Salamancaense* (1631), palpable testimonio del tomismo integral y aún literal. A fuer de tomista, tenía que anteponer Aristóteles a Platón. Así lo hace de hecho, refutando la teoría de las ideas innatas, y lo que es más de notar, la dialéctica y estética de ascender de la bondad y belleza de las cosas a Dios. Se hallaba entonces muy válido este aspecto del platonismo que denominamos común o exotérico, desde Marsilio Ficino y León el Hebreo hasta los dos ascéticos Luises. En contraste, San Juan de la Cruz desahucia tan cómodo y halagüeño camino “de ir a Dios por lo dulce”. Siente más que nadie la alteza e incomprensibilidad divinas: “No hay escalera con que el entendimiento pueda llegar a este Alto Señor. Antes es necesario saber que si el entendimiento se quisiese aprovechar de todas estas cosas o de alguna de ellas como medio próximo para tal unión, no sólo le serían de impedimento, pero aun le podrían ser ocasión de hartos errores y engaños en la subida de este monte. . . Para venir el alma a unirse con Dios ha de carecer primero de todo apetito de voluntad. . . Para esta divina unión ha de quedar el entendimiento vacío y desnudo. Nada es semejante a aquella serena y limpia luz, velada por las formas de las criaturas. . . El alma se resuelve en nada, siendo como si todas las cosas fuesen”.⁵

Mucho debió de costarle renuncia tan heroica a quien, como Fray Juan, amaba tanto la poesía y la naturaleza; y consideraba, según sus biógrafos, penitencia dura abstenerse de ver edificios hermosos. Pero juzgaba indispensable la absoluta abnegación de los sentidos, hasta de las más inocentes diversiones y más lícitas imágenes. Si en esto no iba de acuerdo con los platónicos al uso,

⁵ *Subida al monte Carmelo* Libro I, cap. XI; Libro II, caps. VII y VIII y XIII.— *Cántico espiritual, Declaración de la canción primera.*

recreativos y mundanos, en cambio se aproximaba al sentir de Plotino, el primordial de los neoplatónicos, que propone en sus *Enéadas* algo muy semejante, despreciando todas las apariencias materiales, y poniendo por encima de los caminos de la razón la purificación y catarsis y el éxtasis unitivo, ni intelectual ni inteligible.⁶

Ha de entenderse que al perseguir San Juan de la Cruz el aniquilamiento de afectos e ideas, se refiere a los grados superiores de la oración, a los estados místicos eminentes, para los que el discurso estorba. No deja en ello de convenir también con el propio Santo Tomás, quien textualmente dijo: "Lo que se mueve por instinto de Dios na ha de aconsejarse siguiendo la razón humana, pues se mueve por mejor principio". Expone además San Juan de la Cruz que la mística es vía extraordinaria; que la contemplación infusa es del todo pasiva, e independiente de la especulación racional; y que él no escribe para los místicos principiantes, "sino para los perfectos, como frailes y monjas, ya desnudos de cosas temporales". Al explicar en lo posible esta excelsa disciplina, se ayudará de experiencia y ciencia, y del divino favor; porque en la mística concurren la contemplación y la voluntad, el amor y el conocimiento. De este modo concilia por sincretismo los dos pareceres de las escuelas tomista y franciscana. Para los primeros grados, concede y recomienda la meditación con imágenes, los ejercicios discursivos con diversidad de especies sensibles, lo que se llamó, en suma, *composición del lugar* en los de San Ignacio. Más luego, despidiéndose de los mensajeros, o sean "los rastros divinos en lo creado", y pasando por las que intitula tres noches del alma, y por sus sequedades y desamparos, que con honda psicología analiza, los que aspiran a la perfección han de ir despojándose de sentimientos y noticias, y arribar a la

⁶ Porfirio, *Vida del Plotino*, cap. XXIII.

contemplación quieta y pacífica “para que hable Dios en esta paz de soledad. Entonces lucirá el sol claro, Dios entrará en el alma vacía y la llenará de bienes”.

El Falso Areopagita, muy neoplatónico (según lo reconoció el mismo Cardenal de Cusa), fue autor favorito de San Juan de la Cruz, quien lo menciona a menudo, aun cuando no suele indicar sus fuentes. Pero hasta en su proceso de canonización se atestigua la predilección en que tuvo los tratados del dicho pseudo Areopagita. Asimismo platónico, el Beato Juan de Ruisebroquio, titulado el Admirable, Prior agustino de Vauvert junto a Bruselas en el siglo XIV, amigo y maestro del dominicano de Estrasburgo Taulero, se cuenta entre los escritores místicos que parecen haber inspirado a nuestro santo. Opiniones y metáforas del bienaventurado flamenco hallan eco en las páginas del castellano. No es de extrañar que tal sea. La mística española, en toda la primera mitad del siglo XVI, aparece dócil alumna de la germana, que naturalmente incluía a la sazón las escuelas de los Países Bajos, Brabante y Alsacia. Recuérdese que España ha sido de continuo el campo de batalla o, lo que viene a ser lo mismo, la confluencia de las imitaciones nórdicas europeas y de las semitas de Asia y Africa.

Derivada en lo humano de tan escogidos orígenes filosóficos, y en lo divino de contemplación tan acendrada y soberana, la religiosidad mística de San Juan de la Cruz fue enemiga de la superstición y de la credulidad nimia. Lo certifican hechos de su vida y pasajes de sus escritos. Desconfiaba de las devociones milagreras, de las visiones, avisos y estigmas, y de la interpretación aparente de las profecías. Aunque muy ascético, moderó los excesivos ayunos de sus frailes; y nos explica: “Es de llorar la ignorancia de algunos, que se cargan de desordenadas penitencias y desordenados ejercicios voluntarios, poniendo en ellos su confianza y pensando que han de ser suficientes,

sin mortificar los apetitos".⁽⁷⁾ Sus reflexiones desgarradoras sobre la infelicidad y miseria de los deseos humanos saben a Schopenhauer, Leopardi y Quental; mas ¿a qué emparejarlo a este propósito con los pesimistas heterodoxos del pasado siglo, cuando para su santa amargura dispuso el Doctor carmelita de manantiales tan divinamente acerbos como el Libro de Job, y el Eclesiastés? Predicador del desengaño y del renunciamiento fue, como acostumbran los místicos, hombre de propaganda, organización y combate, más impávido cuanto más abnegado. Bien lo acreditan sus fundaciones, y haberlo escogido Santa Teresa principal auxiliar para la penosa reforma de la Orden. Sus gobiernos, en los cenobios de como prior rigió, fueron de energía y prudencia ejemplares. Resistió sin vacilar a sus mismos superiores, siempre que la conciencia se lo impuso; y por ello se atrajo largas persecuciones y durísimas cárceles. A los nueve meses de hambre y bárbaras flagelaciones, dentro de una mazmorra monástica de Toledo, en que lo torturaban los renitentes a la estrictez de la regla, se descolgó por un milagro de arrojó, al precipicio sobre el río Tajo, junto al Zocodover, y se refugió en el Hospital de Santa Cruz, al amparo de D. Pedro de Mendoza, deudo del antiguo Gran Cardenal y del Obispo de Avila, el amigo de Santa Teresa. Ya al fin de sus breves y fatigados días, hubo de padecer la hospitalidad del áspero Vicario General Fray Nicolás Doria, genovés que hasta cerca de los cuarenta años fue banquero en Sevilla, y que lo despojó de todos sus cargos conventuales y se disponía a quitarle el hábito, por haber aceptado que en un conflicto se acudiera directamente a la suprema autoridad del Papa. Cuando hace pocas semanas celebrábamos su fiesta en el criollo convento del Carmen, fundado en Lima el siglo XVII por una Doria, de la familia que fue su

7 *Subida al Carmelo*, Libro I, cap. VIII.

último azote, pensaba yo en esta coincidencia y en los altos juicios de Dios, que aun en mínimos pormenores glorifica a sus siervos.

Sus mayores obras, que en vida corrieron manuscritas, se imprimieron póstumas en 1618, a los veintisiete años de muerto. Enorme resonancia consiguieron dentro y fuera de España. Y esa resonancia no se extingue, con las tres centurias transcurridas, sino que hasta en esta edad escéptica aumenta, como lo prueba la multiplicación de intérpretes y glosas. Muchos iluminados las han adoptado por guía de sus íntimas experiencias, verbigracia la reciente Santa Teresa de Lisieux. En el Perú, no habiendo hasta hace poco religiosos carmelitas varones, su difusión no fue tanta como en otras comarcas hispánicas; y eso que alcanzamos en el Virreynato un florecimiento místico que yo vanamente negué en uno de mis atropellados y descarriados libros juveniles. Lo que me indujo en error fue la confusión, que todavía sigue cometiéndose, entre escritores místicos y meramente ascéticos pero ningún investigador histórico bien informado ha de disputar el título de místico de primera clase al jesuíta Diego Alvarez de Paz, de ordinario en nuestras reseñas malamente preterido, toledano que estudió y vivió en el Perú, fue Catedrático y Provincial de la Compañía en Lima, y cuyos infolios se publicaron en Europa. Nuestra Santa Rosa debió de conocerlo u consultarlo de viva voz, pues coincide con él en la clasificación de los grados contemplativos, según es de ver en los croquis y apuntamientos de la santa, reveladores de consumada ciencia infusa, y hallados por el P. Getino en el viejo monasterio de Monjas limeño, dedicado a nuestra nacional Patrona. El Beato Fray Juan Masías, aunque menos instruído que Santa Rosa, seguía en cambio de preferencia la dirección del bienaventurado alemán Enrique Suso. Cuanto a cultivadores de la mística peruana, hablé hace años en este mismo local del ingenuo fran-

ciscano Fray Juan de Peralta, cuyos versos corresponden a la primera mitad del siglo XVIII, y que vivió en los Descalzos de Lima, y en los conventos de Huaraz y Pisco. Y si después, por el general desmayo y acidia del ambiente, no ha vuelto a despuntar entre nosotros la exquisita y celestial florescencia de la poesía mística, no ha de afirmarse lo mismo de las vecinas repúblicas hermanas, pues en Colombia tenemos, a D. Mario Carbajal, imitador felicísimo de la *Noche obscura* y de las *Canciones del alma*. Ojalá que los insuperables sonetos del colombiano y su *Escala de Jacob* nos enseñen cuán provechosa puede ser, para vivificar a nuestros literatos, la afición asidua a las estrofas de San Juan de la Cruz.

Pero muchísimo más que primores literarios debemos aprender en la vida y las páginas del angélico carmelita, del extático Doctor de la Iglesia, cuya rememoración hoy nos congrega. En esta época baja y triste, de materialismo exacerbado y ruin, de practicismo grosero y zafio, mil veces desolador, ciego y mortal, San Juan de la Cruz nos redime y nos edifica, mostrándonos con su palabra y su ejemplo a todos, tanto a la plebe de los incrédulos, pobres esclavos afanosos de la frívola agitación, de la codicia y del instante, como al no menos cuitado y servil vulgo de los católicos laxos y pseudo modernos, que ni siquiera aciertan a comprender los más terminantes pasajes del Evangelio, la dignidad y superioridad inefables de la contemplación, la sublime ascensión transfigurante del pensamiento, la necesidad y belleza de la perfección acrisolada, el heroísmo de la intuición mística, que penetra la raíz y palpa el sostén del Universo, se sumerge en el insondable océano divino del Ser, y patentiza la infinita lateza y la radiosa eternidad del Espíritu.

V

SOBRE LAS POESIAS DE MENDILAHARSU

Esta reseña crítica al libro de poemas de Julio Raúl Mendilaharsu La Cisterna, apareció en Mercurio Peruano, vol. II, N° 12, Lima, junio de 1919, pp. (448)-456.

SOBRE LAS POESIAS DE MENDILAHARU

HE recibido de Montevideo con amable dedicatoria, un elegante libro de versos, *La Cisterna*. Es de inspiración elevada y digna, de asuntos decorosos y nobles. Si la forma deja algo que desear a los muy exigentes, si la ejecución parece a ratos improvisada y desigual, el fondo tiene siempre una gravedad reconfortante y salubre, un carácter de sinceridad y honradez, que hacen pensar en los atavismos vascongados que indica el apellido del autor.

Entre las composiciones que le ha dictado la poesía del hogar, la titulada *Nuestra Vida*, diríase escrita en un callado y devoto caserío de las Provincias Vascas, en una agreste y patriarcal anteiglesia, junto al campanario humilde, entre montañas verdes y brumosas, a la sombra de los robles y de los frescos manzanos:

1 Julio Raúl Mendilaharsu, *La Cisterna* (Montevideo, 1919).

Llenas las pupilas
 De baños de cielo,
 Por los trebolares
 Entre árboles viejos,
 Con odio a ciudades
 Donde el pensamiento
 Se pierde en lo frívolo.
 Y vibrará el rezo....
 Al llegar el alba,
 Nos verá despiertos,
 Con las almas puras
 Como un bautisterio,
 Con las almas bellas
 Como de convento.....
 Y hacia el trabajo
 Nos dirigiremos,
 A sembrar el trigo
 O a cortar el heno.

Ni siquiera falta la nota local de la música vespertina, al bajar los pastores al valle:

Y cuando en las tardes,
 Juntos descansemos
 Ante la cabaña,
 Un canto sereno.....

La delicada sensibilidad del poeta se complace, lejos del tráfigo vulgar, en las tierras saturadas de historia:

Otros canten la vida de las vastas ciudades,
 El prosaico hormigueo del trabajo febril,
 Yo amo los rincones donde las soledades
 Verguen, ante el Ensueño, sus torres de marfil.

Por eso celebra a la solemne y melancólica Aix, antigua capital de Provenza, con los grandes y desiertos hoteles, de su abolida nobleza parlamentaria, sus ruinas romanas y su vetusta Universidad, el patio del viejo Arzobispado, los mediterráneos de rumoroso follaje y el monástico sopor de las calles, dormidas bajo el sol:

*¡Oh Aix, yo te canto porque eres lajanía,
Otoño de la gloria y perla de elegía.*

.....

*Eres una divina Princesa del Silencio
Brindando a la Belleza incienso de oración...*

Por amor a lo rústico y lo arcaico, Mendilaharsu aborrece los emporios que concentran el gigantesco pero grosero comercio de nuestra edad:

*En los puertos que he visto
Donde el sueño del oro es un nuevo Anti Cristo
En Southampton, Hamburgo, Marsella, Barcelona,
Havre, Génova, Berguen, Buenos Aires, se encona
El alma ante el tumulto de sus actividades.*

.....

*¿Dónde las viejecitas que cuidan de una tienda
Y miran con dulzura de piadosa leyenda?*

*¿Dónde la plaza quieta que aman los jubilados
para rumiar recuerdos de idilios terminados?*

*¿Dónde el mendigo pálido con verbo de profeta?
Los puertos son sombríos jirones del planeta.*

Hay aquí extremosidad e injusticia manifiesta. No conozco muchos de los lugares que enumera; y no me entusiasma tampoco la pretensa poesía de los rascacielos y las grúas, el humo y el hollín. Pero, en nombre de los mismos sentimientos artísticos que lo animan, le pido

gracias para Génova, nominativamente incluida en su lista de los puertos malditos. No merece, en manera alguna, tan áspera condenación. Para la justa apreciación estética de su valer intrínseco, lo que la daña y obscurece es la comparación con la abundancia y magnificencia de sus hermanas rivales, las otras metrópolis italianas. Sólo al volver de las mayores de ellas, puede parecer inferior; mas, cuando por primera vez se entra en Italia, viniendo del cosmopolitismo de Niza, no hay persona de buen gusto que resista a su encanto tradicional y peculiar. Prescindiendo ahora de las bellezas naturales, de la luz, el mar y el anfiteatro espléndido de la bahía. Me limito a sus múltiples aspectos urbanos. ¿Quién desdeñará la pintoresca miseria de los barrios bajos, la animación y el colorido casi oriental de la *Sottoripa* y los embarcaderos, que a cada instante traen a la memoria las añejas pinturas del primer Vernet? Los palacios del Renacimiento superponen arcadas y columnatas de mármol sobre las retorcidas callejuelas. La Villa Doria Fassolo, con sus pórticos entre jardines gentilicios, se proyecta sobre la marina, en los ocasos deslumbrantes, como un cuadro de Claudio Lorena. Y en las noches de luna, las mansiones señoriales del *Campetto* y la secular fachada de la Catedral, resucitan en la imaginación, con relieve inolvidable, el ascendiente de la belicosa república y de su fiera oligarquía.

Aun bajo cielos menos puros que el de Italia, Amberes, pletórico de arte, que entre filigranas góticas guarda los mayores prodigios de Rubens; y hasta Burdeos, con la noble regularidad y la clásica pompa de los edificios construidos en los tiempos de los últimos Reyes Luíses; invalidan ese severo fallo contra los grandes puertos de Europa.

Extraña que en la obra de este uruguayo, sean tan escasas las genuinas imágenes de naturaleza americana. Apenas, en la composición denominada *Azahares*, se advierten muy leves pinceladas regionales. Se conoce que el poeta ha viajado mucho por el Antiguo Continente; y por otra parte, es natural que lo forastero y peregrino admire y sorprenda más que lo propio y cotidiano.

La pieza *Las Montañas*, que es propiamente la primera del volumen, me hace recordar, por el tema y algunos versos, *Les Monts* del incomparable Samain y la del Libro Segundo de los *Laudi* danuncianos: *Candide cime, grandi nel cielo, forme solenni*:

*Reinas del mutismo,
Surgen las montañas,
Grandiosas, hurañas,*

y al leer *Los Faros*, que ha dedicado a mi querido amigo, el sabio hispanista de la Sorbona, M. Ernest Martinenche, las reminiscencias de mis lecturas me sugieren los opulentos y caprichosos versos de Verhaeren. Otra composición trae un principio de soberbio aliento, que no se mantiene después:

*El mar tiene la santa vibración del anhelo,
La inquietud de la ola, bajo la paz del cielo,
Es deseo y pregunta, acicate y cantar.*

Lástima que perjudique a la factura de tales asuntos, con singulares rarezas y arcaísmos de dicción, como descreencia, poco eufónico, e ingerido entre vocablos muy abstractos y escolásticos;

*¿Y por qué no si en su intelecto
La descreencia dominaba?*

Aun más deslustran ciertas frases, de laxo y estragado estilo periodístico:

*Yace una tumba pobre... Se efectúa un sepelio
El ser que se extinguió
No tenía en sus manos ni un trozo de evangelio.*

Perdóneseme la insistencia, que algunos tacharán de pedantería, por no advertir la importancia de los pormenores en la ejecución. Si el libro no me fuera simpático y grato el autor, no me detendría en reparar y lamentar las sombras.

*Junto a las costas, duros y enhiestos
Los arrecifes son manifiestos
De rebelión.*

Esta metáfora con sus imprescindibles asociaciones de garrulería electoral y popularecha, me ha impedido leer todo lo restante de la poesía citada. Ni comprendo la predilección por las ideas y palabras rebelión y rebeldía, que tanto se prodigan en el volumen, y que no deberían corresponder, exacta y figuradamente, sino a los siervos sublevados contra cualesquiera legítimas autoridades. El hombre libre combate, pero no se rebela, porque tiene enemigos y no amos; y se impone a sí mismo su propia ley. Las opresiones exteriores no le alcanzan en el seguro de la conciencia; y al resistirlas y vencerlas en lo externo, no imita la vocinglera protesta de los esclavos insurrectos.

Mendilaharsu descubre en sus versos un espíritu ingenuamente religioso y místico. Su cristianismo humanitario lo lleva a los confines revolucionarios del socialismo (*Los Mendigos, Dijo el Profeta*), frecuente ilusión de las

almas tiernas y compasivas. Declaro con toda franqueza que no la comparto, por muy en moda que hoy esté envolver y disfrazar las más contrarias tendencias debajo del rótulo socialista, que a tantos acomoda. No lo digo ciertamente por Mendilaharsu, que se revela honrado y veraz; sino por muy otros. Los literatos y los iliteratos del día hallan agradables y útiles las complacencias con las reivindicaciones extremas, los coqueteos con las izquierdas bolcheviques y anarquistas. Eso da aires de magnitud, de audacia intelectual y modernismo; y proporciona efectivas aunque menudas ventajas, mientras no llega el momento del peligro común. Pero es triste y lamentable (por no decir algo más duro) halagar cuitadamente al monstruo. Este no se desencadenaría, no se atrevería a ejecutar sus destrozos, sin la suicida complicidad de las clases directoras, e inteligentes, que lo crían, lo alimentan, y con utópicas fantasías y complacencias de *dilettanti*, le despiertan los apetitos y le abren los caminos. Es sempiternamente igual este clásico proceso histórico. Cuando cunde y se extrema el optimismo acerca de la naturaleza humana; cuando la enfermiza sensiblería enerva los ánimos, e induce a soñar en fraternidades universales e idílicos paraísos igualitarios, los frenos sociales se aflojan, las necesarias defensas de la civilización se descuidan, y la catástrofe viene por el desborde repentino de la crueldad y la barbarie. Confiar ciegamente en la humanidad, es el más seguro medio de pervertirla y degradarla. Así hemos visto en los presentes años a la Rusia de Nicolás II repetir en mayor escala todos los errores y flaquezas de la Francia de Luis XVI; a Tolstoy, como un Rousseau más demente, agigantado, oriental y semibudista; a los cándidos aristócratas e intelectuales del *Narodmitchestvo* ("el descenso fraternal hacia las turbas") preparar en su inconsciencia las armas y las manos que habían de ultrajar y asesinar a sus hijos; y al fanático Kropotkine llorar incon-

solable contemplando las devastaciones y los crímenes de la revolución que sus escritos prepararon.

¡Del padecer, los hombres no se redimirán!

canta en sus estrofas Mendilaharsu; y esta justa convicción, ya provenga del ascetismo de las religiones, ya del reflexivo y experimental pesimismo de la Historia, es a la verdad la única que puede mitigar las mayores miserias en todo orden, reduciendo las esperanzas desmesuradas, y las consiguientes decepciones y calamidades.

*Y los siglos pasan, y todo es lo mismo:
Sórdida avaricia, vuelos de lirismo,
Sed de renovar.*

*Lloran en silencio místicas campanas.
Nadie las venera. Sus voces lejanas,
Piérdense en el mar.*

Esas antiguas y misteriosas campanas monacales del Cristianismo, que tañen en las riberas del océano de lo insondable, se distinguieron siempre, por su timbre y su alcance, del toque de rebato en el motín socialista, con el que harto superficiales observadores, han querido y quieren hermanarlas. La igualdad que proclamaron fue meramente interior y moral; y su trascendencia, en la eternidad de una vida futura, les dio la alteza y desinterés que la grosera reclamación de bienes y goces materiales no puede alcanzar jamás. El Cristianismo coincide con el pesimismo en afirmar la maldad originaria y esencial de la naturaleza y condición humanas; y con el positivismo, en la desconfianza de la razón y en el respeto de las situaciones históricas; y de allí su adaptación facilísima a las exigencias primarias de la organización política. Con ambos principios, está a cubierto de las fátuas ilusiones.

Si se quieren hallar de veras antecedentes religiosos

para el Socialismo, hay que buscarlos, no en el suave Cristianismo sino en el Judaísmo feroz y sombrío, en los duros sectarios de la Antigua Ley, ignorantes o negadores de la inmortalidad individual. Cuando los judíos contemporáneos suministran al colectivismo sus más famosos doctores, y a las tropas bolcheviques sus más entusiastas propagandistas y soldados, obedecen a atavismos indudables. Los auténticos predecesores del maximalismo fueron aquellos tétricos Fariseos o *Anavim* que desde ocho siglos antes de la Era Cristiana contribuyeron tan eficazmente a la destrucción de los reinos de Israel. Furibundos execradores de los monarcas, los ricos y los guerreros; encarnizados enemigos de su propio país, y de cuanto enaltece y hermosea la vida y la hace digna de vivirse; ajenos a todo sentimiento de honor militar y de orgullo patrio; implacables contra sus hermanos, y sumisos a las dominaciones extranjeras; preñada la boca de maldiciones, y el alma de rencores venenosos; que, en medio de su repugnancia a los combates, se deleitaban imaginando desastres y plagas apocalípticas, atroces matanzas, incendios y saqueos; que aullaban de gozo ante las ruinas, anheladas y vaticinadas en su siniestro despecho; que aplaudían, frenéticos de odio, cuando se desplomaban las grandes naciones; y que salpicaron, con la ceniza de sus anatemas y la espuma de sus envidias, cuantas grandezas emergieron en el Mundo: majestad de Egipto, ciencia de Caldea, esplendor de Asiria, divino arte de Grecia, gloria imperial de Roma.

En vano los castigó despiadadamente la historia, y les enseñó cómo nuevos dominadores reemplazan siempre a los caídos; en vano la fuerza romana los fulminó con más violencia que lo hicieron Babilonia y Nínive, y la Iglesia Cristiana se apartó con horror de su rabiosa madre la Sinagoga. De todo lo que en el Universo crecía y se encumbraba, siguió abominando la humillada y dispersa progenie

de los *Hasidim*, desde los infectos antros de esos *guetos* o juderías que nuestro autor evoca en una de las mejores poesías de su libro (*Sones de Kinnor*).

El ideal profético y mesiánico de los Hebreos, que es substancialmente el mismo ideal socialista, encierra, tras sus ruidosas protestas y llamativas contorsiones, el más decidido anhelo de sosiego y paz. Su aparatoso ímpetu es como la acción del suicida, que mediante la instantánea exaltación de la voluntad, procura aniquilarla, y que furiosamente busca la eterna calma del sepulcro. Porque la vida y la lucha suponen organización, jerarquía, desigualdad y competencia; y quienes pretenden anular éstas, conspiran contra aquéllas: combaten lo más hondo del instinto vital, tienden a suprimir el riesgo y el movimiento, y a extinguir la fuerza. Y para los que, por falta de rigor lógico, no arriban a la consecuencia de la quietud y el renunciamiento final, a la equivalencia perfecta del Budismo asiático, es cuando menos ese ideal el prosaico y mezquino de la nivelación por rasero, de la mediocridad e insignificancia universales; la módica sombra del olivo y la glorificación del asno, preconizados desde el Antiguo Testamento; el triunfo del rebaño y el culto de la incapacidad.

Vale más, en cualquier caso, el sentimiento inspirador del himno agonístico que cierra el volumen de Mendilaharsu.

*Hasta el delirio titánico
Plutón crece y se agiganta.
¡Mueres ensueño romántico!
Hoy la vida, roja, canta
En un poema volcánico.
Ama el rugir de la tormenta,
Ama la cólera del mar.*

Si es cierto, que, como sostenía Schopenhauer, la

Voluntad es la fuente del dolor, hay un estoicismo dinámico, que niega la identidad del dolor y el mal; y que del propio fondo del pesimismo extrae el optimismo más radical y vigoroso. Hay que amar la existencia, nó apesar de sus afanes, sino precisamente por ellos; hay que desear, por provecho de la Humanidad, agitaciones y vicisitudes en sus destinos; y en el inefable consuelo de la contemplación estética e histórica, advertir que todas las formas, por serenas que sean, dimanen del impulso volitivo, motor y alma eterna del Cosmos, así como en la augusta y radiosa tranquilidad de las montañas el geólogo reconoce los cataclismos que las levantaron y esculpieron. Por eso ha sido y es de todos los tiempos lo que Mendilaharsu ensalza en los versos siguientes:

*El anhelo del cambio crepita
Y se quiebran los moldes antiguos,
La elegía se encuentra marchita,
Y agoniza en jardines exiguos.*

Crear el empuje renovador privativo de nuestra época, es una simple ilusión de óptica. Lo presente se nos aparece como actividad fluída; y lo pasado, como pura y brillante cristalización. De aquí su artística superioridad. Pero bajo sus aspectos inmóviles y hieráticos, se adivina la constante y encendida fragua de las pasiones que lo forjaron, del mismo modo que producen nuestra actualidad y han de crear lo porvenir.

No faltará quien diga que he divagado mucho al tratar de un libro de versos. Imitando a los viejos humanistas que cita un moderno crítico francés, replicaré: Poco importa que pedantice, si me he recreado hablando de ideas generales y de Arte. No hay mejor ni más honroso entretenimiento.

VI

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Discurso pronunciado por Riva-Agüero como Alcalde de Lima en la inauguración del monumento a Domingo Faustino Sarmiento en las fiestas patrias de julio de 1931. Se publicó en *El Comercio, de Lima*, del 29 de julio de 1931, p. 2; en el periódico limeño *Patria*, del 30 de julio del mismo año, p. 3; en la revista *Perú*, año II, Nº 8-9, Buenos Aires, jun-jul. de 1935, pp. 75-79; en el *J. J. de sus Opúsculos (Por la Verdad, la Tradición y la Patria)*, Lima, 1937, pp. 239-247; y nuevamente en la revista *Perú de Buenos Aires*, revista mensual ilustrada al servicio del intercambio argentino-peruano, Nº 4, sept. de 1943, pp. 7-8.

VI

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

LA ciudad de Lima, con jubiloso orgullo, recibe y descubre a la pública admiración la efigie del insigne Sarmiento, fraterno don de la magnífica Buenos Aires.

Domingo Faustino Sarmiento, el más genial de los escritores argentinos, residió por un tiempo entre nosotros, como plenipotenciario de su noble patria y delegado de ella al Congreso Americano en 1864; sintió el encanto del ambiente limeño, de su sociedad, espectáculos y costumbres, y en alguno de sus libros describió galanamente la que él llama "Versalles colonial, Sevilla americana, erizada de cúpulas y torres, bajo la gasa luminosa de un cielo que es un palio permanente"; nos dijo necesarias y saludables verdades, en tono de amigo; y cuando obtuvo el supremo poder en su país, nos brindó su simpatía y su apoyo. Por todo ello le consagramos nuestra efusiva gratitud perdurable.

Pedagogo infatigable y proverbial, inexhausto y contundente polemista, vibrante historiador, político de maravillosas intuiciones, excelso escritor, mágico poeta en prosa, gran patriota y gran ciudadano, este hombre fue

adecuado representativo de su joven y gigante pueblo, plétórico de fuerzas y porvenir. Para Sarmiento las más encarecidas alabanzas no son hipérbolas, sino condignos homenajes. Su alteza es titánica. Comparándolo con sus émulos contemporáneos, no sugiere cual ellos la imagen de la feraz y redondeada colina académica, adornada de frutos y jardines risueños, en armónica gradación; sino la de un volcán de sus paternos Andes, flaqueado por barrancos, y vertiginosos precipicios, con torrentes que forman cataratas y fecundan los valles lejanos coronado de nieves intactas y de tempestades que iluminan en lampos cegadores el horizonte incierto; áspero, ceñudo y rugoso; árduo, violento y sublime; habitado por águilas y cóndores bajo el halo rojizo de su cráter. Coloso que descuellos dentro de la anarquía americana, apareció en nuestro convulso siglo XIX como una de las más acabadas personificaciones de la arrogante y pródiga raza ibérica. Porque denostador continuo, y a las veces ofuscado y maniático, de las antiguas tradiciones españolas, frenético enemigo de la herencia colonial, temerario innovador en ortografía y lenguaje, Sarmiento, en su permanente contraste característico, sentía y vivía con toda la sinceridad, ardor, reciedumbre y empuje del más genuino temple castellano, y se expresaba, a lo menos en las obras del apogeo, con la casticidad, más feliz, rica y jugosa.

Ricardo Rojas lo presenta como el arquetipo del mestizaje hispano-indio. Suposición muy arriesgada y frágil. Ni sus antecedentes, ni sus facciones, ni su extremada y desenvueltísima franqueza, parecen confirmarla. En San Juan del Cuyo, la clase superior, a la que pertenecía, era en intensa mayoría blanca pura, según él mismo lo explica en las páginas de *Recuerdos de Provincia* y *Conflictos de las razas en América*. Cuando absorto en sus linajerías, de las que tanto se preciaba, se complacía Sarmiento en recordar que su antepasado el conquistador Mallea casó

con la hija del cacique de Angaco, se remontaba a un enlace de hacía nada menos que trescientos años; y en ese grado remotísimo, por la ascendente mutiplicación de los abuelos, una mera gota de sangre india carece de toda eficacia. Mestizo fue ciertamente en índole y actividades, con muy otro género de mestizaje, ibero-francés, intelectual y afectivo, que le ha sido común con muchísimos en nuestras tierras, pero que en su privilegio espíritu alcanzó extraordinaria resonancia. Lo fue porque en su alma y sensibilidad tan hondamente argentinas, americanas, hispanas, tradicionalísimas, de criollo y gaucho blanco, que era como la sonora conciencia de su suelo y de su stirpe, se vertió desde muy temprano la levadura francesa revolucionaria y democrática. De aquí sus leales contradicciones y sus opulentas complejidades. Consistió en vida mental, como la de casi todos los grandes, en el esfuerzo de un continuo equilibrio inestable, en la contraposición de diversas tendencias con acrecentamiento y ebullición incesantes. Su adolescencia errante y aventurera se nutrió de la antigüedad clásica a lo Plutarco, bebida en los deficientes epítomes de Ackermann. Su religioso hogar materno, su medio familiar muy eclesiástico, sus lecturas de la Biblia y de Teología Natural, le dejaron un fondo cristiano, vago pero indestructible, que no llegaron a disipar las influencias de Pierre Leroux y la escuela deísta de Rousseau. Las mayores admiraciones infantiles que confiesa, fueron la del juicioso Franklin, y la del elocuente y fogoso Cicerón, que fue en la Roma política el dechado y tratadista magistral del sector que en el mundo moderno parlamentario denominaríamos centro. Con el conjunto de éstas y otras sugerencias, bastante antagónicas, y en asimilación acelerada y confusa, se formó la inquieta mocedad de Sarmiento.

Prodigioso autodidacta, cuando llegó emigrado a Chile, en su máxima efervescencia juvenil y en el atropellamiento de su incompleta cultura de entonces, este anti

español que tenía como preferido modelo a Larra, rompió lanzas con el grupo literario y conservador que inexplicablemente calificaba de culterano hasta el punto de pedir el ostracismo de su jefe, el egregio venezolano D. Andrés Bello, por ser demasiado instruído y sobrado buen hablista, y constituír así en América un anacronismo perjudicial. Mas pronto se calmaron pruritos tan extravagantes, y aprendió a tratar y estimar a tan dignos adversarios. Realizaron la milagrosa conversión el acogedor salón de la señora Toro, y la protectora amistad del eminente estadista moderado, D. Manuel Montt; y contribuyeron a prepararla sin duda, el aire espartano que se respira en aquel prudente y sólido régimen, y la propia espontánea evolución de la personalidad de Sarmiento harto inteligente y poderosa para no comprender la necesidad del orden y la disciplina. Afilióse, pues, decididamente, entre los auxiliares del partido pelucón y los redactores del sesudo Mercurio. Colocado bajo el patrocinio de los ancianos patriarcas Salas e Infante, y amigo predilecto y confidente de Montt, el caudillo del moderantismo, censuraba Sarmiento, en esa temporada no corta, a los liberales o pipiolos, y hallaba al más sagaz de entre ellos, Lastarria (su aliado contra Bello), mucho menos moderno y atrevido en los principios esenciales que a los campeones de la derecha. No admitía sin graves limitaciones y reparos la libertad de imprenta. Compuso las entusiastas biografías de los presbíteros de familias patriarcas, los sacerdotes Balmaceda e Irrazábal. Sintetizaba por aquellos días su programa en el siguiente lema memorable: "Movimiento en las ideas pero estabilidad en las instituciones. Orden para poder agitar mejor". Con anterioridad había estampado frases satíricas, del más subido sabor reaccionario en política y en arte: "Elevado y endeble como las ideas de un romántico; deslucido e inconcluso, como la práctica de un proyecto de mejora; y por añadidura ruinoso a los diez

años, como todas nuestras instituciones. . . Lo pasado es abominable, lo presente es insufrible; pero lo venidero es un paraíso terrenal. Así pensaron los niños de todos los tiempos”.

A estos años pertenece la elaboración de su obra maestra, *Facundo*, de tan vivientes y enérgicas narraciones, de imprecaciones tan vengadoras y estupendas, de tan sentidos e inefables paisajes; verdadero y soberbio poema épico de la guerra civil argentina. De él pudo decirse con igual razón que de la apología lamartiniana de los Girondinos: “Es la historia elevada a la dignidad de la epopeya”. Por cierto que alguna vez alude a esa inspiradora publicación de Lamartine y casi expresamente, al emprender el valeroso elogio del viejo partido unitario: “Ha muerto, dice éste, aunque Rosas se abstiene en llamar unitario a sus actuales enemigos. Ha sucumbido como el de la Gironda; pero en medio de sus desaciertos, tenía tanto de noble y grande, que la generación que le suceda, le debe los más pomposos honores fúnebres. Le queda la gloria de haber representado la civilización europea en sus mejores aspiraciones”. Atestigua en otro libro que el odio suscitado por este partido unitario, cuando la Confederación rosista, “fue odio de pura descomposición y desorden”. Y en el mismo *Facundo*, su alta experiencia de emigrado le dicta, a propósito de la dimisión de Rivadavia: “Los pueblos son unos niños que nada proveen; y cuando se trata de la civilización y la libertad, un gobierno tiene ante Dios y ante las generaciones venideras, muy arduos deberes que desempeñar, y no hay caridad en abandonarlo a las devastaciones del primero que se presenta. Pero los partidos no tuvieron caridad ni previsión”. En la dura y larga prueba del destierro, mantiene su incontrastable fe en que “la inteligencia, el talento y el saber serán llamados de nuevo a dirigir los destinos públicos, como en todos los países civilizados”. En uno de sus sobresalientes pasajes,

declara a la letra, corroborando lo que en sus artículos periodísticos diariamente exponía: "Está demostrado que Voltaire no tuvo mucha razón, Rousseau era un sofista, Mably y Raynal unos anárquicos, y que no hay contrato social"; palabras que debían estremecer de gozo a los tradicionalistas, y que constituyen la más cabal retractación de tantas otras suyas. Resume su filosofía jurídica en este axioma; "La autoridad se funda en el asentimiento indeliberado que una nación da a un hecho permanente". No lo diría mejor el alemán Savigny, a la sazón el más neto de los historicistas. Y ¿qué es la inspiración del *Facundo*, en todas sus partes, sino la indigna condena contra la bárbara demagogia campesina, que irrumpe en las ciudades, y, con el concurso de la plebe de los compadritos y los negros, la somete a la degradante tiranía cesarista, eterno y fatal engendro de los desenfrenos populares? El propio anticlericalismo circunstancial de Sarmiento se debió en mucho al lamentable error del partido católico, que prestó apoyo a la dictadura de Rosas.

Así como el *Facundo* es la sangrienta y sonora epopeya, y Argirópolis el himno profético al poderío y pujanza de la Argentina, los recuerdos de Provincia componen la elegía melodiosa y nostálgica. Este áureo libro forma en la literatura hispano-americana, la más preciosa joya del género autográfico. Y aún me atreveré a declarar que, dentro de la universidad, lo prefiero a las renombradas confesiones de su modelo, Rousseau. ¡Cuánto más limpio y tierno, espontáneo y sano! Este sanjuanino es un Rousseau educado honradamente, normal y franco, nunca enemigo y destructor de la sociedad, a pesar de las forasteras utopías en que se empapó, porque su robusta naturaleza e hidalga condición le hacen expeler, sin advertirlo siquiera, los peores venenos que ingiere. Si en sus restantes producciones, Sarmiento celebró de preferencia el porvenir nacional, que tan de veras ansiaba y preparaba, en la que

examinamos cantó lo pasado, con la emoción y la extrañable delicadeza de un legítimo artista. Era en efecto un poeta aunque por sus frecuentes paradojas, abominara de la literatura y los versos. Este radical, maldecidor de la Colonia, consagró sus más hermosas páginas a enaltecerla. Como todo hombre bueno y patriota, era en el fondo, consecuente a ratos o nó, un verdadero tradicionalista. Comprendía que, bajo los vaivenes revolucionarios, continuaba la tradición, en que estriba por esencia y definición la patria, y que es lo que infunde y justifica nuestro amor a ésta. El patriotismo tiene siempre sus raíces en lo pasado, quien en conjunto execra todo ese pasado, jactándose de patriota, profiere el absurdo más palpable e inepto. Sarmiento no incurrió en él. Para eso tenía mente clara y corazón bien puesto. Y no lo digo por anexarme disimulada o indirectamente sostenes y comprobantes en abonados adversarios intelectuales, con pusilánime intención, sino al contrario, porque es la verdad irrefragable, e importa proclamarla muy alto, pues conviene grandemente recoger las adhesiones y confirmaciones decisivas, sobre todo si son involuntarias, aunque vengan de contrarias filas. Sabía y cumplía lo que demanda la mancomunidad histórica, quien así se expresaba de sus precursores políticos: "La generación próxima debe reparación a la pasada, vilipendiada por uno de esos estúpidos errores que se apoderan de los pueblos". Satisfacía como bien nacido la deuda para con sus progenitores y parientes, quien los eternizaba en tan efectuosas y admirativas semblanzas, como la del Obispo Oro, la del Cura Castro que muere besando la imagen de su Rey, para él encarnación y símbolo de la "patria grande", la de los otros sacerdotes de su familia, la insuperable de su madre y la de la altiva Irarrázabal semejante a una rica hembra medioeval. No es menos de notar la rehabilitación de las tradicionales bellas artes españolas, y la apoteosis de sus injuriados y dispersos tesoros

en América. Revive en aquellos capítulos la atmósfera colonial, contra la que tanto vociferó en otros lugares, y que ahora califica de "blanda tutela", del propio modo que en el *Facundo* resalta la admirable descripción de Córdova del Tucumán y de la rancia Universidad ordinaria materia luego de sus vehementes invectivas. Pero las visiones de arte, como que son intuitivas y sintéticas, expresan la intimidad del sér, mucho mejor que las argumentaciones doctrinales, o las observaciones de pormenor u ocasión.

A mi propósito, basta con lo dicho. No continuaré por eso examinando los *Conflictos y armonías de las razas en América* ni los otros infinitos volúmenes de Sarmiento, en que habría sin embargo tanto que aprovechar y aplaudir, entre eclipses y caídas. Su irrestañable producción ofrece el espectáculo de una selva tropical y reclama la apreciación que él propio aplicó a nuestra común literatura española: "exuberancia, imaginación desbordante, cascada de imágenes relucientes, alto pensamiento que se disipa, bellezas hacinadas como alhajas en casa de un lapidario, sin darles a cada una su debida importancia". Su despilfarro riquísimo se equipara al de otro titán de la raza, el monstruo Lope de Vega. La prosa poética de sus mejores trozos descriptivos e históricos, compite con la de sus eximios contemporáneos Chateaubriand, Michelet, Víctor Hugo y Castelar. Fue Víctor Hugo limitado al periodismo político, y enardecido por más directa acción. Fue un Castelar de los Andes, como él engreído, locuaz, dádivo y profundo, perspicaz en medio de sus éxtasis líricos, gubernamental no obstante sus preferentes doctrinas; pero más perseverante en las lides, y mucho más viril y bravío que el español. Y fue, ante todo y sobre todo, "él mismo", el luchador y fascinador Sarmiento, de una originalidad inconfundible, de una genialidad avasalladora: el magno educador de su pueblo, el maestro de escuela de por vida, el vidente estadista, el excelso argen-

tino incomparable, que pisoteando insulsas burlas, ruines incomprendiones y vulgares y frívolos desdenes, ha conquistado en dura brega, definitivamente, la más gloriosa y deslumbrante inmortalidad.

Bien está aquí su imagen en esta tierra que es su fiel amiga; junto a las avenidas que perpetúan los nombres de su próspera y amada nación; recordándonos de continuo su bronceína figura los comunes males y peligros que a ambas repúblicas han afanado y augurándonos cada día con la predilecta Argentina más estrecha, cordial e infran-
gible hermandad.

VII

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA FRANCESA

Con ocasión del estudio de C. C. Humiston sobre La técnica métrica comparada de Ronsard y Malherbe (publicaciones de *Filología Moderna de la Universidad de California*, Berkeley y Los Angeles, 1941), José de la Riva-Agüero escribió un largo ensayo que se convirtió en su último libro. Apareció primero en varias entregas de la *Revista de la Universidad Católica* con el título de Algo acerca de la antigua literatura francesa. De Ronsard a Malherbe, T. X, Nº 2-3, 4-5, 6-7, Lima, mayo a octubre de 1942 pp. (91)-122, 193-229, 300-319. La ficha del libro mismo es la siguiente: *Estudios de Literatura Francesa*, Lima, Imp. Lumen, 1944, 162 pp.

S U M A R I O

- I—La Literatura Francesa antigua, comparada con la griega clásica.— Otras influencias de la Edad Media y el Renacimiento, en fondo y versificación.
- II—Pedro de Ronsard.— Su vida y obras.
- III—Influjos italianos, latinos y helénicos en la poesía de la Pléyade.— Preludios de romanticismo.
- IV—Discípulos de Ronsard (Du Bellay, Baif, Belleau, Pontus de Thyard, Magny, Pasquier, La Boétie, etc.).— Sucesores desiguales (Desportes y Juan Bertaut).
- V—Malherbe, su antítesis.— Su biografía.— Empobrecimiento del lirismo.
- VI—Agrío significado poético y moral de Malherbe.
- VII—Su vigorosa vejez.— Desengaños finales y muertes.

- VIII.—Efectos de la reacción malherbiana.— Los refractarios (la Gournay, Mathurin Régnier, Viau, Colletet y Patru).
- IX.—El Marqués de Racan y Maynard.
- X.—Estilo y lírica en los reinados de Luis XIII y principios de Luis XIV (Balzac, Voiture, Vaugelas, Sarasin, Corneille, Boileau, etc.).
- XI.—Ciclos en la historia política y estética. Siglos de oro y decadencias.
- XII.—La cuestión de la lengua en Ronsard y en Malherbe.

LA LITERATURA FRANCESA ANTIGUA COMPARADA CON LA GRIEGA CLASICA.— OTRAS INFLUENCIAS DE LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO EN FONDO Y VERSIFICACION

PARA nosotros los ibero-americanos, dentro de las culturas verdaderamente afines (ya que la española y la lusitana debemos considerarlas sin duda alguna como propias), junto a la gran literatura italiana ha de venir siempre, en la intimidad, el afecto y el provecho, la francesa, que reproduce, por sus condiciones generales de ingenio y elegancia, las dotes de la helénica clásica, cuya más fiel heredera ha mostrado ser en el mundo posterior a la difusión del Cristianismo. Conviene no olvidarlo ahora, porque la ruin flaqueza humana es tal que las contingencias políticas y militares, efímeras al cabo, perturban los más altos y perennes valores del Espíritu.

La raza francesa se ha asemejado, en todos sus períodos, a la griega antigua, y muy en particular a las ramas jónica y ática. Tienen la misma inteligencia veloz y brillante, la misma curiosidad inexhausta, la misma amena y nítida facundia, la sociabilidad comunicativa y flexible, mesura y lógico equilibrio en su propio fácil entusiasmo,

la broma alada, la ironía risueña, el afán razonador y una energía innegable, aunque sujeta a intermisiones y desmayos. Si motivos morales y cronológicos sitúan a la actual literatura francesa en época correspondiente a la alejandrina, le asiste con ello todavía el derecho de esperar fecundos y largos otoños, según, antes los logró su prototipo, en los tiempos de Calímaco y de Teócrito, y después en los de Luciano y de Plutarco, y en los del Nacienceno y ambos Crisóstomos. Parece que, desde los albores galoromanos, los influjos de la focense Marsella; los de Cornelio, amigo del elegíaco Partenio de Nicea e imitador de Euforión de Calcis; de Favorino de Arles, el retórico y filósofo, discípulo de Plutarco y maestro de Aulo Gelio; de los viejos traductores de Apolonio de Rodas, en Narbona; y al fin el establecimiento de San Ireneo de Esmirna y los griegos cristianos en Lyon y los viajes y estadias de sus antagonistas Luciano y Juliano, hubieran impreso, en lo que había de ser Francia, un sello indeleble de atavismo helénico.

Para completar las semejanzas en los orígenes, la Francia medioeval, de los siglos XI al XIII, produjo una épica riquísima, análoga a los cantos homéricos, y que dominó en toda la Europa latina y germánica. Sus poemas de los ciclos carolingio y de las Cruzadas (como la *Canción de Rolando*, la de *Antioquía* y el *Caballero del Cisne*), equivalen, si nó en calidad, en significado ético y propagación, y aún en el tono, a los de la guerra de Troya (y Littré lo probó en forma palpable y experimental); los de la *Tabla Redonda*, los *Tres loreneses* y el de *Alejandro*, a la *Odisea* y a los del *Regreso* extractados por Proclo; los burlescos *Romans de Renart*, al perdido *Margites* y la *Batracomiomaquia*; y los innúmeros y chocarreros *fabliaux*, a las fábulas milesias, sibaríticas y libias. Los toscos dramas litúrgicos, y los rudimentarios juegos y farsas escénicas, como los de Adán de la Halle, recuerdan,

por su cuna religiosa y su desarrollo teatral posterior, los coros ditirámicos hasta Tespis. En la prosa de las ingenuas crónicas arcaicas, Froissart resultó, sin saberlo, un Herodoto heráldico y ojival, todavía más infantil que el de Halicarnaso; y Villehardouin y Joinville son dos animados y tiernos Jenofontes cristianos.

Pero aquel pródigo florecimiento de las epopeyas o gestas, y de las poesías líricas francesas en sus dos lenguas principales de *oïl* y de *oc*, que a la par de su arquitectura y su estatuaría peculiares, en el gótico originario, constituyeron la primera hegemonía literaria y artística de Francia sobre la restante Europa culta, y tan omnipotente como la segunda, de los siglos XVIII y XIX, de imprevisto declinó, y se deslustró hasta amortiguarse casi del todo en el XIV, con los desastres de la Guerra de Cien Años. Entonces la reemplazó en supremacía intelectual Italia, cuyos dos máximos poetas, Dante y Petrarca, bajo el dominador elemento clásico redivivo, no dejan de ofrecer vestigios numerosos de la anterior influencia francesa, recién disminuída; por ejemplo, en sus conocidos homenajes al príncipe trovero Teobaldo, Conde de Champaña y Rey de Navarra, y a muchos trovadores provenzales.

El siglo XIV fue para toda Europa, pero muy particularmente para Francia, una edad calamitosa y desoladora, sanguinaria e impía, de anárquico desenfreno y de miserias infinitas, de prosaísmo creciente, de lúgubre obscuridad y aridez. Recordemos la tremenda descripción que de París, Montpellier y la Gascuña, trazó el Petrarca, en 1360. En el XV, desde sus mediados, se advierte el alivio. Pronto se consolida la convalecencia social y económica; y como imagen y estímulo para la rehecha monarquía y sus cortesanos, se prosifican las rimadas gestas célticas y carolingias que aparecían antañosas y desusadas en verso; y vuelve desde la península ibérica el ideal

caballeresco y galante, sutilizado y acicalado por el primer libro hispano que de veras se impone en Francia, el famoso *Amadís de Gaula*. Mas en poesía, durante esos doscientos años largos, apenas podemos oír otra cosa que la grácil melopea nostálgica y monótona del *Cancionero* de Carlos de Orleans; y el estro cínico, turbio y patibulario de Francisco Villon. Los demás versificadores, como Alain Chartier, son harto mediocres.

Cuando el Renacimiento greco-romano, despertar de alegría y de luz, penetró victorioso con alguna tardanza en las artes plásticas, bajo el rey joven Francisco I, por la venida de Leonardo de Vinci, el Sarto, el Rosso, Primaticcio y Cellini, aun en la lírica francesa no representaban las nuevas tendencias regeneradoras sino los insuficientes Octaviano y Mellin de Saint-Gelais, y los dos Marot, de vena tan pálida y delgada. Hubo que esperar casi un veintenio el advenimiento de Ronsard y su Pléyade en 1549, para que el esplendor renacentista italiano vivificara la poesía francesa, prisionera todavía entre los escombros góticos, los adornos menudos y frívolos, y fecundara su legítimo clasicismo.

Ronsard, cabeza indiscutida del movimiento renovador en las letras, proclamado *Príncipe de los poetas del Reino*, en los Juegos Florales de 1554, con mucha mayor justicia que su predecesor Clemente Marot, fue en efecto un gran artista, un versificador soberano, digno de parangonarse con sus contemporáneos mejores. Así se lo reconocieron en vida todos. Montaigne lo reputaba eximio, perfecto, no inferior en los buenos trozos, a los antiguos clásicos de Grecia y Roma.¹ El Tasso, que en París sometía a su examen la *Jerusalén*, y Lope de Vega, que lo nom-

¹ Montaigne, *Ensayos*, Libro II, cap. XVII: "Quant aux Francois, je pense qu'ils l'ont montée (la poésie) au plus haut degré où elle sera jamais; et aux parties en quoi Ronsard et Du Bellay excellent, je ne les trouve guere éloignés de la perfection ancienne".

bra y lo encomia al par del Petrarca, lo saludaron como a un igual. Por los inevitables vaivenes del gusto, la fatal reacción contra este endiosamiento perpetuo sobrevino poco después, en la misma Francia. Iniciada con la sistemática detracción y el rigor nimio de su ingrato discípulo Malherbe, llegó al colmo de la iniquidad en el estrecho e intolerante Boileau. Duró dos siglos tan injusta proscripción. En sonoras estrofas pesimistas, la había predicho el propio vate magnánimo, que hace apostrofar así por una ninfa a su ultrajada sombra:

*Avant le soir se clorra ta journée...²
 Sans me fléchir, tes écrits flétriront.
 De tes soupirs nos neveux se riront:
 Tu seras fait du vulgaire la fable,
 Tu batiras sur l'incertain du sable
 Et vainement tu peindras dans les cieux.*

Pero los románticos, aventando las arenas de la crítica estéril y muerta, exhumaron el profanado monumento ronsardiano de bronce y mármol. Víctor Hugo lo desagrávió, prosiguiéndolo; y Sainte-Beuve escribió la apología, que hoy hallamos tímida e incompleta. Porque se ha realizado el augurio de que dudaba este su rehabilitador:³ ha vuelto

2 Verso repetido por Andrés Chénier, casi literalmente en su elegía VI:

Je meurs. Avant le soir j'ai fini ma journée.

3 Soneto de Sainte-Beuve a Ronsard en Julio de 1828. A esa fecha, Sainte-Beuve, según confesión posterior de él mismo, pedía bien poco. Limitaba su anhelo de reparación hacia Ronsard y la Pléyade, a exhortar "que enriquecieran los modernos la paleta con algunos de los agradables colores de aquellos abuelos olvidados, y agregaran algunas de sus notas a los acentos ya conocidos, y se justificaran con dichos antecedentes" (Primera edición del *Tableau historique et critique de la poésie française et du théâtre français au XVI siècle*—, y *Noticia y comentarios en Obras escogidas de Ronsard*, ed. Garnier, por L. Moland. — De las antiguas ediciones de Ronsard, son las mejores la de 1567, la de 1584, y la póstuma y definitiva de 1586.

a subir al trono que sus coetáneos le depararon. Por eso a nadie sorprende que, como sus modelos antiguos de Roma y Grecia, atraiga para su estudio minuciosos escoliastas, aún en el utilitario y lego continente americano.

Nos brinda precisamente oportunidad para estas páginas, el esmerado folleto de C. C. Humiston, que editó la Universidad de California en Berkeley y Los Angeles el último año, y se aplica a escudriñar y comparar la métrica de Ronsard y Malherbe, aprovechando las mejores investigaciones francesas y alemanas, verbigracia las del Abate León Bellanger (*Etudes sur la rime française*, París, 1876); Maurice Grammont (*Petit Traité de versification française*, París, 1930); Büscher (*La versification de Ronsard*, Weimar, 1876); Erkelenz (*Wurzburgo*, 1868); A. Rosenbauer (Munich, 1895); Ernesto Trager (Leipzig, 1889); Martinon (Rev. Hist. Litt. París 1909); y Pablo Groebedinkel (Altemburgo, 1880), ampliándolas y corrigiéndolas a menudo.

Mr. Humiston demuestra que el encarecido preceptista Malherbe, en la inmensa mayoría de los casos, no hizo sino seguir y extremar los consejos de Ronsard tocantes a la cesura y al hiato. Al revés de Malherbe, que prohibió con tiránica estrictez los *enjambements* o sean versos cabalgantes, cuyo sentido continúa el del anterior, Ronsard, que en su juventud también los rechazaba, luego los aceptó y practicó en la edad madura, persuadiéndolo el estudio de los dechados clásicos (*Prefacio primero de la Franciada*). Su proceder se ha visto abonado y ampliísimamente secundado desde que se restauró el genuino helenismo francés con Andrés Chénier. Pero hay algo más curioso; y es que Malherbe no pocas veces infringió en sus rimas las mismas caprichosas trabas que multiplicaba con arbitrariedad de dómine.⁴ Al ordenancista Aris-

⁴ Humiston, ob. cit. Véanse singularmente las págs. 8, 9, 10, 11, 16 y las 102 a 109.

tarco del siglo xvii, que censuró con tanta acerbidad al excelso precursor, le habría convenido, no obstante su desvío y desdén por los griegos (sobre todo por Píndaro, adorado en la Pléyade), y sus exclusivas predilecciones latinas, leer el *Pseudologista* de Luciano de Samosata, en que se vitupera al gramático profesional, violador de las leyes que formula, al incurrir en graves solecismos.⁵

Me atreveré a apuntar, por más que exceda de mi particular competencia, que el mérito de Ronsard no estriba mayormente en la originalidad de los ritmos, al fin mérito formal y secundario; aunque sin duda haya sido grande y novedoso metrificador. Pero no es tan radical aquella originalidad como un tiempo lo dieron a entender Sainte-Beuve, los románticos y Teodoro de Banville. Sabiéndolo o nó, con frecuencia se limita a reproducir o rezojar, alterándolos apenas levemente, metros usados ya en la anterior literatura de Francia. Con su habitual solicitud, rectificó Sainte-Beuve, desde hace cien años (edición de 1843), que la preciosa canción de primavera de nuestro poeta:

*Quand se beau printemps je vois,
J'appercois
Rajeunir la terre et l'onde...*

combinación reproducida en el *Avril* de Remigio Belleau y en el *Himno a la Salud* de Joaquín Du Bellay, no era, se-

⁵ La veracidad obliga a reconocer que igualmente Ronsard descuidó la observancia de sus propios preceptos sobre el hiato. Como lo decía con franqueza: "Toujours on ne fait pas ce qu'on propose". (*Compendio del arte poética*, en las *Obras escogidas de Ronsard*, ed. Garnier, pág. 358). Pero en esa misma *Arte poética* acepta el hiato en algunos casos, cuando no ofende el oído, atendiendo a la índole del idioma francés, que no lo tolera tanto como el griego. Lo admite en el *Segundo Prefacio* de la *Franciada*, acercándose más, como suele, a las libertades de la actual poesía en Francia. Humiston, siguiendo a Martinon, impugna la autoridad de este *Segundo Prefacio*, por ser publicación póstuma (Humiston, ob. cit. pág. 43; — Martinon, *Études sur les vers français*, Revue d'Histoire Littéraire de la France, Paris, 1909).

gún lo había creído, invención de Ronsard ni de su referido discípulo Du Bellay, porque ya se halla en la traducción del Salmo xxxviii por Clemente Marot, y hasta en un misterio o drama religioso del siglo xv. Adoptándola compuso el propio Sainte-Beuve su poesía *A la rima*, de las mejores entre las suyas, imitada después en asunto y estructura por la célebre de Carducci. Podemos agregar que es la misma llamada *serventesio francés* en el xiv.⁶

La alternativa de rimas femeninas y masculinas, regla que se hace remontar a él, la seguía un siglo antes el refinado Duque de Orleans, que merecía en verdad ser su maestro. El soneto era conocido y practicado por Marot y su escuela, y los de la lionesa de Séve. La estrofa lírica de diez versos, en cambio, atribuída vulgarmente a Maïherbe, ha de restituírse con absoluto derecho a Ronsard, quien la empleó con éxito feliz en muchas de sus odas pindáricas, sin más diferencia que ser a veces de versos heptasílabos en vez de octosílabos.⁷ Véase, por ejemplo, una de las dedicadas al Rey Enrique II, que contiene metáforas hermosísimas:

*Comme un qui prend une coupe,
Seul honneur de son trésor,
Et de rang verse á la troupe
Du vin qui rit dedans l'or.*

Muy expertos críticos señalan en ella analogías, parentescos o congruencias de impresión, aunque haya diferencias substanciales de ordenación interna, con el *Canto real* de once versos del Medioevo, ensanchado hasta catorce y quince por Lemaire a principios del siglo xvi.⁸ Pe-

6 *Arte de trovar* de Eustaquio Deschamps, cit. por E. Faguet, *Hist. de la Lit. francesa* (9a. edición, París, 1901), tomo I, pág. 121.

7 E. Faguet, *Etudes littéraires, Seizieme siecle* (París, 1902), *Ronsard*, pág. 283.

8 Faguet, *Hist. de la Lit. francesa*, tomo I, págs. 120, 216, 217 y 350 — *Etudes littéraires, Seizieme siecle*, págs 272, 273 y sgts.

ro dejemos tan minuciosa indagación de vaguísimas semejanzas o rebuscadas genealogías métricas.

En general, es una palmaria exageración decir con Banville que "Ronsard sacó sus ritmos de la nada, o de los latinos y griegos, descubriendo su forma a medida que los iba necesitando". Y es mucho peor (porque no nace de extremosidad panegírica sino de ceguedad hostil) estampar como Boileau que "hizo un arte a su manera, disponiéndolo y alterándolo todo, y haciendo hablar latín y griego a su musa". Cuando redactó su trunca epopeya la *Franciada* (publicada en 1572, y que fue a mi ver su único fracaso) acudió, en obediencia a órdenes superiores —de seguro la regia voluntad de Carlos IX—, al vetusto decasílabo, o sea nada menos que al metro de las añejas canciones de gesta. Y cuando pudo satisfacer a sus anchas sus gustos, prefirió el alejandrino, también instrumento de los cantares épicos de la Edad Media, de los que sucedieron a los primordiales. Hay que leer su breve *Arte poética*, escrita para Del Bene, el Abad de Hautecombe en Saboya, y sus prefacios a la *Franciada*, para enterarse de su criterio moderado y templado, tradicional hasta el punto de recomendar valerse de provincialismos y arcaísmos, y no menospreciar las desinencias valonas y picardas, y el léxico de las novelas de la *Tabla Redonda*, que le hacen recordar las leyendas homéricas, rasgo de nada trivial perspicacia. Llegó ahí y en otros pasajes a elogiar y aun imitar *Le Roman de la Rose*, como imitó a Lemaire des Belges en el himno a la muerte de Margarita de Navarra. En la *Ilustración de la lengua francesa*, su discípulo y portavoz Du Bellay señala como fuente de inspiración épica "*las hermosas fábulas de Tristán y Lanzarote*" (Libro II, cap. v). No impugnó, pues, en realidad, lo que subsistía de valioso y vivo en la herencia de la Edad Media. Lo que combatía eran aquella versificación mecánica y equivoquista, y aquel espíritu de rutinaria facilidad, de

plúmbeo desmayo, de malicia indecente y plebeya en que, habían venido a parar los residuos de la entonces interrumpida o difunta inspiración gala. Tampoco ayudó mucho a sus fanáticos alumnos Baif y La Taille en las osadas empresas de establecer desmesurados pentadecasílabos (versos de quince sílabas), o de substituir la rima con la antigua cantidad.⁹ El excesivo clasicista De Brosses, en el siglo XVIII, culpaba a Ronsard y Malherbe por no haber aclimatado en el francés el verso suelto, a semejanza de las literaturas italiana, española y portuguesa; y en verdad que, frustrado el débil conato de Marmontel, ha sido necesario aguardar hasta casi nuestros días, hasta los postrimeros del XIX, para encontrarse con el verso libre o suelto francés, el cual no es sino el verso amorfo o *verso prosa* de los decadentes, hoy tolerado y aplaudido.

Ronsard no fue así el pedante estrafalario y estrambótico que sus inconsecuentes herederos falsificaron. En muchos párrafos de sus consideraciones críticas, habla contra la ampulosidad e hidropesía, y el hipérbaton que artibuye a los españoles y a ciertos émulos. El ataque se endereza contra Du Bartas, sin lugar a duda; pero quizá vaya también contra Mauricio Séve, siquiera de soslayo. El enigmático y quintaesenciado Mauricio Séve, el simbolista de Lyon, representó la antítesis extrema, sobrada, de la llaneza de Marot. Cierto que Séve no está maltratado en el belicoso Prefacio de las primeras *Odas* de Ronsard (1550). Pero lo mismo ocurre allí con Mellin de Saint-Gelais, lo que no fue óbice para que Ronsard más tarde

Sólo hay dos odas, entre las ciento cincuenta y tantas de Ronsard, que guarden las reglas de la cantidad; y esas mismas conservan la rima. En cuanto a los metros o pies modernos, los más largos que Ronsard acepta, son los alejandrinos de doce y trece sílabas (Vid. su citado *Compendio de Arte poética*, en los capítulos referentes a los alejandrinos y a los versos comunes; y uno de sus prefacios a la *Franciada*, en o tocante a las ventajas de los versos cortos y concentrados, ed. Garnier, pág. 194). Concede preferencia a la invención y la dición sobre las meras curiosidades de la rima rica (Ibidem, *Compendio*, pág. 351).

lo combatiera. Repárese en fin que el sonetista Oliverio de Magny, uno de los mayores amigos de Ronsard, murmuró contra el otro luminar de la escuela de Lyon, Luisa Labé, la apasionada políglota marimacho, apellidada la hermosa cordelera o la *Safo de Galia*, y ultrajada tan duramente por Calvino.

Habida cuenta de las circunstancias de la época, del Renacimiento, ardoroso y bullidor, como recién ingerido en las letras de Francia, le asiste mucha razón a Brunetière para declarar que "la poética de Ronsard no difiere de la de Malherbe, y que el segundo no fue sino el continuador del primero.¹⁰ Conclusión idéntica a la que sobre la métrica de ambos evidencia el folleto de Mr. Humiston, ocasión y coyuntura del presente ensayo. No estará demás insistir en la fisonomía de los dos sucesivos jefes de escuela y de sus discípulos principales. La materia no carece de útiles sugerencias; y si bien ha sido muy explotada por eminentes críticos europeos, importa vulgarizarla en América Latina, para mantener nuestros naturales y auténticos vínculos de cultura.

II

PEDRO DE RONSARD.— SU VIDA Y SUS OBRAS

El noble Pedro de Ronsard vivió en un período de contrastada y trágica reconstitución de Francia. Baste decir que nació cuando la batalla de Pavía; y murió en medio de las guerras civiles, el año en que nacía Richelieu. Su padre, Luis de Ronsard, veterano en las campañas de Italia, Caba-

10 F. Brunetière, *Etudes sur la littérature française* (París, segunda edición, 1896, Hachette), tomo V, pág. 6. Sobre otros puntos, consúltense los substanciosos artículos del mismo Brunetière, *La obra de Pedro de Ronsard* y *La Pléyade* en la *Revista de Ambos Mundos*, números del 15 de Diciembre de 1900, 1o. de Enero y 1o. de Febrero de 1901, y del 15 de Octubre de 1904.

llero de la Orden de San Miguel, dignatario de la Corte, y que también versificaba, fue Mayordomo Mayor de los príncipes hijos de Francisco I. Su madre, Juana de Chaudrier, tenía deudo legítimo con la histórica familia de La Tremoille. El castillo paterno en que vió la luz, La Possonière, está próximo a la aldea de Cousture en el Vendome Bajo, cerca del pequeño Loir, que inmortalizó con sus estrofas, el cual afluyè a la cuenca del Loira grande. En esas tierras, tan admiradas por el Emperador Carlos V y que son en verdad las más amenas de Francia, poseyó como encomiendas, a fuer de segundón y clérigo de menores, las abadías y el priorato en que gustaba residir, y en que al cabo se retiró a envejecer. La región de la Turena y del Anjou, y las confinantes, regadas por el Loira y sus tributarios, formaban el corazón y el eje de la monarquía, el teatro florido en que mejor se desplegaron los atavíos y cortejos del importado Renacimiento. Para evocar los bosques y ríos de la comarca, hay que inspirarse en las metáforas del poeta: sabe Ronsard que no es la pingüe y épica majestad fluvial del Nilo, del Tiber, del Rin o del Danubio, en cuyas orillas entretanto moraba prisionero nuestro español Garcilaso: no son ambos Loiras dioses ancianos o maduros, de largas barbas, coronados de espadañas.¹¹ El gran Loira, con sus afluentes vasallos, se parece a Apolo el rubio, el del casco de oro, el de la cítara y el arco de plata dorada, seguido de cisnes, rodeado de musas danzantes, de ninfas y jóvenes faunos; tropel de cuerpos esbeltos y fluídos, como las estatuas de Jean Goujon. Cíngulo claro, recamado de gracia; orlado de maravillosa guirnalda de selvas, viñas y cincelados castillos,¹² caudal sinuoso en un vergel lozano; riente lascivo y fresco río favorito de los Valois.

¹¹ Léanse, por ejemplo, *A la source du Loir*, las dos piezas *A la fontaine Bellerie*, *A la forêt de Gatine*, el soneto *A la riviere du Loir*, y la elegía *Contre les bucherons de Gatine*.

¹² Blois, Amboise, Chambord, Chenonceaux, Azay-le-Rideau, etc.

Muy pronto dejó Ronsard la encantadora provincia natal de Vendôme, en cuyas florestas, niño de doce años, componía versos, a pesar de la oposición del padre, que estaba escarmentando por las propias experiencias literarias. Comenzó la carrera de la Corte y de las armas, como paje al servicio de Francisco el Delfín y del Duque Carlos de Orleans en las campañas de Provenza, y del Rey aliado Jacobo v en Escocia e Inglaterra, lo que explica su constante adhesión a los Guisas y a la sobrina de éstos, la desdichada María Estuardo. Estuvo poco después en Flandes, regresó a Escocia, y en 1540 acompañó en Alemania, a la Dieta de Espira, al embajador Lázaro de Baif; y luego en Turín, al capitán y gobernador Guillermo Du Bellay, el Señor de Langey, para la guerra del Piamonte. En los viajes de juventud, aprendió varias lenguas vivas y el latín, de su primer preceptor en Escocia, el piamontés Claudio Duchi, Señor de Créssier; y adquirió nociones y estima de las modernas literaturas alemana e inglesa, italiana y española, que recomienda en su *Arte poética* y en su epístola a Grevin. "No hay, escribía más tarde (en uno de los prefacios a la *Franciada*), país tan perfecto en todo, que no pueda aprovechar tomando algo de los vecinos". Para las letras francesas, su ideal no excedía a la sazón de Clemente Marot y del belga Lemaire el probable *Raminagrobis* de Rabelais (si acaso no lo es su maestro Guillermo Crétin, el cronista de Francisco I). Pero antes de cumplir veinte años, una grave enfermedad lo ensordecía (accidente que aquejaba también a su fraternal amigo Joaquín Du Bellay, y que aun más lo allega a Carlos Maurras, nuestro contemporáneo poeta clásico y político legitimista, que con tan entrañable afición lo alaba). Viendo impedida por la sordera la vida militar, se entregó ansiosamente a adquirir sólidos conocimientos literarios, en el Colegio de Coqueret, pero como alumno libre, porque sus obligaciones cortesanas de paje lo retenían a vivir en el

palacio de Les Tournelles (por donde hoy se extiende la Plaza Real o de los Vosgos). El Colegio de Coqueret se hallaba al otro lado del Sena, entre las antiguas calles de Sept-Voies y Chartière, cerca de la actual Plaza del Panteón. Ahora es el Colegio Sainte Barbe. El principal o último rector se denominaba Juan Daurat o Dorat, aunque su verdadero apellido era el de Dinemandy. Ronsard lo intitula *poeta regio*, porque más adelante Carlos IX, que fue igualmente su alumno, le concedió tal calificativo. Discípulo de Danés, provenía de la escuela de los grandes humanistas, de Budé y del bizantino Juan o Jano Lascaaris. Llegó a ser en 1560 Profesor en el Colegio de Francia; y antes había sido maestro palatino en los reinados de Francisco I y Enrique II, y preceptor del hijo de Lázaro de Baif, el poeta adolescente Juan Antonio de Baif, consagrado con extraordinario afán al aprendizaje del griego.

Los otros compañeros notables de Ronsard, en el colegio o academia de Dorat, fueron Remigio Belleau, Antonio Muret y Joaquín Du Bellay, sobrino del Cardenal embajador en Roma y del capitán Guillermo de Langey, su anterior jefe en Italia. Luis de Ronsard, el padre, había fallecido en 1544. A los siete años de asiduo estudio, salió consumado latinista y helenista; y decidido a emprender, junto con sus condiscípulos y amigos, que se apellidaban entre sí la *docta brigada*, una renovación profunda en la poesía y el uso del idioma. Con el común maestro Dorat y dos recientes adeptos, Jodelle y Pontus de Thyard, constituyeron el núcleo de la *Pléyade*, a imitación de la alejandrina tolemaica. Joaquín Du Bellay redactó el manifiesto, bajo el título *Defensa e ilustración de la lengua francesa*, firmado en París el 15 de febrero de 1549 e impreso ese año. Es la ampliación y refutación del *Arte Poética* de Tomás Sibilet (1548), eco vago de Marot. Corresponde en nuestra literatura española, por intención y alcance, al magnífico discurso de Fray Francisco de Medi-

na, que prologa la edición de 1580 del bucólico Garcilaso, anotada por Fernando de Herrera. Entrambos son, después del tratado dantesco *De vulgari eloquio*, las elocuentes proclamaciones de mayoría de las lenguas romances. Antecediendo al castellano en un treinteno, pero yendo a dos siglos largos de distancia tras las doctrinas del Dante (que es muy probable conociera y extractara), Du Bellay, vocero de la Pléyade, preconiza el empleo del francés para toda clase de obras en prosa y verso, y la necesidad de ennoblecer los vocablos, los metros y el estilo, mediante la imitación de los genuinos clásicos. Ya desde 1539, Francisco I, por la Ordenanza de Villiers-Cotterets, mandó que todos los documentos públicos se escribieran en el habla vulgar predominante del reino, en el francés de *oïl*. Ahora procuraban, bajo el cetro de su hijo Enrique II, que el definitivo idioma oficial, lustrado y hermo-seado en las fuentes de la antigüedad, diera de sí muestra gallarda en los más excelsos géneros literarios.¹³ Para robustecer con el ejemplo las teorías expuestas por Du Bellay, al cual sin duda se las había infundido, y que fueron las suyas siempre, Ronsard publicó el mismo año de 1549 dos obras primiciales el *Himno a Francia* y la traducción del *Pluto* de Aristófanes (representada en el colegio de Coqueret), seguidas en 1550 de la *Oda a la paz*, en honor de Enri-

13 Frisan el programa de Andrés chénier, su continuador dieciochesco, cuando dijo:

*A nous tous aujourd'hui, vos faibles nourrissons,
 Votre exemple a dicté d'importantes leçons.
 Il nous dit que nos mains, pour vous être fideles,
 Y doivent élever des colonnes nouvelles...
 Changeons en notre miel leurs plus antiques fleurs;
 Pour peindre notre idée, empruntons leurs couleurs;
 Allumons nos flambeaux a leurs feux poétiques;
 Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques.*

La primera composición de Ronsard que se conoce, es una oda en los preliminares de las obras de Pelletier du Mans (1547). También publicó por entonces un epitalamio.

que II (después de la conquista de Boulogne sobre los ingleses) y de los cuatro primeros libros de las *Odas*. El libro V apareció en 1552, con los sonetos eróticos de los primeros *Amours*. Los segundos son de 1553; y los *Himnos*, de 1555. Su rápida ascensión nos recuerda la de Víctor Hugo. Encontró pocos y endebles adversarios en estos años de irrupción afortunada: era incontrastable su ímpetu juvenil.

Marot, el caudillo del grupo o cenáculo anticuado, había fallecido en el destierro, como sospechoso de protestantismo, hacia 1544; pero de los tenientes, uno, Carlos Fontaine (o tal vez Bartolomé Aneau), procuró refutar el programa de la Pléyade, en el *Quintilio horaciano* (1550). El otro, Mellin de Saint-Gelais, más petrarquista y mundano que verdadero clásico,¹⁴ malquistaba y satirizaba a los poetas novadores en la Corte, y se encarnizaba específicamente con Ronsard, quien se amparó bajo el patrocinio de la princesa Margarita de Valois, la hermana del Rey y después Duquesa de Saboya, y del Canciller Miguel de L'Hospital. Logró al cabo Guillermo des Autels, conocido poeta y gramático, pacificar las dos camarillas literarias; y en 1553, para la segunda edición de los *Amores* de Ronsard, se presenta éste reconciliado con Saint Gelais.¹⁵ La Pléyade venció en toda la línea, hasta en el teatro, reemplazando los *misterios*, que continuaban el drama medioeval, con ensayos de tragedias paganas, a la moda de Italia y Alemania. Un admirador y comentar de Ronsard,¹⁶ Marco Antonio Muret, escribió en latín la de *Julio César*, que se hizo famosa. Otro de la *docta brigada*, el improvisador Esteban Jodelle, más atento a las enseñanzas de Ronsard y Du Bellay sobre el

14 Por ese tiempo el discreto Esteban Pasquier lo tasaba así, con justa severidad.

15 Sainte-Beuve, obs. cits.

16 Véase dicha segunda edición de los *Amores*.

empleo preferente del francés, estrenó en él la *Cleopatra*, el año de 1552. Significó para la Pléyade lo que la noche de *Hernani* para los románticos. Celebraron un festín en Arcueil; y en bulliciosa e inocente parodia de los ritos helénicos, Ronsard y Baif, como los *coreutas*, entonaron el ditirambo compuesto por Bergier de Montembeuf, y coronaron de flores un macho cabrío. Pedantería tan moce- ril e inofensiva no tardó en servir de arma a las calumnias de los hugonotes.

Porque Ronsard y los de la Pléyade, sin embargo de su fervoroso humanismo, o por él precisamente, eran muy buenos católicos y muy leales súbditos de los reyes: eran franceses de cepa antigua, partidarios del orden y la tradición social. En terminología de nuestra época, habrá que designarlos a boca llena como *derechistas*. Confiesa Ronsard que por un momento lo alucinaron ciertas hipocresías protestantes.¹⁷ Al punto se desengañó; y no tuvieron en Francia los anárquicos reformistas más duro fustigador en verso. Anatematizó, en vibrantes sátiras rimadas, sus destrozos, crueldades y traiciones, su frenesí, sus amaños y sus vicios; y señaló, con admirable vigor mental, los errores e inconsecuencias de sus contradictorias doctrinas.¹⁸ Odiaba sobremanera el tipo del sombrío puritano, iconoclasta y falaz, enemigo fanático de la belleza visible. Todos los instintos del latino, artista y

17 *Discours des miseres du temps*:

*J'ai autrefois goute, quand j'étais jeune d'age,
Du miel empoisonné de votre doux breuvage:...*
etc.

18 Los arriba citados *Discours des miseres du temps* se compusieron de 1560 a 1563. A la proditoria entrega que entonces hizo el ejército protestante francés del puerto del Havre a los ingleses (tratado de Hampton Court), se refieren los indignados versos del generoso Ronsard:

*Ni les blonds nourrissons de la froide Angleterre,
N'eussent passé la mer, acbetant notre terre...*

hombre del Renacimiento, se le sublevan contra esa feroz y artera bandería:

*Hideux en barbe longue et en visage feint,
Qui sont plus que devant tristes, mornes et pâles,
Comme Oreste agité de fureurs infernales.*

Horrorizado ante los desastres materiales y morales que acumuló la funesta herejía, exclama añorando la unidad religiosa de la Edad Media:

*O heureuse la gent que la mort fortunée
A depuis neuf cens ans sous la tombe emmenée!
Heureux les peres vieux des bons siecles passés,
Qui sont sans varier en leur foi trespasés, . . .
Ont vécu longuement, puis d'une vie heureuse
En Jésus ont rendu leur ame généreuse . . .*

Ni se limitó a atacar a los hugonotes en escritos, sino que en 1562, durante la primera y espantosa guerra civil, Ronsard, que aun no había llegado a los cuarenta años, tomó voluntariamente las armas y defendió contra los merodeadores protestantes la parroquia de Evailé, de la que era prestamero. Los libelistas de la Reforma ginebrina se vengaron atribuyendo su ardiente ortodoxia a los varios beneficios eclesiásticos que, como tonsurado, disfrutaba. Ridiculizaron su epicureísmo, y la prematura obesidad que le había hecho perder pronto la ágil prestancia juvenil. Lo comparaban con una marrana. En los groseros dísticos latinos de 1563 aluden a su gordura y su vientre, y en la invectiva inmundada del discípulo traidor, que se denomina *Templo de Ronsard*, agregan:

Que vivant tu auras fait un Die de tapanse . . .

y otras sátiras contra su aspecto físico:

*Una nez un peu tortu et un peu raboté,
 Une bouche retorse, une levre flétrie,
 Une den toute noire et a moitié pourrie...*

Achacaban su sordera a la sífilis (que decían *mal español*, como al revés se llamó en España *gálico*); y lo acusaron de ateo y disoluto, y de escritor de lubricidades. Con no menos intemperancia e iracundia les replicaba Ronsard.¹⁹ Como providencial desagravio, el Papa San Pio v, con un Breve especial, lo felicitó por su valentía en la fé católica. Sabemos, por el testimonio de sus propios versos, que aun siendo mero abate comendatario y capellán minorista, cumplía con los deberes canónicos y litúrgicos de sus cargos; y era muy rezador y devoto, en edad de tan tristes defecaciones, y tántas apostasias entre sacerdotes y prelados. Su inconvencible creencia en la transubstanciación la expresa, con vigor y sinceridad resaltantes, en los siguientes alejandrinos de la *Remontrance au peuple*:

*Le soir que tu donnais a la suite ton corps...
 Tu as dit simplement d'un parler net et franc,
 Prenant le pain et vin: C'est cy mon corps et sang;
 Non, signe de mon corps. Toutefois ces ministres.
 Ces nouveaux defroqués, apostats et bélistres
 Démentent ton parler, disant que tu revais
 Et que tu n'entendais les mots que tu disais.*

19 Sobre estas virulentas diatribas, muy características del siglo XVI, consúltense Sainte-Beuve, obs. cit.; y un artículo de Brunetiere en la *Revue des Deux Mondes* de Mayo de 1900. Los detractores principales fueron su antes amado discípulo Jacques Grevin, al que perdonó después, y un Florent Chrétien, que fue el primer maestro del Rey Enrique IV, y uno de los autores de la célebre *Sátira Menipea*. El testimonio principal de haber tomado Ronsard en persona las armas contra los hugonotes, es el de Teodoro de Beza en su *Historia Eclesiástica*. Ronsard vivía aún cuando ésta se imprimió por primera vez (Véase el estudio de Brunetiere en la *Revue des Deux Mondes* del 15 de Octubre de 1904).

A diario asistía a misa y al coro, de Maitines a Vísperas, revestido con los ornamentos sagrados, de los cuales los de mayor precio, bordados con oro de las Indias, se los robaron los bandidos hugonotes. Recitaba el breviario con toda regularidad. D'Angennes, Obispo de su diócesis, que era la de Le Mans (donde el poeta poseía otra prebenda, en la iglesia de San Julián), lo estimaba y frecuentaba. Los Jesuítas, recién establecidos en Francia, le manifestaban admiración y cordial simpatía. No dejó de ensayarse en el género piadoso, con himnos a San Blas y a San Roque. Este debió de ser, a juzgar por la publicación, uno de sus escritos últimos. Entremezclaba, a la incoherente manera renacentista, la mitología con el Cristianismo. El Cardenal de Lorena acostumbraba invitarlo al castillo de Meudon. Cantó muchas veces y con efusivo acento al gran Francisco de Guisa y a su hijo Enrique. Mas de toda la ilustre familia directora del bando católico, fue su predilecta la bella y sabia mártir María Estuardo, la flor de Escocia y de Francia, la blanca e injuriada Reina poetisa, en cuyo elogio rimó tan conmovedores versos:

*Encore que la mer de bien loïn nous separe...
Tous les chemins blanchisaient sous vos toiles,
Ainsi qu'on voit blanchir les rondes voiles...*

Mutuamente se comunicaban sus composiciones; y todavía desde la lejana cautividad, María Estuardo le enviaba presentes valiosos, con halagüeña dedicatoria. El Rey Carlos ix profesaba a su poeta áulico un cariño filial, y le dió pruebas de singular favor. Recuérdense los lisonjeros y preciosos alejandrinos que el regio alumno le ofrendaba:

*Tous deux également nous portons des
(couronnes,*

*Mais, roi, je la recois, poete tu la donnes...
Il faut suivre ton roi, qui t'aime par sus tous
Pour les vers qui de toi coulent braves et doux.*

Lo obsequiaba con pensiones y encomiendas, y con traíllas de perros finos para sus cazas de Bourgueil del Loira (frente al castillo de Chinon y la abadía de Fontevrault), a que él se esforzaba en corresponder, presentando como tributo al monarca los *Diálogos* de la platónica *Filografía* de León el Hebreo. Carlos quería retenerlo en la Corte, atajándole las propensiones al retiro campestre, y exhortándolo en afectuosos versos:

*Maintenant n'est plus temps de faire jardinage...
El crois, si tu ne viens me trouver a Amboise,
Qu'entre nous adviendra une bien grande noise.*

Sin cesar lo obligaba a escribir mascaradas, églogas y carteles para las diversiones palaciegas. Es la porción más débil de sus obras, que lleva por título, a imitación de las *Sylvae* de Estacio, *Le bocage royal* en la edición de 1584. Antes había ya publicado otros dos *Bocages* análogos. Gracias a su influjo, su secretario particular Amadís Jamyn, el traductor de Homero, llegó a ser secretario del Rey. En 1570, el mismo Rey Carlos, atendiendo a los deseos de Ronsard y Baif, fundó una Academia Real de poesía y música, anuncio de la ulterior Academia Francesa de Richelieu. En ella, no sólo se leían, sino que se cantaban las poesías de la Pléyade; y en especial las odas pindáricas ronsardianas que reclaman efectivamente acompañamiento musical de coros (Frémy, *L'Académie des derniers Valois*).

Pero todos estos atractivos cortesanos y honores académicos no pudieron contrastar después de la prematura muerte de su amado Carlos IX, el pobre Rey tísico en 1574, el anhelo de soledad y reposo del envejecido Ronsard. Per-

tenecía al tiempo y la clase en que los hombres duraban poco; en que soberanos como Carlos v, Enrique VIII y Francisco I se desplomaban no bien pasaban de quincuagenarios. La sensualidad pagana del Renacimiento raras veces permitía una vejez válida, salvos los cuatro casos heroicos de Julio II, el Cardenal Cisneros, Felipe II y Miguel Angel. El voluptuoso y gotoso Ronsard pensaba y sentía en esto como Montaigne;²⁰ y como otros dos helenizantes de imaginación en el siglo XIX, Chateaubriand y D'Annunzio. Estos humanistas no se convencían con la lectura del *De Senectute* de Cicerón.

Casi todos los cantos de su madurez, a menudo tan pungentes, son suspiros por la juventud perdida. Ni Ariosto, ni Marullo, ni el Tasso, ni Rioja, ni Góngora lo superan al comparar la fugacidad de la vida con las flores. Habían muerto sus mejores amigos: los poetas Joaquín Du Bellay, Aliverio de Magny y Esteban Jodelle, y el filósofo Turnebio; y en 1577 sucumbió en París, de 49 años, el exquisito anacreónico Remigio Belleau,²¹ al que Ronsard denominaba, por privilegio sobresaliente, *el pintor de la naturaleza*. Lo irritaba que muchos noveleros sublimaran al vacuo Du Bartas.²² Lo afligía además la deastada y creciente anarquía de Francia; la desolación de las preferidas comarcas de Tours, Blois, Vendome y Orleans; la inestabilidad caótica de principios, partidos y jefes. Contra todo ello había tronado en los dos rimados discursos *Des miseres du temps* y en la *Elegía a Guillermo des Autels*. Lloraba esas calamidades públicas en la *Remontrance*, y en la religiosísima y vibradora *Institución pour l'adolescence de Charles IX*. Remitiendo al Señor de Villeroy su nue-

20 Montaigne, *Essais*, cap. LVII del Libro I. — En Ronsard, léanse los muy explícitos versos de la epístola a Juan Galland. Se reconoce fatigado para la poesía desde antes de los cuarenta años.

21 Belleau, *Traducción de Anacreonte* (París, 1556), precedida de una elegía de Ronsard.

22 Véase su soneto de quejas a Juan Dorat:

vo libro *Amours diverses*, no ocultaba el desencanto y el hastío:

*Ja du prochain hiver je prevois la tempete,
Ja cinquante et six ans ont neigé sur ma tete,
Il est temps de laisser les vers et les amours...
J'ai vu peuples et rois, et depuis vingt années.
J'ai vu presque la France au bout de ses journées,
J'ai vu guerres, debats, tantot treves et paix,
Tantot accords promis, redéfais et refais,
Puis défais et refais. J'ai vu que sous la Lune
Tout n'était que hasard, et pendait de Fortune.
Pour néant la Prudence est guide des humains:
L'invincible Destin lui enchaîne les mains...*

Acuden a la memoria los versos de Moratín:

*Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos,
Vi atropellarse efímeras las leyes
Y llamarse virtudes los delitos.*

Concluyen los Himnos, con estos resignados acentos funerarios:

*Je te salue heureuse et profitable mort,
Des extremes douleurs médecin et confort!*

Cada vez iba menos a la Corte, coloreando con los achaques las deliberadas ausencias. Enrique III lo convocaba a la Academia del Louvre. El lo homenajeaba, alabando su piedad, afabilidad y larguezas, y rememorando sus antiguas victorias de Jarnac y Montcontour, que él mismo había cantado (*Prière pour la victoire, L'Hydre défait, Hymne a Henri III*—; *Hymnes*, Libro 1); pero prefería la

libertad rústica, y se quedaban en la abadía de Croix-Val, cerca de los deliciosos lugares de Montoire, La Braye y Vendome, o en el priorato de Saint-Cosme, junto a Tours. Aun hay pasajes, en estos versos suyos al último de los Valois, que suenan casi a embozados sarcasmos, cuando le recomienda con ahinco sobriedad, economía y virtud.²³ Hasta en estos discretos consejos a los príncipes, imitó a su Píndaro amado. Pero parecen apócrifos los sonetos de escarnio que se le atribuyen contra Enrique III y sus validos, y que figuran en las obras inéditas.²⁴ Cumplió con los lemas que había adoptado:

*Faire envers Dieu son office,
Faire a son Prince service
Et se contenter du sien...*

²³ *Le bocage royal*. Léanse las diversas epístolas a Enrique III, a más de las composiciones citadas en el texto:

*Si plus, nos vieux corbeaux gourmandent vos finances,
Si plus, on se détruit d'habits et de dépenses;
Et si quelque affamé, nouvellement venu,
Veux manger en un jour tout votre revenu,
Qu'il chaigne ma fureur...*

*Coupant, comme Hercules, l'bydre infame des vices
Par l'bonnete sueur des poudreux exercices...*

*Avoir un bon conseil, sa justice ordonner,
Payer ses créanciers, jamais ne maconner,
Etre sobre en habits, etre prince accointable,
Et n'ouir ni flatteurs ni menteurs a la table.*

*Je ne suis courtisan ni vendeur de fumées,
Je n'ai d'ambition les veines allumées,
Je ne saurais mentir, je ne puis embrasser
Genoux, ni baiser mains, ni suivre, ni presser...
Adorer, bonneter; je suis trop fantastique...
C'est a vous, mon grand prince, a supporter ma faute
Et me louer d'avoir l'ame superbe et haute.*

²⁴ Blanchemain (Metz, 1854). — Idem, *C'Œuvres complètes de Ronsard* (1867). — Además, consúltese siempre Sainte-Beuve, obs. cts. — Cuando Ronsard iba a París, vivía en una casa del Faubourg Saint-Marceau, que compró después el poeta Guillermo Colletet, su entusiasta discípulo y reivindicador casi único en el siglo XVII.

Au reste, craignant Dieu, les princes et les lois...

Ou pour l'honneur de Dieu, ou pour servir mon
(prince,
Navré, poitrine ouverte, au bord de ma province.

Asediado de escrúpulos, corrigió en las postreras ediciones lo que creía malsonante o escandaloso, según el flexible criterio de la época. Así suprimió el mordaz *Épita-fio de Rabelais*, al que más adelante nos referiremos. Rivlizaba a la sazón con su coetáneo el Tasso en nimiedad de remordimientos, y se anticipaba a Flaubert en el suplico de pulir. Cuando se sintió a punto de muerte, enflaquecido, tullido e insomne, olvidado de las paganías de la oda de antaño.²⁵ Se hizo trasladar a su priorato de San Cosme, plácido asilo monástico en medio del fragor de las guerras religiosas. Acompañado de su constante amigo Juan Galland, rector del Colegio de Boncour, y rodeado de sus monjes, ante los cuales se confesó en alta voz y de los que recibió los últimos Sacramentos con fervor extraordinario, expiró muy cristianamente el 27 de Diciembre de 1585. Sus últimas palabras fueron: "Me voy harto de las glorias del mundo, y sediento y ansioso de las de Dios". La ciudad de París, que era entonces el foco de la Liga Católica, como tres siglos más tarde lo fue del nacionalismo, le celebró espléndidas exequias. Delante de los príncipes y cardenales que asistían, con el Parlamento y la Sorbona en pleno, pronunció la oración fúnebre el calvinista recién convertido, y futuro obispo y apologista Du Perron, siendo aún laico, pues el panegírico de Ronsard, el poeta execrador de los Protestantes, el lírico abanderado de la Contra-Reforma, equivalía a un acto público de catolicismo. Para Francia era el glorioso arquetipo del humanista

²⁵ La elección de su sepulcro, una de las más bellas, es la IV del Libro IV.

católico, tal como en Italia Bembo y Sadoletto. Su fama duró incólume hasta que llegaron épocas de crítica mezquina, que despreciaron tanto como a él y con incomprensión análoga, a los maestros supremos, a Homero y al Dante, a Píndaro y a Esquilo, a Shakespeare y a Lope de Vega. La rehabilitación conjunta ha constituido para Ronsard el más envidiable desquite póstumo, y uno de los mayores timbres estéticos para el pasado siglo XIX.

III

INFLUJOS ITALIANOS, LATINOS Y HELENICOS EN
LA POESIA DE LA PLEYADE.— PRELUDIOS DE
ROMANTICISMO

En el arte de Ronsard advertimos tres imitaciones principales: la italiana, la latina y la griega. Son homogéneas, porque pertenecen a la misma tradición del Renacimiento; y se hallan en el poeta que estudiamos, no crudas, como dijeron sus detractores, sino suficientemente asimiladas y elaboradas.

La imitación italiana preexistía, en Clemente Marot, el Obispo Heroet y Mauricio Seve, francos petrarquistas. Ronsard igualmente se empeña en traducir o reproducir al Petrarca; y lo obtiene unas veces con felicidad, y otras con afectación y melindres, según es de ver en los *Amours de Cassandre* sobre todo, y además en los sucesivos *Amours de Marie* y en las *Elegías*. El soneto que comienza

Une beauté de quinze ans enfantine...

es versión del

Grazie. ch'a dochi'l ciel larao destina.....

y el otro

Voici le bois que ma sainte angelette...

interpretación libre y bellísima del

Senuccio, i' vo' che sappi in qual maniera...

Le ocurre lo propio con el: *Amor, io fallo*, en el dedicado a Elena de Surgeres:

*Otez votre beauté, otez votre jeunesse...*²⁶

El célebre a la misma:

*Quand vous serez bien vieille, au soir, a la
(chandelle...*

tiene como origen indirecto el XII de Petrarca:

*Se la mia vita dal'aspro tormento
Si può tanto schermire e dagli affanni...*

También imitó varios sonetos del Cardenal Bembo, particularmente estos dos, en los *Amores de Casandra* (la Salvati, hija del rico banquero florentino):

*Comme un chevreuil, quand le printemps détruit
Du froid hiver la poignante gelée...*

*Si mille oeillets, si mille lys j'embrasse,
Entortillant mes bras tout a l'entour...*

Su ardor vehemente de alumno, por otra parte, no le impedía censurar el vano recargo de epítetos, hasta de cuatro o cinco en fila para un solo verso, que enervaba a la poesía

²⁶ Las raíces petrarquescas de estos tres sonetos están ya señaladas por Sainte-Beuve.

italiana; y en esto y todo prefería la frugalidad de los clásicos del Mundo Antiguo.²⁷

De entre los latinos, se inspira, como ya lo había hecho Marot, en Ovidio y Marcial; utiliza de preferencia los elegíacos; pero su favorito era Virgilio, desde el colegio. Lo supo de memoria a partir de la adolescencia, y de ordinario tenía sus obras a la mano. Quiso calcar la *Franciada* sobre la *Eneida*, pisando con humildad en las huellas magistrales:

*A genoux Franciade!
Adore l'Eneide, adore L'Iiade,
Révere leurs portraits et les suis d'aussi loin
Qu'ils m'ont passé d'esprit, d'artifice et de soin!*

El insigne patronato no salvó a la *Franciada*, poema inconcluso, impuesto a Ronsard por mandato de sus reales mecenas (Catalina de Médicis y Carlos IX), que se quedó en sólo cuatro cantos, que atediaba a su propio autor, y tan artificial y enfadoso como todos los épicos franceses desde el siglo XVI al XVIII, incluso la *Henriada* de Voltaire. La *Franciada* es como un centón virgiliano (sobre un argumento fabuloso, que tomó de las *Illustrations de Gaule* del viejo poeta Lemaire des Belges). Remonta dicho argumento al medioeval *Poema de Troya* de Benito de Saint-Maure; y todos los clásicos franceses lo mencionaron, inclusive Malherbe y Escouchard-Lebrun. Imitando el *Tu Marcellus eris* y la visión profética de la historia,

²⁷ *Abregé de l' Art Poétique Français*, cap. De la poesía en general. — A su vez, el italiano Chiabrera imitó de modo muy ostensible el ritmo de la oda XXII, libro IV, de las de Ronsard:

Bel aubepin verdissant...

en la gentil poesía lírica:

Belle rose porporine...

Ronsard apunta por primera vez el tema poético de los crímenes merovingios de Fredegunda y Brunequilda, que luego han dado materia a las inspiradas páginas de la prosa romántica de Agustín Thierry. Es a duras penas cuanto puede recordarse de la *Frauciada* (Brunetiere, est. cit.). Fuera de ella y con mejor ventura, le ha suministrado Virgilio rasgos para sus églogas, por ejemplo la de *Aluyot* y otras de alternas entancias, que nos rememoran las de Garcilaso, por venir del mismo manantial; para el *Orfeo*, que está en uno de los *Bocages*, y para muchas de las odas. Después de Virgilio, coloca Ronsard a Lucrecio, a quien por didáctico no considera verdaderamente poeta, aun reconociéndole *versos excelentes y divinos*.²⁸ A más de esta razón de género, contribuye sin duda a la escasa simpatía hacia el autor *De natura rerum*, la honda discrepancia de ideas. El irreligioso positivista romano hubo de ser antipático para el creyente beneficiado de Evailée y La Croix-du-Val. Porque es bien sabido que las equívocas frases de Ronsard acerca de la inmortalidad del alma, en la oda V del libro II, hay que interpretarlas benignamente, como un juego de mera imitación retórica, donde entremezcla reminiscencias de Catulo y del latinista holandés Juan Segundo con las de otros autores.²⁹ Así tampoco simpatizaba con Rabelais; y no tanto por las impudicias (que en este capítulo era el Renacimiento en

28 Primer Prefacio de la *Frauciada*. Es tanto más arbitraria la tacha, cuanto que Ronsard cultivó en no pocas ocasiones la poesía didáctica.

29 *A sa maitresse*:

Sans nos yeux reveiller
Faut long temps sommeiller...

A mayor abundamiento, las ha rectificado en otra parte, con una de sus más sonoras estrofas:

Vous etes abusé. Le corps dessous la lame
Pourri ne sent plus rien. Aussi ne lui en chaut.
Mais un tel accident n'arrive point a l'ame
Qui sans matiere vit immortelle la-baut...

demasia tolerante; y el mismo Ronsard, en los escrutinios de la conciencia, tenía que arrepentirse de tan desvergonzadas priapeas como *La Bcuquinade*), cuanto por las irreverencias sacrílegas, las burlas blasfemas, el panteísmo flagrante, el encarnizado anticlericalismo y las groserías enormes e infames que hacen alarde en las páginas de *Gargantúa y Pantagruel*. Agréguese a esto la rivalidad porfiada ante los protectores comunes de ambos, los Cardenales Du Bellay y Chatillon, y los Guisa; y el convencimiento de no ser sincero Rabelais en su adhesión a los últimos ni en cosa alguna. Además, Rabelais había sido partidario de la vieja y prosaica escuela versificadora de Marot y Mellin de Saint Gelais. Por todo ello se explica la riña de los grandes escritores en el castillo de Meudon, del Cardenal de Lorena que las crónicas narran; y el epitafio denostador con que Ronsard echa en cara a Rabelais la sátira contra los católicos o *papimanos*. Lo afrenta llamándolo *sucio glotón que prefiere los jamones a los lirios, ebrio consuetudinario, y rana que chapotea en el cieno*. Lo reputaba un chacotero colosal, un bufón gigantesco, y nada más.³⁰

Sea de ello lo que fuere, regresemos a nuestro asunto. Ha traducido de Lucrecio el episodio de la vaca, en el Canto III de la *Franciada*,³¹ y ha imitado su metáfora de *las antorchas de la vida, que se transmiten a la carrera*, en una de las mejores y postreras composiciones, la epístola *Al Señor de Villeroy*. De Horacio se ha aprovechado continuamente en las *Odas*. Sirvan de testimonio, entre ciento, las dirigidas a Beltrán Bergier (XVI del libro I), a su lira (XXII del mismo Libro I), a la fuente de Belle-

30 No se apartan mucho de tal sentencia, aunque por diversas razones, el gran filólogo Enrique Esteban (*Apología de Herodoto*, 1566); Montaigne (*Ensayos*, libro II, cap. X); y la Bruyere (*Caracteres*, cap. I). Para el juicio de la Bruyere sobre Ronsard, véase al fin del presente estudio, cap. IX.

31 E. Faguet, *Seizieme siecle, Etudes littéraires* (París, 1902), pág. 240

rie (IX del Libro II) y a su paje; otra al duque de Orléans (IV del Libro III), la que principia:

Jeune beauté, mais trop outreuidée...

y tantas más, sembradas de notorias remembranzas horacianas.³² De igual manera ha tomado bastante de Propertio y de Tibulo. De Catulo no apreciaba sino el *Atis* y *Las nupcias de Peleo*. Recurría aún a los autores de la decadencia; y se apropiaba trozos de Rutilio Namaciano y de Claudiano, cuyo *Rapto de Proserpina* encomia y cuyo *Anciano de Verona* imita.

Anteponía con mucho la literatura griega a la romana. Fue uno de los clásicos franceses de veras helénicos, al modo de Fenelón, Racine y Andrés Chenier. Leía con avidez a Homero; y se acuerda de sus lecturas, no ya sólo en la infausta *Franciada*, sino en los inmarcesibles sonetos. Verbigracia, el admirable *Il ne faut s'ebahir* parafrasea el hexámetro 156 del Canto III de la Iliada, contaminándolo con un pensamiento de Propertio. Para los *Himnos*, se ha ayudado tanto de los pseudohoméricos y órficos como de los de Calímaco, y de los poemas de Arato y Apolonio de Rodas. Aunque medio sordo, era buen músico. Solicitaba y obtuvo, para sus composiciones, hasta para sus sonetos, el acompañamiento de los mejores de la época, como Janequin y Goudimel. Algunas de las ediciones más antiguas tienen epílogos de anotación mélica. Este fue uno de los motivos por los que intentó la resurrección del lirismo pindárico. Hizo revivir la división de la oda en estrofas, antistrofas y épodos cantables, con excesivo lujo de mitología, y largos relatos épicos o alegó-

³² En una de las epístolas a Enrique III:

A vous, race de rois, prince de tant de princes...

el pasaje del caballo viejo proviene de la Primera del Libro I de Horacio.

ricos. Empresa titánica, desmesurada. Ni siquiera su posterior Academia Real del Louvre podía franquearle medios adecuados para la ejecución de una lírica coral tan complicada y ambiciosa. Confina con la ópera o el ditirambo; cuando menos, con la gran cantata. Pero en el empeño por renovar género tan encumbrado, lo sumo del alma griega, tarea que ya arredraba a Horacio³³ y que Sainte-Beuve califica de *hermoso arrojó*, ¡cuántas preciosidades verbales y rítmicas prodigó, como aquellos versos que con razón admiraba Sainte-Beuve y que son vislumbres de alta poesía científica!:

*La sont par la Nature encloses,
Au fond de cent mille vaisseaux,
Les semences de toutes choses,
Eternelles filles des eaux.*

Por la forma y el metro, parece que oyéramos los sonoros *Laudi* de D'Annunzio. El anhelo de ennoblecer el tono; la alternación de palabras comunes con otras arcaicas, peregrinas o compuestas; el empleo de un dialecto poético en la oda triunfal, muy distinto de la prosa diaria; todo lo que después se le ha acriminado, venía a ser en el fondo el reflejo de la doctrina y ejemplos de sus idolatrados griegos, la *dionimia* que dijeron los críticos alejandrinos. No se le puede negar, ni en teoría, ni en la mayor parte de los casos que presenta, la licitud de un estilo propio para la lírica elevada.

Por más que las odas pindáricas no le redundaran ciertamente en un malogro como la *Franciada*, Ronsard se fatigó al cabo de la árdua imitación de Píndaro, y desde 1555 se consagró a la de Anacreonte y los bucólicos Enrique Esteban acababa de descubrir los códices anacre-

³³ Horacio, Oda II del Libro IV.

ónticos y de publicarlos en la edición *princeps* de París. Entusiasmado Ronsard dió a su vez a la imprenta, dicho año siguiente, su versión francesa, que antecede a la de Remigio Belleau.³⁴ Abandonaba la gravedad doria por la molicie jónica y siciliana. Claro que en la mayor parte se trataba del pseudo Anacreonte greco-romano y bizantino, cuyas amaneradas canciones trasladó mejorándolas, convirtiéndolas en juguetes de filigrana. Así en el *Amor mojado*, en la oda a Belleau, el otro traductor de Anacreonte, *Du Grand Turc je n'ai souci*, y en *Plusieurs de leurs corps dénudés*.³⁵ De los poquísimos vestigios auténticos ha traducido muy bien uno, *Pourquoi comme une jeune poutre* el que lleva en las modernas ediciones críticas anacreónticas el número 75. Quien con más frecuencia lo han inspirado ha sido Teócrito: para los *Amores*, principalmente la pieza *La quenouille* en los *Amours de Marie*, para los *Himnos* y las *Eglogas*, y al traducir el *Cíclope*.³⁶ De Bion ha vertido las dos más lindas fábulas, el *Amor pajarillo* y el *Amor preso*, que son respectivamente los fragmentos II y III del bucólico de Esmirna. De Partenio de Nicea, trasladado ya por Fournier, se inspiró para el *Discurso de la equidad de los antiguos galos*, como lo explica Brunetière en el último estudio citado.

Brotó su poesía de todos estos injertos, rejuvenecida con la savia clásica, opulenta, burilada como una joya, decorada con la pompa corintia del nuevo Louvre, edificado por su amigo el canónigo Lescot, el propio que exaltó

34 La traducción de Ronsard impresa en París, *in octavo*, 1555, está citada y descrita por los helenistas franceses Juan B. Gail y su tocayo Juan B. Montfalcon. — La de Belleau, del año 1556, es igualmente un volumen *in octavo*, y lleva en los preliminares una elegía de Ronsard.

35 Fragmentos 31 y 22 del Anacreonte apócrifo. — Humiston, en el folleto que examino, proclama que el título principal de Ronsard a la inmortalidad poética estriba en las *Odas*. Todavía, en 1830 y 1860, este axioma crítico sonaba a paradoja. Véase Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi* del 13 y 20 de Octubre de 1855.

36 Faguet, *Seizieme siecle*, pág. 237.

a su Musa triunfante erigiéndola en el sitio de honor, en el frontón de aquel espléndido palacio. Emulan en verdad sus versos todas las magnificencias arquitecturales y estatuarias de la época:

*...Une vigne deseend
 Tout a l'entour des bords, qui, de raisins chargée
 Est de quatre on de cinq pucelles vendangee.
 L'une tient un panier, l'autre tient un couteau.
 Et l'autre a pieas déchaux gache le vin nouveau.
 Qui semble s'écouler dans la tasse profonde

 Ce lierre qui coue et se glisse a l'entour
 Des arbres et des unous, lesquels, tour dessus tour
 Glis dessus plis, él pexe, embrasse et envisouwe
 La sont d'age pareil cent jeunes jouvenceaux...*

Describen los matizados bosques de Francia:

Dont l'ombrage incertain lentement se remue...

o los trigales finos y dorados:

*Si j'aperçois quelque champ qui blondoie
 D'epis frisés a travers les sillons...*

A veces alcanzan la fúlgida precisión de la poesía filosófica:

*Car l'Amour et la Mort n'est qu'une meme chose
 (Sonetos a Elena. Libro II).*

La maliere demuere et la forme se perd.³⁷

37 Este alejandrino que copio y los que en el texto de Ronsard le preceden inmediatamente, parecen recordación de los hexámetros de Lucrecio, Libros III y V De natura rerum:

Disperit, atque aliam naturam sufficit ex se...

Omnia commutat natura et vertere cogit.

(Son respectivamente el hexámetro 704 y el 831 de los dos Libros referidos).

Pero en su generosa e insaciable sed de gloria, aliento de todo el humanismo, vibra, más que en ningún renacentista, el eco soberbio de la altilocuencia pindárica, que lo arrebatava a la encendida apoteosis:

*Des mon enfance, en l'eau de ses fontaines
Pour pretre sien plongea de sa main,
Me faisant part du haut honneur d'Athenes
Et du savoir de l'antique Romain...*

*Je veux bruler, pour m'élever aux cieux,
Tout l'imparfait de mon écorce humaine,
M'éternisant comme le fils d'Alcmene,
Qui tout en feu s'assît entre les dieux.*

*Cherche un renom qui les ages surmonte.
Un bruit qui dure, une gloire qui monte...
A branche d'aile on vole outre les nues,
Se couronnant á la posterité
Des rameaux saints de l'immortalité.*

IV

DISCIPULOS DE RONSARD (DU BELLAY, BAIF, BELLEAU, PONTUS DE THYARD, WAGNEY, PASQUIER, LA BOETIE, ETC.— SUCESORES DESIGUALES (DESPORTES Y JUAN BERTAUT)

De sus discípulos, el más fiel y querido, el más parejo compañero en estudios y propósitos literarios, sordo y taciturno como él, su hermano menor, flébil, enfermizo y leve, fue su pariente el prebendado Joaquín Du Bellay (1525-1560), Prior de Bardenay en Aquitania, dulce elegíaco y satírico amable.

A la vez que el ya mencionado libro en prosa *Defensa e ilustración de la lengua francesa*, escribió los sonetos de la *Oliva*,³⁸ de alambicado petrarquismo, y por eso de mayor afinidad con el grupo místico lionés de Séve, que con Ronsard, su inmediato maestro. Después se alejó de la imitación del Petrarca y de la *Vita Nuova* del Dante, para reemplazarla con la del Ariosto. En los clásicos del Mundo Antiguo, su inquieta curiosidad lo llevaba hasta amplificar pensamientos del decadente bordelés Ausonio, tan gráfico y provinciano. Los sonetos inspirados por Roma estrenan, con tenuidad de novicio, la Musa arqueológica humanista, la fascinación de reverencia ante las ruinas de los palacios y las termas imperiales, o el pasmo y censuras del renovado boato en las mansiones pontificias de los Paulos y los Julios. Son los mismos temas que luego hemos visto inspirar tantas páginas admirables de escritores franceses, desde Chateaubriand y Barbier a Taine, Boissier y Nolhac. Tradujo e imitó con tersura los *Lusus*, églogas y epigramas del veneciano Andrés Navagero, el que fue Embajador de la República Serenísima en España y Francia, el consejero de los endecasílabos de Boscán. A pesar de las vehementes exhortaciones de la *Defensa*, redactó en latín muchas poesías amoratorias, amoldándose en Catulo, Tibulo y Ovidio. Sus odas francesas siguen, como las de Ronsard, el estilo pindárico. El mejor de los libros de Du Bellay, los *Regrets*, cuya aparición (1557), por ciertos murmurios comprometedores, le entibió el amparo del Cardenal Embajador, su tío, que te-

38 La *Défense et illustration* salió, como ya dijimos, en 1549, junto con los cincuenta primeros sonetos de la *Oliva*, dirigidos a su prima y dama Oliva Viole de Seigné. — A ellos agregó en 1550 otros sesenta y cinco sonetos, y algunas composiciones rimadas; y el año de 1549 había impreso ya los *Versos Satíricos* y *Odas*, dedicándolos a la Princesa Margarita de Valois, Duquesa de Berry. — De 1552 son sus *Poemas y traducciones*, — de 1557, el primero y único libro de las *Antigüedades de Roma* y los *Juegos rústicos*; — y por fin, del mismo año de 1557, los famosos *Regrets*.

mió el enojo de la zaherida Corte Papal, contiene los más primorosos de los sonetos que compuso, aquellos que figuran en todas las antologías, de tan honda terneza y nostalgia tan suspirante, que no desdicen de los insuperables de Ronsard.

Ecos y reflejos de éste fueron por lo demás, cuantos en Francia versificaban entonces. Como él recordaba con justicia y orgullo, enrostrándoles su traición a los dos discípulos (Jacques Grevin y Florent Chrétien) que lo insultaron villanamente por su polémica contra los protestantes:

*Vous etes tous issus de la grandeur de moi,
 Vous etes mes sujets, je suis seul votre loi,
 Vous etes mes ruisseaux, je suis votre fontaine.*

Así ocurre con los de la Pléyade y los apóstatas citados arriba; con su primo el veneciano de nacimiento Juan Antonio de Baif, traductor de Bión y Mosco, el que intentó remedar los metros de cantidad greco-romanos e inventó el verso *baifiano*, de quince sílabas y hemistiquios desiguales; con Remigio Belleau, el trágico Jodelle y Pontus de Thyard, el traductor de León el Hebreo y Obispo de Châlons-sur-Saone, como con los adeptos secundarios o recientes, verbigracia, Oliverio de Magny, el de los *Soupirs* (1557), borroso duplicado de Du Bellay, un Du Bellay deleído y realista; el gran jurisconsulto Esteban Pasquier, que en prosa y poesía concordaba con los puntos cardinales del programa ronsardino; La Boétie, el amigo de Montaigne,³⁹ y los mismos hugonotes férreos, apo-

39 Véanse sus 29 sonetos en el cap. XXVIII del Libro I de los *Essays* de Montaigne. El soneto décimo alude, con deslumbramiento, a la gloria de Ronsard, y al renombre que granjea a los dos ríos Loiras, por él ensalzados, a la par del Mincio de Virgilio, del Sorgues de Petrarca y del Arno de los poetas florentinos.

calípticos y rechinantes: Teodoro de Beza en su juventud; Agripa d'Aubigné, cuando menos en *Le Printemps*, y el retumbante declamador Du Bartas, en la *Creación del Mundo*.

Por el retiro semivoluntario de Ronsard, lo substituye como principal poeta áulico, en la Academia del Louvre, bajo Enrique III, Felipe Desportes, el cual reverenciaba, como todos, la supremacía del predecesor, mucho más inspirado y enhiesto. Según costumbre casi inviolable de la época y la escuela, Desportes estuvo en Italia y allí se formó el gusto, más toscano y menos greco-romano que el de la genuina Pléyade. Se dió a conocer en 1572, con varias imitaciones del Ariosto (*Rolando furioso*, *Rodomonte*, *Angélica*), y con versos eróticos ofrendados a Diana de Cossé-Brissac. Era la personificación más acabada del abate cortesano, la exacta prefiguración de lo que fue en el siglo XVIII, por ejemplo, el Cardenal de Bernis, a quien se asemeja extraordinariamente, desde la pobreza juvenil y la archiflorida levedad poética, a las apariencias honrosas, y la amplia y munificente hospitalidad en la vejez. Desportes a la verdad fue un clérigo muy aseglarado y escandaloso. Algo hay que disculpar, en atención a las generales costumbres del Renacimiento; pero no tanto como él se permitía en vida y escritos. A su lado el libre Ronsard hace papel de asceta. Canónigo de la Santa Capilla, Abad de Tiron, Aurillac, Bónport y otros varios beneficios, Felipe Desportes no se avergonzaba de cooperar en las peores liviandades de la Corte, y consignarlas luego por escrito en clave; de exhibir su prole sacrílega, siendo un hijo suyo quien heredó su renombrada biblioteca; y de cantar, bajo el transparente apelativo de *Flor de Lis*, a su amante más encumbrada, la Reina Margarita de Valois la primera mujer de Enrique IV. Sainte-Beuve recuerda, a propósito de la elegía *Cleofón*, que rimó cuando murieron en desafío dos privados de Enrique III (1578), las

bucolicas de Bión de Esmirna y el *Aites* de Teócrito. Sigue de ordinario las pisadas de los italianos secundarios de aquel tiempo, como Luis Tansillo, el que entonces era conocido e imitado hasta en nuestro Perú.⁴⁰ Tras el gran favor de que disfrutó con Enrique III, el Duque de Joyeuse y el Almirante de Villars-Brancas, y de haberse mostrado partidario fogoso de la Liga, se arregló oportunamente con Enrique IV y Sully; y por haber aconsejado la rendición de Ruán, vió restituídas y acrecentadas sus numerosas prebendas. Cuando viejo, se regularizó bastante, a los menos en exterioridades; por no tener la responsabilidad de pastor de almas, y quizá también por apego al ocio rico y letrado en que se complacía, rehusó la sede arzobispal de Burdeos, que le ofreció el Rey. Dícese que, como si hubiera sido castigado de sus pecados, este frenético rebuscador de afeites, y gozador de perfumes y delicias (según el epigrama de Saint-Amant), murió devorado por la lepra. El cronista L'Estoile desconfía de su arrepentimiento sincero, aún en el último trance. La versión de los Salmos, que trabajó en años maduros, impresa parcialmente en 1592 y completada en 1595, vale como testimonio de pública reparación, y nó como timbre poético, a pesar de la benevolencia inaudita con que la juzga Faguet.⁴¹ Lo de mayor peso que en mérito suyo puede alegarse, es que San Francisco de Sales se recreaba transcribiendo su estrofas. El sarcástico Malherbe, en cambio, tan ajeno a la caridad inagotable del melifluo Obispo de Ginebra, un día que Desportes había convidado al irascible gramático para su mesa opípara, y quiso regalarle antes de la comida un ejemplar de dicha versión del Salterio, la rechazó exclamando que prefería con mucho el banquete a esos mal traducidos salmos. Pero Desportes escribió otros versos devotos, harto mejores que las traduccio-

40 Véase la *Miscelánea Austral* de D. Diego Dávalos y Figueroa.

41 E. Faguet, *Hist. de la Litt. Française*, t. I, Parte IV, cap. XI, pág. 434.

nes menospreciadas por Malherbe. Lope de Vega, que lo leía y lo cita, conoció esas obras a lo divino, pues hay dos de los sonetos piadosos de Desportes, ambos fervientes plegarias a la misericordia de N. S. Jesucristo, que recuerdan los posteriores del compungido Fénix castellano, émulo en ligerezas y culpas desvergonzadas del liviano abate francés, aunque lo sobrepujara tan extraordinariamente en ánimo y verbo. Suscita comparación más desfavorable todavía, cuando al imitar el *Beatus ille* de Horacio, en *La vie champetre*, nos trae sin remedio a la memoria *La vida del campo* de Fray Luis de León. Entre los sonetos profanos, resalta, muy aceptable, el intitulado *Icaro*. Malherbe trituró, con el *Comentario Sobre Desportes*, todo el bagaje literario del frívolo prelado, con la extremosidad y acrimonia que él ponía en las críticas, y procurando visar más alto, en lo tocante y gramática y rítmica, hacia el mismo Ronsard. Boileau, secuaz fanático de Malherbe, asevera que Desportes, para atemperar y bajar el tono, escarmentó con el espectáculo de la presunción y catástrofe de la escuela ronsardiana. Doble inexactitud maldiciente: porque Ronsard no fue desestimado sino a los cuarenta o cincuenta años de muerto, cuando una nueva generación, yerta y meticulosa, cesó de comprender la exuberancia renacentista, y ya entonces Desportes, que siempre veneró a Ronsard, había desaparecido; y porque no debe ser título de recomendación o indulgencia la notoria inferioridad y mengua de alientos del alumno respecto del maestro que reconoce y acata.

Cosa análoga pero no igual ocurre con otro de los discípulos menores de Ronsard, Juan Bertaut, que Boileau equipara con Desportes, pero que me parece muy preferible a éste en gravedad, alteza y hondura de inspiración.⁴² Secretario y lector de Enrique III, Abad de Bour-

⁴² Boileau, *Arte poética*, Canto I, alejandrinos 140 a 142; y *Reflexión VII* sobre Longino.

gueil y de Aulnay, después Obispo de Séz, acertó a conciliar mejor que Desportes el cultivo de la poesía con las dignidades eclesiásticas que invistió. Sus discursos en verso a los reyes, por ocasiones notables, reproducen con decoro, aunque en menor tono y reflejo amortiguado, la elocuencia parenética de los de Ronsard. El raudo empuje de su modelo se trueca en fluidez recogida y melódica. No produce siempre la misma impresión, porque a menudo no es muelle y laxo como Desportes, sino concentrado, elíptico, y alguna vez casi abrupto. Tiende al rebuscamiento y a la reconditez acicalada, como que en él, bastante más que en Desportes, se pone de manifiesto la influencia del conceptismo y marinismo italianos. Tíldesele en buena hora de ello, por las sutilezas antitéticas y alquitaradas; pero nos parece enorme injusticia la acusación que Strowski le formula, de haber afeminado la poesía, confundiéndolo distraídamente con Desportes.⁴³ Faguet se avanza a señalar, en sus obras devotas, presagios o barruntos de Lamartine. Léanse estos cuartetos, que a la verdad suenan a preludios de los majestuosos acordes de las *Armonías*:

*Fais-le bruire aux torrents des vallons que tu laves,
Neige qui vets les monts d'un blanc et froid*
(manteau,

*Et toi grele polie et toi glace qui paves
Au pesant chariot les sentiers du bateau.*

*Orageux tourbillons qui portez les naufrages
Aux vagabonds vaisseaux des tremblants*
(matelots,
*Témoignez son pouvoir a ses moindres ouvrages
Semant par l'univers la grandeur de son los.*

⁴³ Strowski, *Histoire des lettres*, tomo II, en la Colección Hanotaux de la *Histoire de la Nation Française* (París, Plon, 1923).

V

MALHERBE, SU ANTITESIS.— SU BIOGRAFIA.—
EMPOBRECIMIENTO DEL LIRISMO.

Malherbe no es simpático por cierto, como lo es Ronsard, sino muy al revés, desagradable y repelente. Estrecho, avaro, árido y despótico, a la vez fanfarrón y servil, nulo en imaginación y sentimiento, se nos ofrece como el más acabado contraste de la ingenuidad noble, la altivez pulcra y patricia, y la abundancia caudalosa de Ronsard. Desempeñó una tarea depuradora de la lengua, útil en ese instante; pero en forma excesiva y a la larga contraproducente, y con toda la adustez y malignidad de su índole. Hay en él un espíritu litigioso y astuto, de logrero arrimadizo y disimulado, que reproduce el aspecto peor del carácter de su provincia normanda, y se combina singularmente con la intolerancia y la insolencia pedante del *magister* recluído en lo gramatical y retórico. Tiene en la vida muchas de las lacras del advenedizo, como sin duda lo era para la sociedad cortesana del tiempo, no obstante las genealogías y alegaciones que en apoyo de su tan discutible alcurnia ha presentado hace pocos decenios el erudito profesor Bourrienne.⁴⁶ Francisco de Malherbe, el gentilhomme del Rey, el poeta de las campañas contra los hugonotes, padeció siempre el complejo de su procedencia plebeya y protestante.

La Francia de entonces, juvenil, jerarquizada y guerrera, concedía precisamente por todo ello a las cuestiones de raza y prosapia enorme importancia. Se debatían y ponderaban con empeño extraordinario, porque suponían exenciones y privilegios; y los estímulos del interés y la vanagloria se acrecentaban con la debilidad del incipiente criterio histórico, según lo indica en sus *Essays* Montaigne, al quejarse del afán de aparentar linajes forasteros o

46 Abbé Bourrienne, *Malherbe, points obscurs de sa vie normande* 1895.

peregrinos. Por eso no es del todo segura la oriundez danubiana y rumana de los Marutchini de Crayova, que Ronsard atribuyó tradicionalmente a la etimología de su apellido, vertido del dacio al francés; pero nadie podrá discutir que sus abuelos fueron señores feudales en Gatine, ni la elevada situación militar y palaciega que disfrutaba su padre, servidor de Luis XII en las guerras italianas, y Primer Mayordomo de Francisco I y los Príncipes ni las ilustres alianzas de los linajes paterno y materno en el jefe de la Pléyade, al paso que el primer antepasado auténtico de Malherbe era el bisabuelo Guillermo, acomodado curtidor de Caén. El hijo de éste se dedicó a la abogacía; y el nieto adquirió el mediano puesto de consejero presidial en la propia villa de Caén, aunque el poeta, al casarse, pretendió falsamente que dicho su padre poseía el cargo muy superior de consejero en el Parlamento Provincial de Ruán. La suplantación consta, no sólo por el testimonio de la Señorita de Gournay, la hija de espíritu de Montaigne, sino porque se han hallado las capitulaciones matrimoniales de nuestro Malherbe, en que atribuye como deservoltura aquella calidad a su padre, llamado como él Francisco de Malherbe, y al margen, por investigación y resolución judiciales posteriores, aparece rectificada la jactanciosa falsedad. Tan evidente inexactitud induce a creer asimismo fingida y amañada la descendencia que siempre se adjudicó de los auténticos Malherbe, compañeros de Guillermo el Conquistador en la invasión de Inglaterra, y Barones de La Haye en el Contentín, y el parentesco que se hizo reconocer por el jefe de una de las ramas nobles, el Señor de Bouillón-Malherbe, al cual escribía a menudo, tratándolo de primo. En una de esas cartas se descubre que no quería acudir al árbol genealógico levantado por encargo de Francisco su padre, para no embrollar más el asunto y no dar indicios de la añagaza. Porque es inconcuso que la comuni-

dad de nombre gentilicio no demuestra en manera alguna la de sangre. Parece muy probable que haya sido mera homonimia de tocayos, o como decían nuestros abuelos españoles, de *colombroños*. El reconocimiento de la identidad de armas heráldicas, debió de obtenerse por influjo y petulancia de los vástagos del curtidor. Robustece la conjetura el hecho de haber otras ramas negado la consanguinidad, impugnándola en juicio público. Verdad es que, muerto ya el famoso poeta, el intendente de Caén reconoció a sus herederos la posesión o *tenuta* del pleiteado estado noble; pero años después, en nuevo y definitivo litigio, se anuló el fallo, por haber mediado cohecho, y se declaró que los Malherbe de la estirpe del presumido literato, no tenían derecho sino a nobleza personal e inferior, y sólo por haber obtenido empleos en los tribunales.⁴⁷ No es imposible, con todo, que en las vicisitudes de la historia, y con el empobrecimiento y derogación de tantas líneas secundarias de hidalgos campesinos franceses, en los siglos XIV al XVI, resultaran estos Malherbe de Digny descendientes de los que pasaron con el Duque Guillermo a Inglaterra, cuyos escudos campean en las abadías de San Miguel del Mar y San Esteban de Caén. Mas de cualquier modo consta que cayeron en condición humilde y ejercieron oficios mecánicos, necesitando para elevarse de ellos ingresar en la carrera de la judicatura, que desdeñaba mucho el poeta cuando joven.

La misma deliberada obscuridad encubre los orígenes religiosos. El buen Marqués de Racán, que escribió la vida de su maestro con igual boba indulgencia panegírica que Montalbán la de Lope de Vega, pretende que Malherbe riñó con su padre porque éste se hizo protestante. Lo cierto es que, muy al contrario, desde mu-

47 De Broglie, *Malherbe*, Paris, 1897.

cho antes lo había sido; y que por móviles tan profanos e interesados como los del propio hijo, se transformó luego en católico de simulación y aparato. En 1562, en plena dilatación del protestantismo francés, durante la primera guerra civil y cuando el futuro poeta no contaba sino siete años, el Consejero Señor de Digny era tan furioso hugonote que asistió y contribuyó personalmente a la devastación sacrílega de la abadía de Troarn, acaudillando a los que rompieron imágenes, y saquearon ornamentos y reliquias. Está probado que ocho de sus hijos se bautizaron en el templo calvinista de Caén, pues las partidas respectivas se conservan; y si no ocurre así con la del mayor, el que es materia del presente estudio, se debe a que tal vez en 1555 aun no estaba organizado allí el registro parroquial protestante, o a que él hizo desaparecer más tarde el comprometedor documento. Sea como fuere, a los dieciocho años, hacia 1573, tras las mortandades de la San Bartolomé sin duda, salió de Francia, acompañado de un ayo hugonote, Ricardo Denoth, para estudiar en las universidades alemanas de Basilea y Heidelberg, focos y baluartes de la pseudo Reforma. Al regreso, en 1576, fue cuando hubo de abjurar, con la frialdad y escéptico latitudinarismo que toda la vida guardó en lo referente a religión. Los padres, a quienes nunca estimó ni quiso, procedieron al tenor de él; y muy probablemente se le anticiparon en la abjuración, pues la Liga todopoderosa y los edictos reales de Poitiers (1577) para el Centro y el Norte, y de Nemours (1585) para Francia entera, constreñían a los magistrados a declararse católicos, so pena de perder sus cargos. Los Señores de Digny, marido y mujer, se ostentaban en 1589 muy ortodoxos, y asignaban rentas a la iglesia de San Esteban en Caén, con el expreso y mundano designio de reinvidicar en ella los derechos nobiliarios de asientos de ho-

nor, sepulturas y escudos de armas que confirmaran sus tan problemáticas y porfiadas linajerías.

El primogénito, más presuntuoso todavía, desagrado con el ambiente familiar, que a su inconmensurable vanidad se le antojaba muy humilde, menospreciando la expectativa de heredar el puesto del padre, que juzgaba hartamente inferior a los humos del supuesto solar histórico, y anhelando llevar la vida de caballero palatino, tomó servicio en la casa de un bastardo del difunto Rey Enrique II, el Duque Enrique de Angulema, Gran Prior de la Orden de Malta en Francia, y Gobernador y Almirante de Provenza, quien lo condujo a su gobierno meridional en calidad de secretario. El afán de pertenecer al séquito del Duque, y de granjearse mediante él crédito y ascensos, lo confortó en su externa profesión de catolicismo. Siempre fue en el fondo un indiferente y un descreído. No practicaba los obligatorios ritos religiosos sino por razón de Estado. Entre sus máximas favoritas estaban la de *Cujus est regio, ejus est religio*, a la sazón muy difundida entre los tibios, los hipócritas, y los políticos o impíos; y aquella que Prudencio imputa al Emperador Galieno: *Cole daemonium quod colit civitas*. Hasta el candoroso Marqués de Racán, tan benévolo siempre para con su padrino literario Malherbe, se ve forzado a confesar que éste repetía: "La religión de los hombres honrados y decentes consiste en seguir la del soberano".⁴⁸ En el libro de horas borraba las letanías de los santos, por juzgar inútiles aquellas preces medianeras. El Duque de Broglie opina que los resabios de educación heterodoxa no influyeron en la obra de Malherbe. Yo sí lo creo: es natural que le quitaran verdad y sensibilidad. Nadie puede negar que ha habido poetas protestantes y puritanos inspirados y magníficos, como por ejemplo Milton, y aún a ratos

48 *Vida de Malherbe* por Racán, pág. 45.

D'Aubigné, y el propio desigual y estrambótico Du Bartas. Pero a condición inexcusable de ser herejes fogosos y sinceros, porque la sinceridad es virtud esencial tanto en ética como en estética. La impiedad disfrazada y vergonzante de este hugonote apóstata, tenía que hacer más infecundo el deyo de glacial protestantismo en que fue formado. La imaginación se le quedó perpetuamente desnuda y vacía, helada como un templo calvinista.

Contaba Malherbe que, a las órdenes del bastardo Duque de Angulema, combatió contra los soldados hugonotes de Sully, en esa época simple Marqués de Rosny, al que hizo retroceder varias leguas; y en otra ocasión contra los españoles aliados de la Liga y desembarcados junto a Marsella, cuando el sitio de Martigues. No se ha podido descubrir la más leve comprobación de tales asertos, y los modernos biógrafos no vacilan en calificarlos de todo punto inverosímiles. Con ellos pretendía el baladrón subrayar el mérito de haberse mantenido de continuo leal adicto a la causa del Rey, en el justo medio, alejado de los dos partidos extremos y facciosos; y también colorear con motivo honroso el desvío del económico Sully, que cuando fue Primer Ministro, hacía bien poco caso de él, y se resistía a sus frecuentes demandas de donativos y de pensión, que lo hicieron apodar en la Corte *el mendigo de los sonetos*.⁴⁹ Su oficio al lado del Duque de Angulema, no fue bélico, sino sedentario y de pluma, de secretario de cartas y colaborador literario. Porque, a fuer de Valois, el Gran Prior y Almirante era muy aficionado a la poesía. Su servidor Malherbe le tasaba y enmendaba los versos, con la severidad crítica que le era congénita y que resarcía en algo sus acatamientos de rendido cortesano. Las primeras rimas que de Malherbe se conocen, son las de una trivial cuarteta en honor

⁴⁹ Así lo titulaba sin embozo su introductor y paisano Vauquelin des Iveteaux, el que lo llevó a la presencia de Enrique IV.

del afamado jurista y polígrafo Esteban Pasquier; y van en compañía de otra cuarteta de Enrique de Angulema. En seguida, anunciando sus desigualdades y vaivenes, hay de él un soneto magnífico sobre los trabajos de Hércules, muy entonados y muy ronsardiano de forma. Todo esto data de 1585, del año en que moría Ronsard.

Para lo que aprovechó desde luego Malherbe el favor de su ducal patrón, fue para conseguir una boda de mera conveniencia. En 1581 se casa, sin pizca de amor, con una mujer mayor que él en varios años, ya viuda de dos enlaces, y con hijos de ellos, Magdalena de Coriolis; pero es hija de un personaje, Presidente en el Parlamento de Aix, y a pesar del poco aprecio que Malherbe ha manifestado por la nobleza de toga, se deslumbra con la posición del suegro, y con la dote de 3,800 escudos que la doble viuda le trae, en juro sobre las ciudades de Brignoles y Tarascón. El es de por sí tan propenso a las *tarasconadas* que, en el contrato matrimonial, para realzar condición del nada amado padre, y no sufrir desaire ante el de la novia, comete la superchería de grado judicial que atrás he recordado. Sin cesar envuelto en litigios con sus padres y su hermano Eleazar (nombre bíblico judío, muy propio de un genuino hugonote), se ausentó de Provenza a Normandía en 1586: es probable que para vigilar los intrincados pleitos que ventilaba. Entretanto, el Duque de Angulema, en los disturbios de la guerra civil, pereció asesinado por el jefe de la Liga en Marsella, Felipe Altoviti, Barón de Castellane, que en defensa propia lo atravesó de una estocada. Muerto el protector, Malherbe no se atrevió a regresar a Provenza, donde estaba muy malquisto por altanero y mordaz.

Se soterró nueve años en la ciudad natal de Caén, vieja capital de Normandía, sumido en pobreza y con muchas deudas, porque las lejanas rentas de Tarascón y Brignoles no le llegaban con regularidad; y a más de mu-

jer y entenados, tenía allí que alimentar dos hijas, las cuales se le murieron al poco tiempo. Excluído por rencillas de la casa paterna, quejándose de no haber recibido de los padres más auxilio que *de cuando en cuando un tonel de sidra*,⁵⁰ vivía como huésped de una prima; y en tal escasez, se vió obligado a obtener y desempeñar el oficio lugareño de regidor en la decaída Caén (aunque se conservaran universidad y tribunales inferiores), él que había mirado con displicencia el cargo hereditario de consejero presidial. A este triste período debe de corresponder la inspiración, infame a la verdad, del epigrama parricida que, como padrón de ignominia, figura entre los escritos de Malherbe: a propósito de la tumba de un pariente suyo, el Señor de Is, no se recata de desear la pronta muerte de sus propios padres, hermanos y tíos. Pocas veces un autor célebre ha osado exhibir más odio-so testimonio de ferocidad y desnaturalización.

Para salir de la obscuridad menesterosa, el otro recurso que se le ofrecía, estribaba en proseguir la carrera de las letras, apenas iniciada, y hacerse conocer como poeta en la Corte. A él acudió, imitando, en las *Lágrimas de San Pedro*, a uno de los culteranos de segunda clase en Italia, a Luis Tansillo de Nola. Coincidió en esta imitación o paráfrasis con D. Diego Dávalos, el que por esos años la intentaba igualmente, entre las breñas altoperuanas de La Paz de Chuquiabo. El poemita primerizo de Malherbe carece de plan y concierto, pero está versificado con brillo y armonía, énfasis y color. Contiene algunos versos muy felices, como lo han reconocido cuantos críticos lo han examinado, comenzando por Andrés Chénier.⁵¹ Así el renombrado clásico Malherbe, el implacable

⁵⁰ Así lo dice textualmente en la tacaña *Instrucción* a su hijo (Ms. de la Biblioteca de Aix, publicado en 1846, por M. de Chennevieres).

⁵¹ En el *Comentario* que acompaña las *Poesías de Malherbe*, publicadas por Becq de Fouquieres (1874, edición Charpentier).

purificador del gusto lírico, se inició en calidad de conceptista y marinista notorio, pródigo en metáforas vistosas, en rasgos pintorescos y en forzadas antítesis, en rimbombancias dignas de cualquier aplaudido gongorino. Describe la aurora que nace en el Océano:

*Et d'un voile tissu de vapeur et d'orage
Couvrant ses cheveux d'or, decouvre en son
(visage...*

*...Les campagnes se teignent
Du safran que le jour apporte de la mer.*

Pero otras veces incurre en máximos absurdos bombásticos, como cuando estampa:

*Ses soupirs se font vents que les chenes
(combattent...*

Elle verse de l'autre une cruche de pleurs.

Es una de las innumerables contradicciones del patriarca rigorista. Pronto renegó del túrgido boato de la obra juvenil, y procuró la sobriedad más desadornada y castigada, no consiguiéndola siempre. Otra de las circunstancias que llaman la atención en las *Lágrimas de San Pedro*, es la entusiasta dedicatoria al Rey Enrique III. Cuando se publicó, en 1587, corrían los últimos y pesimos días del infausto reinado, y estaban patentes las debilidades e incapacidades del Rey. Así y todo, en estrofas laudatorias de la más mentirosa adulación, el año crítico de las mayores afrentas para la potestad regia, que flotaba náufraga entre católicos y protestantes, a la par sublevados; cuando la constitución definitiva de la Unión de los Dieciséis de la Liga en París, cuando la derrota de

las tropas reales en Coutras, se atreve Malherbe, con desfachatez increíble, a decir al atribulado y conculcado monarca:

*Henri, de qui les yeux et l'image sacrée
Font un visage d'or a cette age ferrée...
A l'ombre des lauriers, qui t'embrassent la tete...
Par qui tant d'ennemis a tes pieds abattus
Ont connu ta fortune, et que l'art de la guerre
A mons d'enseignements que tu n'as de vertus.*

Con esto superó en descaro las falsías del Bajo Imperio, y aun las de propagandas nacionales que nos son contemporáneas. No obstante hallarse muy falto de monedas, el dadivoso Rey no omitió pagar al lisonjero con un don de quinientos escudos, que significaban demasiado para el exhausto erario y mucho para el empobrecido rimador. Pero Malherbe demostró en todos tiempos memoria frágil y breve gratitud. Cuando sucumbió el último de los Valois, y el olvidado poeta normando se vió de vate áulico del sucesor, que debía a aquél en buena parte la corona, creyó útil, para halagar al amo nuevo (y no había necesidad alguna), intercalar, en las estancias sobre la jornada al Lemosín y al Quercy contra el Duque de Bouillon, un paralelo casi explícito entre los dos soberanos, que es una diatriba sangrienta de Enrique III, comparable a las más duras de D'Aubigné. Era el proceder que acostumbraba con los caídos. Hasta cuando fue asesinado su benefactor e ídolo Enrique IV, al cual sirvió en toda suerte de menesteres, anuncia con desgana a un amigo íntimo: "*Recitaré, como los demás, mi retahíla*", y en efecto, compuso el epicedio frío, mediocre, vulgarísimo, indigno de acontecimiento tan trágico, y poniéndolo todavía en boca de Alcipo, nombre poético del Duque de Bellegarde, pero ni siquiera se apresuró a pu-

blicarlo, como era su deber, en la corona fúnebre, sino que permaneció inédito, aguardando la edición póstuma de 1630. ¿Tardanza de premioso o refinada cautela de normando disfrazado de provenzal? Inclina a lo segundo la carta reticente que, en la misma oportunidad, narrando el crimen, dirigió a su amigo Peiresc, el anticuario, Consejero del Parlamento de Aix (con fecha 19 de Mayo de 1610, cinco días después del asesinato). Tras de sentidas frases de rúbrica, le expresa que "no conviene hablar de las declaraciones de Ravaillac". En otra carta, años adelante, a la Princesa de Conti, hija del Duque de Guisa *el Balafre*, califica la regencia de María de Médicis como "el día de la resurrección del Estado", lo que no se compadece bien con la tan cacareada adoración a Enrique IV. Tal vez en estas incertidumbres se repitió, como en la incompleta versión del salmo 145:

*Comme ils n'ont plus de sceptre, ils n'ont plus
(de flatteurs.*

Pero no le faltaron tiempo ni inspiración para celebrar a saciedad a la Reina Regente y sus ministros, los cuales cambiaron por entero el curso y sentido de la política del Rey difunto. Poco se le daría de todo esto, porque ahora alcanzó para sí, el mismo año de 1610, que le señalaran la pensión fija de quinientos escudos anuales, a más de alojamiento con criado y caballo en casa del Duque de Bellegarde, de que ya disfrutaba desde el parsimonioso Enrique IV. Le concedieron por último el título de Gentilhombre ordinario de Cámara. El omnipotente valido de la Reina, el jefe del ministerio que contribuyó al aumento de gajes, Concini, Mariscal de Ancre, sucumbe en 1617 a la puerta del Louvre, victimado de sorpresa a pistoletazos por orden del joven Luis XIII; y Malherbe, que en versos a la Regente lo ha adulado, lla-

mándolo, en calidad de supremo inspirador, *Gran Pan* (elogio que empleó luego para con el Cardenal de Richelieu), elabora una pueril máquina mitológica, *Profecía del dios del Sena*, para darse el placer de volcar todo el arsenal de injurias sobre el asesinado, apellidándolo *monstruo, excremento de la tierra* y otras delicadezas de este jaez, mientras la plebe exhuma y profana el cadáver, y se aprestan a degollar y quemar por bruja a la viuda desamparada, Leonor Galilai. Más de doce años después de las horrendas escenas, aun se entretiene en labrar y acepillar los soeces dicerios de la *Profecía* fragmentaria, como si fuera una alhaja, de que no quiere privar a la historia. El improvisado Condestable y Duque de Luynes ocupa la privanza. Malherbe le dedica, con una carta de genuflexiones, la traducción en prosa del libro XXXIII de Tito Livio, que habían descubierto los humanistas en Alemania el siglo anterior, mediante el perdido manuscrito de Maguncia. El favorito muere después de fracasar en la campaña contra los protestantes de Montauban; y Malherbe, en infernal epigrama, se lamenta de que no cuelgue en la picota el cuerpo del Condestable fallecido. No se volverá a acordar (hasta que se reconcilie con su hijo el Rey y recupere así parte de su potencia) de la gorda Reina Madre, abandonada y cautiva en el castillo de Blois, donde sólo ha ido a acompañarla y consolarla el insinuante prelado Richelieu (alma, con todas sus dobleces y pasiones, de muy superior temple a la del poeta parásito), y de donde la libertará el ex-valido de Enrique III, Duque de Epernon. El que había cantado, siquiera sea pedestremente (a pesar de lo que le perdona Chénier), el palacio y jardines de Fontainebleau, no rimó nada sobre el Luxemburgo, mansión de retiro de su bienhechora. ¡Cuánto la había celebrado e incensado Malherbe, desde que llegó, regia prometida, a Aix en Provenza, el año de 1600, zalamero y arrastrado como un bizantino, o como un pane-

girista criollo virreinal o pseudo republicano! Hasta en cartas bien posteriores, del tiempo de la Regencia, escribiendo a la Guisa, Princesa de Conti y confidente de la Reina, exclama: "La Regente es tan hermosa que domina tanto por sus virtudes como por su belleza". ¡Con qué loores no la había importunado:

*La voici, la belle Marie . . .
Belle merveille d'Etrurie,
Qui fait confesser au soleil,
Quoi que l'age passé raconte,
Que du ciel, depuis qu'il y monte
Ne vint jamais rien de pareil!*

Siguen las ponderaciones, comparándola con Venus y la Aurora, y convocando en su honor a la mitología helénica íntegra, desde Apolo y Encélado, Ganimedes y Faetonte, hasta el Rey de Micenas, Euristeo. Lo que en Ronsard y en nuestro Fernando de Herrera (por ejemplo en la *Canción a D. Juan de Austria*), aparece como la orgía triunfal del Renacimiento, como la sacra y báquica embriaguez tumultuosa de la Antigüedad resucitada, en este apocado y renegado discípulo no supera la escala de una nomenclatura farragosa y pedante, de un cansado catálogo de ropavejería. Andrés Chénier, que al criticar a Malherbe, puso empeño en lucir la excesiva indulgencia de los grandes, y la simpatía de semipaisano para con el normando que se domicilió en Provenza, no pudo eximirse con todo de censurar la esterilidad del numen en dicha oda, y el despropósito de no haber recordado en ella las verdaderas glorias de los Médicis, consistentes en la protección a letras y artes. El rastrero Malherbe no atinó más que a referirse al *antiguo cetro* de esta familia florentina, lo que era evidente desbarro, proviniendo la Reina de dinastía tan inferior a la francesa y tan reciente, de

burgueses banqueros y usureros, afeados además con notorios crímenes y bastardías. En París la apodaban la *grosse marchande*. Al casarse no pasaba de los veintisiete años, lo que no se consideraba muy fresca edad núbil entonces; y ya mostraba marcadísimas la corpulencia y facciones mediceas, la adiposidad y los ojos saltones de sus colaterales, el Papa León X y la Reina Catalina. El poeta adulador, pretendiente afanoso a las migajas de la Corte, finge entrar en éxtasis ante belleza tan sobrehumana; y como si intentara trazar anticipada caricatura de la galería de Rubens, aconseja a Enrique IV que no coseche palmas de victoria en las guerras, sino en el amplio seno de su esposa, y que en ese regazo opulento no se prive de cuanto apetezca. Varios años antes de las bodas reales, en la oda inconclusa de 1596, ya había dirigido análogas incitaciones al monarca, bien superfluas tratándose del *Vert-Galant*.

Mas no se limitó a estos epitalamios confesables, que hoy nos resultan bufos en extremo, sino que humilló la lira al capricho de los seniles amores adúlteros del Rey, mereciendo el estigma que el mismo benévolo Andrés Chénier le inflige. Enrique IV contaba cincuenta y ocho años en 1609, cuando en uno de los bailes palaciegos con coros de ninfas, para los que escribía Malherbe los versos recitativos, se enamoró de la adolescente Carlota de Montmorency, que tendría apenas quince años. La casó aprisa con su sobrino, el Príncipe de Condé (padres del gran General); y la persiguió con tales requiebros y asechanzas, que el marido, justamente celoso, la encerró en Moret, y aunque hubo de regresarla un tiempo a Fontainebleau, se la llevó luego a Saint-Valéry y al cabo a Bruselas, refugiándose al amparo de los Archiduques españoles. El Rey, desde los comienzos del galanteo, mandó llamar a Malherbe con un criado al baile, y le encargó versos para la niña que amaba en la vejez, la que podemos llamar su rubia

Sulamita. Malherbe cumplió, exaltando en cinco cantatas o piezas de estancias líricas, las peripecias de esta postrema pasión. El monarca bearnés figura en ellas con el nombre de *Alcandro*, y Carlota de Montmorency-Condé con el de *Orante*. El escándalo cortesano se relata por extenso en el libro que Luisa de Lorena (mujer del Príncipe Luis de Conti, el sordomudo), escribió incluyendo la novelita *Alcandro*, y se imprimió con el título *Historia de los amores de Enrique IV* (Colonia, 1664). El propio desvergonzado Malherbe nos explica su intervención y el lucro que esperaba, enviando copias de las poesías a Peiresc, para que se las enseñara a su amigo Du Vair, el Presidente del Parlamento de Aix y luego Gran Canciller de Francia: "Han agradado mucho (al Rey, sin duda, le dice al grave y erudito Consejero Peiresc, en carta del 5 de Febrero de 1610); y por ellas se me han redoblado las promesas (del aumento de pensión, que más tarde fue otorgado cuando la Regencia)". Añade, algo desconfiado del ahorrativo y anciano amante regio: "Dios sabe cuándo se realizarán esas promesas". Mucho después, tras el asesinato de Enrique IV, Malherbe, inconsciente de la indignidad moral con que se manchaba, retocó y dió a la publicidad estos manidos lirismos de compromiso, que en copias manuscritas habían circulado por toda la Corte, harto más desdorosos que los versos de Voltaire a la Pompadour. De aquéllos ha escrito Chénier que "son los más aceptables versos eróticos que Malherbe compuso (elogio muy relativo), pero que nadie se enardece con lo que no siente, y Malherbe nunca supo amar". Su sensualidad, que le mereció el mote de *Tío Lujuria*, no llegaba a matizarse de arte. La pobre romancesca Señorita de Scudéry, decía de él que no era nada delicado en amores (*Clelia*). Así lo confirman las gélidas poesías que compuso más tarde para la Marquesa de Rambouillet y otras damas. Por cuenta ajena, desempeñaba toda especie de temas de encar-

go; y a más de las galanterías del viejo Rey, le cantaba los ataques de gota, según es de ver en el soneto XIII, baladí como el argumento. Lo escardó, aliñó y presentó de nuevo en 1615, con avaricia de menesteroso y como si fuera una pieza estupenda. No merecía tanta lima, pues el pensamiento adulatorio que lo inspira no sobrepuja la sandez: como el Rey se ha puesto gotoso con la tranquilidad pública, desea el poeta que estallen las guerras, para que la agitación de las campañas lo cure. Era el mayor sacrificio que cabía imaginar entre los obsecuentes votos del vate oficial. Porque si se leen con atención sus obras, veremos que el tan blasonado civismo, el patriotismo de que sin cesar se jacta, le nacen, no tanto del anhelo de la gloria francesa, por mucho que pida la demolición de Turín y del Escorial, sino de un anticipado *pacifismo* muy burgués, del ansia de sosiego y comodidad, explicable después de la prolongada anarquía. En este culto al poder monárquico, por gratitud y codicia de paz, fue verdadero intérprete de todo su siglo. Extremaba, eso sí, el acatamiento y la sumisión: "Los buenos vasallos (exclama en una carta al Rey) son para con los príncipes como los amantes para con las amadas. Quieren lo que ellas: participan de sus dolores y goces, y ajustan todos los movimientos del ánimo a los de su pasión". Tampoco se concretaba a adornar a los reyes y unimismárseles: disponía de un buen sobrante de servilismo en obsequio de los demás magnates. Así lo vemos celebrar a modo de procurador los amores del Duque de Montpensier con Catalina de Borbón (1599); y aun los de próceres medio mentecatos, como lo fue el Conde de Soissons. Al Duque de Bellegarde, Caballerizo Mayor de Su Majestad y Gobernador de Borgoña, le ruega:

*Bellegarde, unique support
Où mes vœux ont trouvé leur port...
Donne m'en d'un clin de tes yeux
Un témoignage précieux.*

Cierto que Bellegarde, uno de los mayores privados de los reyes, era quien lo albergaba y pagaba. En retribución, le promete la inmortalidad, espera que el Tajo y el Eufrates, tan lejanos del Caballerizo, le rindan homenaje, amontonando reminiscencias de Virgilio el desdenado (ver más adelante, y *Geórgicas*, Libro I, verso 509); y hace desfilar ante él a Aquiles, las Parcas y el propio traído y llevado Himeneo de la Reina, porque fue Bellegarde uno de los que la acompañaron de Toscana a Francia. Este Duque de Bellegarde más tarde se rebeló contra Luis XIII y Richelieu.

Pocos poetas se han tapiado dentro de un estrecho cerco de metáforas e ideas: siempre revolviendo las flores de lis con Hércules, Faetonte y la ciudad de Menfis, y ciertas expresiones entonces a la moda, que juzga maravillosas y prodiga hasta el cansancio, como *les appas nonpareils*. Otro de los recursos que cree infalibles se cifra en pedir que las estatuas de sus ensalzados monarcas, sus bustos y sus altares, se coloquen en los templos junto con los divinos. Según el biógrafo Racán, una de las odas que más lo enorgullecía era la dedicada a la campaña de Enrique IV en Sedán, contra el Duque de Bouillon (1606). Es una de las más yertas y amaneradas. Siquiera en la otra oda del mismo año, con motivo del atentado de un loco en el Puente Nuevo contra el Rey hay hermosas estrofas, de rozagante mitología, que se parecen a las de Ronsard:

O soleil, o grand luminaire!,

y en la de Septiembre de 1610, elogio de los primeros meses de la Regencia (la que precisamente le valió el aumento de la pensión), hay varias muy afortunadas, aplaudidas por Chénier, Sainte-Beuve y Faguet, como aquella famosa:

*C'est en la paix que toutes choses
Succedent selon nos désirs,
Comme au printemps naissent les roses,
En la paix naissent les plaisirs,
Elle met les pompes aux villes,
Donne aux champs les moissons fertiles,
Et de la majesté des lois
Appuyant les pouvoirs supremes,
Fait demeurer les diademes
Fermes sur la tete des rois.*

Los altibajos y eclipses de la inspiración son tan frecuentes en él como los de las sentencias críticas: este purificador del gusto lo tenía muy estragado, al punto que desdeñaba a los griegos, y en especial a Píndaro, cuyo estro calificaba de galimatías; y a Virgilio prefería abiertamente Séneca el trágico, Ovidio, Juvenal y la mediocre *Tebaida* de Estacio. Otra de sus enemigas personales era contra el suavísimo Petrarca, a quien nunca logró saborear ni entender. Con criterio tan tosco, no es extraño que desconociera y rebajara a Ronsard, aun cuando lo imitó sin decirlo infinidad de veces, verbigracia en la oda de consolación al Primer Presidente del Parlamento de París.⁵² Ni tampoco evitó siempre los arcaísmos y los dimi-

⁵² Testimonio de Gil Ménage.— Aprovechó para ella la 4a. del Libro V, a su vez traducción de versos latinos de Juan Dorat (Daurat o sea Dinemandy).— A fin de palpar la inferioridad de sus imitaciones, compárese la muy sabida y exquisita *Mignonne, allons voir si la rose*, dedicada por Ronsard a Casandra, y aquel soneto famoso *Marie lève-vous*, con los ecos difusos de Malherbe en la canción *Sus, debout, la merveille des belles*.

nutivos que enrostra a los de la Pléyade (*pauvrette*, etc.).⁵³ Claro que procura igualmente imitar a Virgilio, por más que pretendiera menospreciarlo: son palpables las reminiscencias de la égloga *Sicelides Musae*, al celebrar la obra pacificadora de Enrique IV, en las estancias de 1605 (jornada al Lemosín), como lo notó Chénier.

La oda arriba citada al Presidente Verdun es un chistoso ejemplo de premiosidad. Intentaba en aquélla consolarlo de la viudez, pero se estuvo empollándola tres años; y cuando lo tuvo lista, ya el viudo, adelantándose al sentido de sus exhortaciones, había contraído segundas nupcias. Chasco semejante le sucedió con la invectiva inspirada en los Salmos, contra Condé y los demás Príncipes insurrectos. Tanto se dilató en pulirla, que al acabarla se habían reconciliado los Grandes con la Regente (Mayo de 1614, paz de Saint-Menehould). Era de tan proverbial lentitud que Racán y Ménage nos refieren como un prodigio haber compuesto las miserables estancias de 1610 (en vísperas del crimen de Ravillac), sobre ninfas y bailes para el teatro palatino del Louvre, *no más que en un día*. Maravilla digna, por lo visto, de eterna recordación. Los recursos poéticos de Malherbe son muy escasos: rayan en la mendiguez. No tiene en su lira sino dos o tres cuerdas: el amor al orden y la paz, el poder inexorable de la muerte y la fanfarria de que él solo es capaz de conceder gloria inmortal con sus versos. Se agota con eso: de dichas notas no sabe salir. Lo restante son adornos caducos, de tierra y yeso, tan artificiales como los de su legítimo nieto y continuador Juan Bautista Rousseau, el que también se imaginaba competir con Horacio y los Salmos, o como su último vástago Escouchard-Lebrun, que los pseudo clásicos se atrevieron a parangonar, en temeraria blasfemia poética, nada menos que con Píndaro.

53 Véanse las referidas estancias de *Alcandro* en 1609.

Tendríamos que admirar a aquellos desdichados engendros del academicismo francés, si nos obligaran a aplaudir en conjunto al paupérrimo Malherbe. En conjunto, decimos; y nó a trozos y saltos, muy de vez en cuando. Porque nadie puede negar que *el primero de los clásicos*, el enaltecido dechado de *regularidad y arte de composición*, presenta de trecho en trecho, entre insulseces y raídos lugares comunes, estrofas delicadas o potentes, y expresiones felicísimas, obtenidas a fuerza de limar y burilar. Así sucede en la mal ordenada y planeada *Consolación a Francisco Du Perrier*. Sobreabunda más de la mitad de la pieza, muchas de cuyas estancias suenan a impertinentes. Pero, a más de las merecidamente renombradas sobre lo breve de la vida y las rosas, y la horaciana de igualdad ante la muerte, hay versos encantadores, de inefable esbeltez, de levedad y misterio. Versos de esta clase compensan con creces los infinitos prosaísmos de las restantes obras de Malherbe:

... *Aussitot que la Parque*
Ote l'ame du corps
L'âge s'évanouit au decá de la barque'
Et ne suit point les morts...

En la oración por el Rey que va al Lemosín:

La moisson de nos champs lassera les faucilles,
Et les fruits passeront la promesse des fleurs.

En la paráfrasis del Salmo 128, recordado atrás, hay estos tan hermosos:

La gloire des mechants est pareille a cette herbe
Qui, sans porter jamais ni javelle ni gerbe,
Croît sur le toit pourri d'une vieille maison.

Para los dobles matrimonios españoles de Luis XIII con Ana de Austria, y de Felipe IV con Isabel de Borbón:

*Tout le plaisir des jours est en leurs matinées.
La nuit est deja proche á qui passe midi.*

La poesía de Malherbe se parece a una jornada en los desiertos de Arabia o de Egipto, o mejor en nuestras costañas pampas. En el fondo, las montañas se perfilan con líneas serenas y nobles. El cielo a ratos es azul, y se recortan en la luz haces de elegantes palmas. Pero con frecuencia el ambiente es gris, plomizo; y las mismas palmeras se agravan sobre el tronco, en más de su mitad, con muertos follajes. Los raros oasis son manchas minúsculas entre la monotonía de las arenas y los despoblados cascajosos. Apenas los rodean algunas matas polvorientas. Las cisternas son pozos tibios y triviales, o hilos de agua tenues y salobres. Cuando los viajeros se internan en la circundante aridez, el paso de las cabalgaduras suenan con ritmo vacío y monótono, sobre los pedregales infecundos, cual martillean las cesuras clásicas. Ese es el líbico paisaje que la moda, por una de sus alternativas ineluctables, antepuso largo tiempo a la pomposa y umbría selva tropical de Ronsard y todo el siglo XVI, que en tántas cosas se asemejó al romántico y profuso XIX. En Francia, a los poetas y prosistas recargados, suceden el tísico lirismo de Malherbe y los ceñudos libros de los primeros doctores jansenistas, como Saint-Cyran y Antonio Arnauld: era la desnudez aterida del invierno.

Malherbe prevaleció y fue magnificado con increíble exceso en el siglo XVII francés, no tanto por su mediano talento, muy intercadente, sino porque acertó a servir, con empeño y doctrina, las necesidades y tendencias de

la época.⁵⁴ En justa retorsión, por las vicisitudes de los tiempos, habían de ser los románticos de la pasada centuria los que lo redujeran a exigua talla, con la misma brusquedad, no exenta de relativa injusticia, que él y Boileau ejercitaron. Al cabo de doscientos cincuenta años, Teófilo Gautier, Michelet y Banville vinieron a replicarle al fatuo y pobre *dictador de los versos* aún más de lo debido. Michelet es juez muy inseguro en asuntos complicados de filosofía social y política, no ciertamente por inopia de información, sino por su acaloramiento y prejuicios, por una especie de manía persecutoria, y el afán de explicarlo todo mediante libelos y chismes de espías y lacayos, o móviles de alcoba y de recámara, que lo hacen comparable a una vieja histórica. Es un Saint-Simon plebeyo y jacobino. Pero su vesania y frenesí no le quitan, en asuntos literarios, gran instinto poético y aguda penetración psicológica. Abonando el refrán de *los niños y los locos dicen las verdades*, las ha expresado con más vigor que nadie sobre Malherbe y la pretendida reforma clásica. Lo denomina: "encarnación de lo grisáceo y lo vacuo; escritor sobrio y juicioso, en el cual no hay riesgo de hallar ni una idea siquiera, sino sólo ritmo, y adentro nada; musa sometida al régimen de pan seco; gran hombre de una edad de ayuno y con el que se acaba todo".⁵⁵ Teodoro de Banville manifiesta igual concepto, al parodiar los versos consabidos de Boileau:

Enfin Malherbe vint...

añadiendo

... et la Poesie

En le voyant arriver, s'en alla.

⁵⁴ Es lo que evidencia Brunetiere en el estudio *La reforma de Malherbe* (*Etudes critiques sur l'histoire de la littérature française, Cinquieme série*).

⁵⁵ Michelet, *Historia de Francia*, tomo 13, caps. XVI y XXI.

Lo mismo opina el crítico Fernando Brunot,⁵⁶ al afirmar que “mató la lírica”. Ni es defensa adecuada alegar con Brunetiere que, si ahogó el lirismo, fue para sustituirlo con *discursos elocuentes*,⁵⁷ porque no nos parece meritorio ni grato construir una oda como un sermón, ni plausible tratar los versos como la prosa, y para un poeta es paradójal o sarcástico elogio reconocer que ha ahogado el género que pretendía cultivar, depauperándolo y anemizándolo. Y es lo que en realidad sucedió. La inspiración lírica no se extinguió en Francia; pero expulsada poco a poco de su terreno propio, atenuada, según lo hemos de ver, en los directos alumnos de Malherbe, o desconocida y desdeñada en sus francos renitentes o adversarios, tuvo que refugiarse en las versiones y paráfrasis devotas, y en los coros dramáticos de Corneille, Racine, Rotrou y Quinault,⁵⁸ o en las fábulas de La Fontaine (mucho más que en las elegías y epístolas, canciones y cuentos, baladas y rondeles de éste), el cual fue como una idealizada reviviscencia de Clemente Marot.

VI

AGRIO SIGNIFICADO POETICO Y MORAL DE MALHERBE.

¿Qué medios utilizó Malherbe para conseguir influjo tan duradero y superior a su valer efectivo? Es indudable que, como Brunetiere lo repite, secundó en la esfera literaria la corriente que empujaba toda la sociedad de en-

56 F. Brunot, *La doctrine de Malherbe d'après son commentaire sur Desportes* (París, ed. Masson, 1891).

57 Brunetiere, est. cit., caps. IV y V.

58 Léanse en comprobación la *Paráfrasis de la Imitación de Cristo*, el monólogo del Cid y las estrofas líricas del *Poliucto* de Corneille; los *Himnos sacros* y *Cánticos espirituales*, y los coros de la *Ester* y la *Atalia* de Racine; los de *San Ginés* de Rotrou, y los de las óperas de Quinault; todo ello muy por encima del nivel ordinario en Malherbe.

tonces a la disciplina y el equilibrio, al culto de la regla. No sólo cooperó a dicho impulso general, sino que en poesía y lengua lo estimuló, aceleró y procuró dirigirlo, hasta caer en la uniformidad maciza, en el pétreo orden pesado, a la romana y nó a la griega, y tocar con frecuencia en el prosaísmo más vulgar y descolorido. Concurrió a la natural inclinación de su medio ambiente, en vez de contrariarla. Actitud cómoda y fácil. Mas para ayudar y guiar esas tendencias predominantes, que sus instintos y ansias de medro le hacían presentir dondequiera, puso a contribución dotes de ahinco y fanatismo, de ardor proselitista y de imperiosa dureza, en que radican la autoridad y eficacia del pedagogo, y del capataz de escuela o partido. No lo auxilió poco, en la faena de director del gusto, su nativa insolencia, subrayada por la tartamudez de que adolecía. Fue maestro en aprovechar los defectos propios. Compensaba sus prosternaciones cortesanas y se vengaba de ellas, con respuestas candentes, que se han perpetuado en los anecdotarios. A un palaciego, que se dolía de la muerte del hijo de su patrón, le contestó: "Amigo, esmeraos en servis bien, que de seguro a vos nunca os ha de faltar amo". Otra vez acompañando a la Reina, en un desfile, al aparecer con ella la liviana Condestabla de Lesdiguières, exclamó: "Mirad, que allí pasa el vicio". Es el antecedente de la vengadora frase de Chateaubriand, cuando el cojo Talleyrand se apoyaba en Fouché para entrar en la cámara de Luis XVIII. Son memorables las destemplanzas y groserías que usaba para con los poetas que se le antojaban malos. Con sus dichos corrosivos, ejercía una especie de terror. Hubo, sin embargo, quien le devolvió con creces los descomedimientos. Marino, el aplaudido conceptista y preciosista napolitano, durante su viaje por Francia, le oyó recitar algunas poesías. Era ya Maherbe un viejo catarroso, y sin cesar tosía y se sonaba. Al salir de la recitación, dijo muy serio el Caba-

lloero Marino: "Nunca he visto hombre más mojado, ni poeta más seco y enjuto". Parece que el mismo Malherbe se retrató cuando dijo:

*Mais j'y deviens plus sec, plus j'y vois de
(verdure.⁵⁹*

Una vez más se definió exactamente el alma, confesándole a la Marquesa de Rambouillet, cuando ésta aun lo soportaba:

*Mon gout cherche l'empêchement...
Le ciel injuste m'a réservé
Tout le fiel et tout l'absinthe.*

La Scudéry, en la novela *Clelia*, nos asegura que era rarísimo oírlo encomiar a un escritor. Pero en cambio, son sinnúmero las explosiones de soberbia y de verdadera manía de grandezas, con que se impuso a los sobrecogidos contemporáneos. A Enrique IV se atrevió a afirmarle, cuando cantó la breve campaña de Sedán:

*Ta louange dans mes vers
N'aura sa fin terminée
Qu'en celle del'Univers.*

A la Reina Regente le explica:

*Mais l'art d'en faire des couronnes
N'est pas su de toutes personnes,
Et trois ou quatre seulement,
Au nombre desquels on me range.
Peuvent donner une louange
Qui demeure éternellement.⁶⁰*

⁵⁹ Soneto XI, a su amada Calista, que es la sabihonda Vizcondesa de Aulchy.

⁶⁰ Estrofa última de la Oda a la Reina Regente.

A Luis XIII le declara que es máxima felicidad, supremo favor del destino, contar con testigo y poeta tan extraordinario:

Quel rival assez vain prétendra m'égaler?

Ce que Malherbe écrit dure éternellement.

No es mera imitación de Horacio:⁶¹ es la incontenible expansión del orgullo más indómito e incomfortable. Todavía, al Rey triunfante, le reitera:

*Quelle sera la hauteur
De l'hymne de ta victoire,
Quand elle aura cette gloire
Que Malherbe en soit l'auteur?*

Casi al punto de morir, desengañado y abrumado, la índole aun lo arrastra; y en la última oda que escribió: porfía:

*Et puisque Malherbe le dit,
Cela sera sans contredit.*

No aparece menos violenta la vanagloria en las cartas privadas: "No creo que se me pueda acusar de presumido si afirmo que un hombre que no sepa quien soy, ha de venir del otro mundo. Este siglo conoce mi nombre, como uno de los que resaltan por cima de lo común" (Carta a Guez de Balzac). El que niega sus méritos, "es de la escuela de los que sostuvieron que la nieve es negra" (Idem). "Si hay algunos extravagantes que quieren formar bando aparte, sea en buena hora. De todas las deudas, la más fácil de pagar es el desprecio. Me burlo de

⁶¹ Odas de Horacio, 25 del L. III y 30 del L. V.

mis antagonistas; y no admito ni uno solo, desde el cedro hasta el hisopo". Esta tensión megalómana es innegable que le infundía una fuerza de imposición y atracción, como los furiosos la adquieren siempre sobre los moderados e incautos. Mas ya que amaba y consultaba tan a menudo a Horacio, debió de escuchar aquel consejo de la Epístola a los Pisones:

Quin sine rivali teque et tua solus amares.

En la modesta vivienda que habitaba en París, reunía la tertulia de los secuaces más fieles: Touvant, el epigramatista Colomby; el Marqués de Racán, pariente y pupilo del Duque de Bellegarde; Maynard, secretario de la Reina divorciada Margarita de Valois; y a veces Boisrobert, el secretario del Cardenal de Richelieu. Pontificaba, encarnizándose en la discusión y el expurgo de la propiedad de gerundios y participios, según nos lo recuerda en broma su ahijado literario, Juan Luis Guez de Balzac.⁶² A éste, que también carecía de ideas pero que prometía disfrutar de influencia, por la corrección y armonía del estilo, se lo atrajo halagándolo y augurándole brillante porvenir. Mas el éxito triunfal de las *Cartas* en 1624, lo indispuso un tiempo contra Balzac; y no pudo contener, delante del novelista y rimador Gomberville, su explosión de envidia por aquéllas. Al ingenuo Racán lo aprovechaba como acólito o caudatario incondicional, y como introductor en altas esferas mundanas. Pero cuando le salían al mismo Racán muy lucidas las estrofas, no disimulaba la dolorosa emulación. Concurría al celeberrimo *salón azul* de la Marquesa de Rambouillet, para sentenciar en poesía y gramática, y la hizo musa de sus pensamientos. Al cabo riñó con ella. Aplicó luego los seniles homenajes a otras

62 Sócrates Cristiano, Discurso X.

directoras de salones literarios de crédito y ascendiente en el público: a la sabia teóloga Vizcondesa de Aulchy, y a la burguesa Madama de Loges, la epistolaria hugonota. A ésta le dedicó, por lo menos desde 1608, versos amorosos muy insípidos y cansados. Hasta en vejez septuagenaria, se entretenía con harto menos platónicos galanteos, como se ve por cartas al citado Balzac. Nunca llevó adelante la promesa que hizo en el soneto a Mr. du Maine:

Je renonce a l'amour, je quitte son empire;

y que renovó en 1614, ofreciendo no insistir en:

*Ennuyer les races futures
Des ridicules aventures
D'un amoureux en cheveux gris.*

Desde que se instaló en París, a partir de 1605, dejó a su mujer en Provenza, encargada de la administración de las rentas y de educar al hijo varón que les quedaba; y de ordinario no tenía noticias de ambos más que por intermedio de Claudio de Peiresc (el sabio Consejero y arqueólogo coleccionista, el corresponsal infatigable de Gassendi y Rubens, de Saint-Amand y de los protestantes de Nimes). No volvió a verla sino dos veces, por breves temporadas, en el espacio de veintitrés años. La quería a su modo, como ecónoma; deseaba no sobrevivirla, y así en efecto sucedió. Relataba como uno de los rarísimos actos religiosos que espontáneamente se impuso, haber cumplido el voto de peregrinar a pié y sin sombrero de Aix a la Sainte-Baume, para impetrar la salud de la esposa. Se sometía, por el bien parecer, a los preceptos indispensables de ayuno, misa y comunión anual; mas por una de sus muchas excentricidades, se obstinaba en no satisfacer dicho último mandamiento de la Iglesia durante el

período de la Pascua, sino el día de Todos Santos. En una carta a su hermana dice que miraría con horror que su hijo profesara de jesuíta. Sin embargo, en un epigrama y varios versos, lisonjea con desaforada hipérbole al atropellado y denigrado en demasía, jesuíta P. Garasse (el tan maltratado en el siglo siguiente por Bayle y Voltaire, el maestro de Juan Guez de Balzac, el enemigo a la vez de los escritores impíos, como Teófilo de Viau, de los escépticos o tibios, como Charron y Pasquier, de la Sorbona galicana y de los nacientes jansenistas). La obra del P. Garasse alabada por Malherbe y su constante seguidor Racán, era precisamente la *Suma teológica de las verdades capitales del Cristianismo*, impresa en 1625; la que provocó la refutación del Abate de Saint-Cyran y la condena por la Facultad de Teología de París. Malherbe no tenía interés alguno en el fondo de estos problemas, y no había previsto el ruido y polémicas consiguientes: lo único que por el momento procuraba, era retener el aprecio de los jesuítas y demás fervientes católicos. Consideraba la ortodoxia y la realenza como dos paralelas gendarmerías para la seguridad social y el propio reposo. De otro lado, sus más íntimos amigos y antiguos protectores, como Madama de Loges y Du Vair, el Primer Presidente de Aix y al fin Obispo de Marsella y de Lisieux, fueron, en público o en secreto, calvinistas.⁶³ De igual modo manifestó simpatías por los futuros jansenistas, como D'Andilly, que más tarde, desde antes de 1638, emprendieron una especie de mitigada y equívoca reforma semiprotestante.

El nivelador despotismo de Richelieu, el duro pero majestuoso y patriótico régimen de salvación pública, de obediencia civil y grandeza externa, instituído por el gran

63 Sobre Du Vair, desde 1616 a 1621 Guardasellos de Francia y al cabo obispo de Lisieux, véase Sainte-Beuve, *Port-Royal*, tomo 10. libro II, cap. I.— Sobre la amistad entre D'Andilly y Malherbe, véase la carta de éste al gran coleccionista Nicolás Peiresc, fechada en Caén, el 5 de Noviembre de 1621.

Cardenal, satisfizo por entero sus aficiones autoritarias. A ningún gobernante ha elogiado con tanta efusión como a Richelieu. Si fuera cierto que adivinó al genial estadista desde la penumbra del primer ministerio y la proscripción, el horóscopo lo redimiría de muchas mezquindades y corroboraría el título profético del vate. Pero es verisímil que, más que el íntimo presentimiento, lo guiara la predilección de la Reina Madre. Hasta Ménage y Bayle pretenden que Richelieu lo despreciaba. No se ve por la correspondencia, sino muy al contrario. Para ambos es honrosísima la carta que el egregio ministro le escribió desde las trincheras de la Rochela, felicitándolo en términos justos, por la que sin duda es su mejor oda, relativa a aquel asedio. Lo único que parece haber de verdad en el alegado desdén antiguo, fue que Malherbe, por indigencia habitual de invención, creyó obsequiar bien a Richelieu, cuando éste entró en el ministerio, enderezándole la oda:

Grand et grand prince de l'Eglise...

que hacía veinte años compuso para muy distinto personaje y que ahora apenas modificó en ciertos pormenores. Richelieu, tan orgulloso y tan entrometido en literatura, no aceptó elogios circulares y guardados como vetustísimo fiambre. El poeta se vió obligado a forzar la misera vena y redactarlos nuevos.⁶⁴ En un soneto, lo llama con razón:

*Grande ame aux grands travaux sans repos
(adonnée,*

pero en otro soneto de aquellos mismos años, acerca de un caballero asesinado en los cotidianos desafíos, muy

⁶⁴ Así lo cuenta Ménage.

castigados por Richelieu, no había hallado cosa mejor que duplicar:

Belle áme aux beaux travaux sans repos adonnée.

Ni al Cardenal de Richelieu, acusado de amar con exceso la adulación, las venganzas y la guerra, podía gustarle mucho el verso con que encabezaba un soneto laudatorio más, de tono harto pagano, casi sacrílego, y expuesto a siniestras interpretaciones:

Peuples, cá, de l'encens; peuples, cá, des victimes...

El terceto final propone colocar el busto del Primer Ministro en los templos, según ya lo había pedido infinitas veces, como una obsesión, para Enrique IV y María de Médicis, cuando dichos monarcas gobernaban. Eso sí, Richelieu le pagaba mucho mejor que ellos, sabiéndolo avaro. Lo nombró Tesorero de Francia, y le concedió tierras en Tolón y derecho a explotar las salinas de Castigneau. En carta al Obispo de Mende, Malherbe le asegura que si obtiene la tesorería y hay puntualidad en el abono de la pensión, cantará con mayor aliento las glorias de Richelieu. Y cuando le escribe a su ciego idólatra Racán, acerca de la guerra en la Valtelina, se burla a las claras del Papa.

Con las granjerías y propinas que se consiguió del Cardenal, y con la tarda herencia del odiado padre, pudo considerarse rico en los últimos años, a no ser por las irregularidades con que el fisco le entregaba el sueldo, de la cual se queja muchó, y prefiere pasar el invierno en París a fin de no descuidar la cobranza (Cartas de 1625). La correspondencia de Malherbe es en alto grado instructivo para las interioridades de aquel tiempo, aunque dice bien Broglie que carece de fluidez y gracia. Es igual-

mente muy significativa desde el punto de vista literario, por los descuidos y vulgaridades en que abunda, y que asombran viniendo de tan decantado retórico. Unas pocas cartas aparatosas, acompasadas y solemnes, inician el género que cultivará enseguida con mayores dotes Guez de Balzac. Habiéndole resultado buenas las consolaciones fúnebres en verso, al Consejero Du Perrier y al Presidente Verdun, se propuso continuar los pésames en prosa, dirigiendo relamidas cláusulas a su propia mujer, por la muerte de la hija común, Jordana (Junio de 1599), y a la Princesa de Conti, por la del hermano de ésta, el Caballero de Lorena. ¡Qué extraños lenitivos les proporciona, faltos de toda eficacia y de todo propósito; qué singulares razones necrológicas de consuelo; qué rebuscadas sutilezas, como las de los libros de aventuras satirizados en *El Quijote*! ¡Qué contraste con la delicadeza de Molière en el soneto fúnebre a Le Vayer; y con Tristan L'Hermite, en el de *Filís* y en la *Consolación a Idalia*! a su esposa le escribe, y no menos que sobre el fallecimiento reciente de la hija, como jugando en pleno laberinto de antítesis del conceptismo: "Me asistía el temor constante de perderla, mientras la conservaba; y si estaba una hora sin verla, me parecía que hacía un siglo que no la había visto. Ya estoy, corazón mío, libre de ese temor; pero he salido de él de manera tan cruel y digna de lástima, que jamás hubo otra más cruel y lastimera. Me he propuesto consolaros; mas, ¿cómo lo haré, yo mismo sumido en desconsuelo? ¿Qué haré, alma mía? Me debería contentar con no consolaros; sin daros, con estas reflexiones tan tristes y melancólicas, materia para entristeceros más aún. He amado únicamente a mi familia, y quiero amar su pesar únicamente. La enfermedad que me la ha arrebatado, no me arrebatará el contento que padezco al afligirme por ella". Parece que anduviéramos como so-

bre púas, en tantos contrapuestos distingos pueriles. La Princesa de Conti no debe llorar más a su hermano, para no perturbar a la Reina Regente, que ha solido aliviarse de los lutos más próximos disponiendo bailes de Corte (Carta del 29 de Marzo de 1614). Es el colmo de lo apocado y servil, monstruoso en un brote de raza pura; increíble en hombre que presumía de inteligencia, de noble y de franco. El Obispo académico Godeau, el *Rey Chiquito*, el *enano* del Hotel de Rambouillet, que en todos sentidos merecía el apodo, ofuscado como tantos por la abultada fama del dictador literario, osó calificar de *obra maestra* dicha pieza declamatoria y menguada. Ya, en 1600, había ofrecido en rimas a *Caritea viuda*, y después a María de Médicis (por la pérdida del malogrado Infante, que fué el primer Duque de Orléans de esa generación), confortes de igual calibre. Y ¡qué lamentable falta de sinceridad! El, tan adversario de la Liga y cortesano de Enrique IV, le perora a la Guisa: "Vuestra Casa es tan grande, que nada pequeño puede producir; tan célebre, que no hay lugar de la Tierra que no conozca su gloria; tan ilustre, que no hay reyes en Europa que no sean sus parientes". Al hermano mayor, el Duque Carlos, con motivo de la recuperación de Marsella, lo había denominado, en la oda de 1596, *Alcides hijo de Alcides*. El versificador y adulador sucesivo de Enrique III y Enrique IV, ¿qué opinaba en suma de la Liga Católica y de la memoria de su caudillo, al evocar, en son de apoteosis, a la estirpe de este otro Enrique, el *Hércules Balafre*, como lo solían llamar Felipe II y los embajadores españoles? Probablemente reparaba en muy poco o nada, sino en que había que congraciarse con todas las familias poderosas. Entre bajezas tales, lucen algunos fulgores de talento, en frases bellas y pintorescas, aunque amaneradas: "Ha muerto joven, pero feliz. Ha caminado poco, pero sólo sobre flores.

Los años degradan hasta los monumentos. . . La vida humana tiene heces, como el vino”.

VII

SU VIGOROSA VEJEZ.— DESENGAÑOS FINALES Y MUERTE.

Con Malherbe ocurrió precisamente lo contrario de lo que él nos sugiere en la imagen que acabamos de citar. La vejez, de que abominaba, le fué provechosa. El agrio y claro vino se hizo añejo; y en el fondo del vaso descansó lo generoso del licor. Lo más lucido en su escasa cosecha, corresponde al extremo otoño. Después de los cincuenta años, a fuerza de obstinación y estrictez, llegó a formarse un estilo propio, neto, bruñido, sobrio hasta la sequedad, limpio hasta ser incoloro, diáfano hasta ser pálido, pero con músculos y nervios de atleta, y ahora con arrestos de patriotismo belicoso, y que va afirmándose y acendrándose a partir de la oda a la Reina Regente. Vienen luego, en creciente progresión, las dos paráfrasis de los Salmos; pero la obra magistral, su verdadero e indiscutible florón poético, la vibrante oda a la campaña de la Rochela, es la penúltima que escribió, cuando ya frisaba en los setenta y dos años. Pertenecía a aquella clase de personas que no dan de sí cabal medida sino en la vejez, aunque hayan obtenido tempranos éxitos, como lo fueron, en la controversia metafísica y bíblica, el doctor Arnauld; Fontenelle, en el género simplemente ingenioso; y después Víctor Hugo, en el satírico y el épico. Y si para nuestro Malherbe (al fin de cuentas muy subalterno y mediocre) es lícito acudir a compararlo, siquiera sea en un solo aspecto, con los máximos en inteligencia y acción, agregaremos que le ocurrió en poesía lo que en filosofía a Kant, y en la guerra a Moltke, Hindenburg, Clemenceau, y a Quinto Fabio y al mismo Sila entre los an-

tiguos romanos. Las relumbrantes estancias al asedio de la Rochela, valen en la historia psicológica de Francia, tanto como la toma de dicha ciudad, que constituyó la hazaña más pura de Richelieu y la definitiva derrota de los levantiscos hugonotes. Nos resta por indicar la oculta relación en que estaba la oda célebre con el ánimo de Malherbe y sus aflicciones, los postreros años que vivió.

Había mejorado hasta en los afectos familiares. Quería mucho a su único hijo, Marco Antonio, que era muy capaz y valeroso. Depositaba en él todas sus ilusiones. Lo hizo educar, al lado de la madre, en Aix de Provenza; y en esa universidad se graduó con excepcional aplauso. Solicitaba, desde 1616, que le concedieran al joven una plaza en el Parlamento provenzal, desdiciéndose del menosprecio frívolo en que tuvo otrora a la nobleza togada, y satisfechísimo, en su inveterada fatuidad, con el precedente de haber ingresado en el Parlamento de París un miembro de la Casa de Foix, vinculado con sangre real francesa. La propia rectificación contiene los resabios del furioso esnobismo linajudo que toda la vida aquejó a Malherbe, aunque fingiera impugnárselo a su discípulo el Marqués de Racán, en quien le molestaba, porque éste era de veras noble.

Cuando estaban a punto de realizarse los proyectos de Malherbe para la carrera judicial del hijo, vino a contrastarlos el genio díscolo y bravío del pretendiente, indudable herencia paterna. En la pequeña y bullidora ciudad de Aix, atestada de estudiantes e hidalgos pendencieros, los retos y desafíos eran accidentes diarios. En poco tiempo el mozo Malherbe sostuvo dos duelos; y en uno de 1624, en el que fue provocador, mató a un burgués. Condenado por ello a muerte, logró el padre hacerlo escapar a Normandía, y que en breve lo indultara el Rey. Meses después, nueva y trágica riña: Marco Antonio de Malherbe fué asaltado y muerto a estocadas en el cam-

po, a cuatro leguas de Aix, por dos oficiales, Pablo de Fortia, Señor de Piles, y Gaspar de Bornes, respectivamente yerno e hijo del Consejero del Parlamento Cauvet. Lo enterraron en el Convento de los Mínimos de Aix, con ruidosas muestras de dolor público. Al saber la tremenda noticia, el viejo poeta no consiguió reprimirse y olvidar, como se ufanaba de haberlo hecho cuando se le murieron las hijas, como había querido que se consolaran los demás en trances semejantes. Desesperado, sintiendo que el asesinato alevé y a traición del bizarro hijo era el último golpe, el naufragio total, se consagró al castigo y la venganza. Obtuvo que los dos matadores fueran condenados a decapitación. Pero el Consejero Cauvet era rico, a consecuencia de fraudulentas operaciones comerciales, pues había sido mercader ambulante de especerías. Con sus caudales mal ganados, hizo huír a los reos, como lo había hecho antes la familia de Malherbe. No pudieron ser habidos, a pesar de las órdenes del Gobernador de Provenza, Duque de Guisa, y del Canciller de Francia. El anciano poeta tronó, imprecó, y suplicó al Rey que esta vez no perdonara. Patentizó que el Señor de Piles, comprador de la capitanía del castillo de If a un valido de Enrique IV, procedía de ínfimos hebreos de Aviñón y Carpentras. Así se lo escribía al Rey, a los obispos, a los amigos, a todo el mundo; así lo clamaba a Dios en un exasperado soneto:

*O mon Dieu, mon Sauveur, puisque, par la raison,
Le trouble de mon âme étant sans guérison,
Le voeu de la vengeance est un voeu légitime.*

*Fais que de ton appui je sois fortifié!
Ta justice t'en prie, et les auteurs du crime
Sont fils de ces bourreaux qui t'ont crucifié.*

Insistiendo en rogar a ambas Majestades, divina y humana, acompañó la oda a la expedición de la Rochela con una nueva carta imploratoria de justicia al Rey Luis XIII. Cuando le cantaba:

*Et suis jusqu'a leur fin ton courroux généreux,
San jamais écouter ni pitié ni clémence
Qui te parle pour eux,*

pensaba, tanto como en los rebeldes calvinistas, aliados del extranjero inglés, en los prófugos asesinos de estirpe judaica. La asociación, irritándolo y escandeciéndolo, aumenta la belleza metálica de las estrofas. Convertido en rabioso antisemita, por las conexiones de los matadores de su hijo, refleja en este canto bélico la humana y sublime crueldad de los himnos ninivitas, babilonios y bíblicos. El retractado protestante, el primogénito del saqueador de la abadía de Troarn, habla con el mismo tono que Ronsard de las ciudades y edificios devastados por la furia herética, en un siglo entero de peleas y asolaciones. No le falta sino exhortar a la concordia, muy apartada de sus sentimientos de entonces, y que a la continua manaba de las entrañas del buen Ronsard, aun cuando apostrofara a Teodoro de Beza, el auxiliar de Calvino.

A pesar de la oda, y los plácemes del Rey y de Richelieu, no había empeño en perseguir a los fugitivos. Malherbe se fué al campamento sitiador de la Rochela. Ni siquiera obtuvo audiencia del Soberano ni del Cardenal. Fuera de sí, vociferaba que contendería a duelo con sus enemigos, no obstante la enorme diferencia de edades. El fiel Racán intentaba calmarlo, y hacerle comprender lo inconveniente e importuno de la actitud retadora en esas circunstancias. Descorazonado, enfermo de paludismo, regresó a morir a París. Deshecho por la pena, en la últi-

oyó incurrir. A las amonestaciones del confesor, para que en tales instantes se dejara de observaciones gramaticales y atendiera al supremo negocio de la salvación del alma, replicó que había de cumplir hasta el último minuto con el deber de velar por la pureza del idioma.

VIII

EFFECTOS DE LA REACCION MALHERBIANA.— LOS REFRACTARIOS.

El fanatismo purista de Malherbe y su escuela proscribió como una cuarta parte del vocabulario francés, y casi todas las licencias poéticas de prosodia que había al fin autorizado Ronsard, tales como hiatos, elisiones, cabalgamientos o suspensiones, y rimas imperfectas a la vista aunque no lo fueran al sonido. La hija adoptiva de Montaigne, la Señorita Jars de Gournay, mantenedora de la copiosa tradición del siglo XVI, más conforme con nuestro libre clasicismo español, combatió con muy ocu-
rrentes argumentos esas ineptas cortapisas: “¿Cómo podrá la poesía volar si le cortan las alas? Los nuevos dóm-
mines no emplean para rimar los oídos, sino los ojos. Una de estas mañanas exigirán que escribamos con los talones y bailemos con las uñas. La perfección para ellos no consiste en los esfuerzos de invención, agudeza o juicio, sino meramente en la lima. Se diría, al verlos, que en los versos ha de apreciarse más lo que se borra que lo que se pone. Llevando las consecuencias de este método hasta el fin; el mejor poeta será así el que no escriba verso alguno. Le cercenan a la poesía libertad, dignidad y riqueza; la privan de flor, fruto y esperanza. Se parecen a la zorra del cuento que, mirándose con la cola cortada, aconsejaba a los demás animales que hicieran otro tanto, para hermosterse y complacerse. Han tenido la di-

cha de erigir en reglas sus defectos, y hallar gente que los crea. En una palabra, pretenden que todos vayan a pié, porque ellos no tienen caballo". Con mayor despejo y desembarazo aún despreciaba la prosa de Malherbe. De la traducción del libro XXXIII de Tito Livio, propuesta por el mismo engreído gramático en calidad de infalible modelo, decía que no era "sino un caldo hecho simplemente con agua". Hasta los más sumisos malherbistas, como Vaugelas, hubieron de convenir a poco que aquellas traducciones y cartas de pésame redactadas por el *dictador* pecaban de discordantes, desaliñadas, avillanadas y confusas.⁶⁵ Malherbe, que no tenía oído musical, y se atenía por eso groseramente a las rimas visibles, negaba el ritmo libre, peculiar de la prosa. Se indignaba ante la posibilidad de una prosa poética, con lo que, del propio modo que desconocía el encanto de la de Montaigne, maldecía, de antemano muchas páginas del *Telémaco* de Fenelón y de los *Pensamientos* de Pascal, y lo mejor de Juan Jacobo Rousseau, Chateaubriand, Renán, Guerin, Flaubert, Baudelaire y Claudel. El pretense restaurador del gusto excomulgaba por anticipado una de las provincias más valiosas de la literatura que dicen regeneró. La moda, con frecuencia insensata, soplabá a la sazón del lado de Malherbe. Por eso los más se mofaron de las advertencias de la Gournay, la anticuada *sibila*, sobreviviente de la centuria anterior, cuando era el caso de reconocer que la sibila vieja tenía mucha razón contra el viejo pedante, según se evidenció después con las consecuencias en todo esterilizadoras. Cuando se jactaba de escribir, en verso y particularmente en prosa, nó para los literatos, sino para los cortesanos y mundanos, al uso del día y en el habla de los jornaleros de París, Malherbe apostaba del Renaci-

⁶⁵ Consúltense Vaugelas, *Ramarques sur la langue française*, CXLIV; — y Sainte-Beuve en el estudio sobre Guez de Balzac, *Port-Royal*, tomo II, libro II, caps. VIII y IX, y Apen. 3.

miento, en lo más substancial e íntimo, fomentaba el plebeyismo y, sin percartarse de ello, iniciaba el partido de los *modernos*, de algunas de las tesis ulteriores de Carlos Perrault y Desmarest de Saint-Sorlin.

A más de la Gournay y de Esteban Pasquier, cuya teoría sobre el estilo es idéntica a la de Ronsard,⁶⁶ se alineó contra Malherbe el gran poeta satírico Mathurin Régnier. De inspiración abundante y desigual, mucho mejor provisto que Malherbe de rimas y afectos, irregular y voluble, lúbrico y devoto, su sitio en la literatura francesa está entre el gótico Villon y el moderno Verlaine. Nacido en la eclesiástica Chartres, era su padre un regidor modesto, propietario de un juego de pelota o bolos; y su madre, hermana del ya conocido abate y poeta Desportes. Al tío debió la protección de los Joyeuse. El Cardenal, hermano del Duque, se lo llevó a Roma, donde residió ocho años y se embebió en las letras latinas e italianas. Nunca perdonó a Malherbe las afrentas al pariente amparador. Vengándolas, y al propio tiempo formulando las reivindicaciones del lirismo encarcelado y maltratado, enunció, en la magnífica sátira antimalherbiana, dedicada a Nicolás Rapin, las censuras que contra el rigorismo pseudo clásico subscribe hoy toda crítica emancipada de rutinas de colegio:

*Et laissant sur le vert le noble de l'ouvrage,
Nul aiguillon divin n'éleve leur courage.
Ils rampent bassement, faibles d'inventions,
Et n'osent, peu hardis, tenter les fictions.
Froids a l'imaginer, car s'ils font quelque chose,
C'est proser de la rime et rimer de la prose.
Ils peignent leurs défauts de couleur et de fard.*

66 Véase, en las Cartas de Pasquier, el Libro II, carta 12.

En la Sátira IX, dirigiéndose al venerado Ronsard, increpa Régnier a los malherbianos:

... *Ces reveurs dont la muse insolente
Censurant le plus vieux, audacement se vante
De réformer les vers, non les tiens seulement,
Mais veulent déterrer les Grecs du monument...
Et leur dire a leur nez qu'ils n'ont rien fait qui
(vaille.*

Este a la vez animoso pre-romántico y defensor de la tradición, que en la Sátira XII, la de Macette, la beata hipócrita, mojjigata lectora de Fray Luis de Granada y Santa Teresa, y derivada del *Faux-Semblant* del *Roman de la Rose*, antecede al *Tartufo* de Moliere, y aventaja al Aretino y Berni, fue acatado aún del muy prosaico y burgués Boileau, el cual en el *Arte poética*, y en las *Reflexiones sobre Longino* (V) y una carta a Perrault, admite su vena y gracias, y pide asiento en el Parnaso junto al suyo, por mucho que se asuste con el impúdico desenfado del lenguaje. No espantará en demasía a los acostumbrados a los chistes de Quevedo, y a los sonetos burlescos atribuidos a Góngora. Canónigo de la Catedral de Chartres, y pecador sin cesar reincidente y arrepentido, sus estancias y sonetos de devoción superan a los de Desportes y a los del Obispo Bertaut. A veces recuerda a Marot y La Fontaine; y presagia muy de lejos (no hay que admirarse), la variedad de tonos y los desgarramientos de Musset, que ha reconocido él mismo la semejanza,⁶⁷ rindiéndole el más simpático homenaje:

*Otez votre chapeau: c'est Mathurin Régnier,
De l'immortel Moliere immortel devancier...*

67 A. de Musset, *Sur la paresse*.— El propio Boileau, según las anécdotas de su vida compiladas por Monchesnay, decía en conversación que Régnier po seía mayores condiciones nativas de poeta que Malherbe.

Otro notable poeta excéntrico, de los retratados por Gautier, Teófilo de Viau, el improvisador, el hugonote libertino y ateo, el incrédulo protegido por los Duques de Montmorency y de Liancourt, hermano de alma de Villon y Régnier, a la vez conceptista y colorista, formó muy a las claras bando aparte de la reforma de Malherbe, aunque estimando los méritos del reformador, con socarronería apenas embozada:

*Malherbe a tres bien fait, mais il a fait pour lui. . .
J'aime sa renommée et non pas sa leçon*

*Les esprits mendiants, d'une veine infertile.
Prennent a tout propos ou sa rime ou son style. . .
J'en connais qui ne font des vers qu' a la moderne.
Qui cherchent a midi Phebus a la lanterne,
Grattent tant le francais qu'ils le déchirent
(tout. . .*

*Veulent persuader que ce qu'ils font est beau,
Et que leur renommée est franche du tombeau,
Sans autre fondement, sinon que tout leur age
S'est laissé consommer en un petit ouvrage
Que leurs vers dureront, au monde précieux,
Pour ce que, les faisant, ils sont devenus vieux.
(Élégie a une dame)*

Malherbe se vengó, cuando Viau estaba preso por impiedad y sacrilegio, diciendo que merecía la prisión, más que por los delitos imputados, por los pésimos versos que escribía. Quien relea algunas composiciones, como *La mañana*, *La soledad* o *Apolo*, de tan melodioso hechizo y a la vez de toques tan luminosos en los paisajes, que parecen de Góngora o Marino, o de un parnasiano, es difícil que hoy comparta la displicencia de Malherbe.

Como síntoma de la reacción suscitada entonces contra su exclusivismo irrespirable, el académico Guillermo Colletet (1598-1659), reanimó el culto a Ronsard: rescató piadosamente la casa que en París fue morada del escarnecido jefe de la Pléyade, y en lindo soneto predijo la restauración de su gloria:

*Malgré ces ignorants de qui li bouche noire
Blasphème parmi nous contre ta déité,*

*Je viens rendre a ton nom ce qu'il a mérité,
Belle ame de Ronsard, dont la sainte mémoire*

*Remportera du temps une heureuse victoire
Et ne se bornera que de l'éternité...*

Otro académico del tiempo, Oliverio Patru (1604-1681), a quien se atribuye de ordinario el mérito de la reforma clásica en la elocuencia forense, confesaba a sus amigos que no hallaba en Malherbe sino lima y artificio.

IX

EL MARQUEZ DE RACAN Y MAYNARD.

Honorato de Bueil, Marqués de Racán, obediente discípulo de Malherbe, poseía más sentimiento y musicalidad que el maestro, según lo reconoce hasta el mismo intolerante Boileau (Carta XII a Maucroix). Blando y soledoso, virgiliano y lamartiniano, bien se advierte que es conterráneo de Ronsard y de Musset, y que vivía y rimaba no lejos del castillo en que el Príncipe Carlos de Orléans minió sus últimos rondeles (Léase, por ejemplo, su *Venida de la primavera*). Es en él muy vivo y sincero el amor a la naturaleza. Sabía poco latín, y nunca pudo hacer de Honorato su *breviario*, como se ufanaba de ha-

cerlo Malherbe; pero de las paráfrasis del *Beatus ille* en lenguas romances, una de las mejores es la suya, en las justamente renombradas estancias a Tircis sobre el retiro campestre. Deja muy atrás las de Desportes (*La vie champêtre*), Vauquelin de la Frasnaye (*La vie des champs*) y Rapin (*Le gentilhomme campagnard*), y compite en apacibilidad con las liras de Fray Luis de León. Encantaban a Fenelón, con todo derecho.⁶⁸ El ideal de sosiego rústico, que era el de la nobleza campesina, el que animaba las novelas arcádicas de esa época, la *Astrea* de Urfé, y las *Dianas* de Montemayor y Gil Polo, ningún francés de aquel siglo lo realizó en la vida ni lo cantó en los versos con tanta verdad y emoción como Racán. En las *Pastorales* y en las odas presenta descripciones mansas y delicadas. Es un elegíaco, un bucólico amenísimo, muy superior a lo que más tarde fueron sus seguidores Maucroix y Chaulieu. Es, como Régnier y por otros aspectos, el nuncio, la alborada luminosa de La Fontaine. Se ha requerido toda la incompreensión y colosal ceguera del pasmoso Boileau para desconocerlo hasta el extremo de calificarlo de *épico* y *homérico*, según se atrevió a llamarlo en la sátira IX. Ostenta, en la composición dedicada a su pariente el Conde de Bussy, bellezas tan singulares de ritmo y rima, y vierte en la báquica dirigida a Maynard un aroma de horacianismo tan genuino, que no se comprende cómo ha sido pospuesto a su acre y tiránico preceptor.

Maynard, el secretario y favorito de la Reina Margarita de Valois, supo también cultivar preciosas flores líricas, bajo la férula quebrantadora de Malherbe, que en vano procuró denegarle vigor y vehemencia de númen (*Vida de Malherbe* por Racán). Demuestran lo infundado de la censura envidiosa, la oda *A la bella anciana*, digna de los románticos mejores; la tan valiente de *Alcipo*, cuyo senequismo evoca la *Epístola moral* de Andrade; los sone-

68 Carta sobre las ocupaciones de la Academia Francesa a Dacier, cap. X.

tos admirables que le dictaron los desengaños cortesanos; y los sentidos versos en que nos delinea los monumentos de París, las lujosas galerías renacentistas de las Tullerías y el Louvre, de columnas ceñidas de anillos y collares, y de arabescos retorcidos y frondosos:

*J'aime Paris, et cette amour
M'a fait souvent verser des larmes...*

La lozanía del lirismo francés, italianizado y españolizado en el Renacimiento, había sido tan pródiga y vivaz, que se resistía y rebrotaba aún en los más rendidos partidarios del destroncador Malherbe. Ya en la siguiente generación, suben la lividez y la nieve; y Boileau, en la ridícula *Epístola al paso del Rin*, y en las pseudo odas *A la toma de Namur* y *Contra los ingleses* granizará témpanos mortales, por frígidos y burdos. Se explica que en tal ambiente de menoscabo, o mejor de nulidad lírica, hasta el penetrante La Bruyere, ganado por la deteriorada opinión general, sacrificara la ardorosa musa de Teófilo de Viau a la atonía escualida de Malherbe, y la diversicolor opulencia de Ronsard, a la hética delgadez de Marot.⁶⁹ El retórico Guez de Balzac, que notaba de impuro y toscó el insuperable estilo de Montaigne, había desde mucho antes comparado a Ronsard "con una fuente vasta, pero turbia y fangosa".⁷⁰ Era propio de aquella rígida estación que se congelaran las anchurosas fuentes del humanismo mediterráneo, y se dejaran de lado sus húmedos antros fecundos, obstruídos por el hielo, como las del Luxemburgo, novísimas entonces, y las de los jardines de Fontainebleau, para preferirles la senda escueta y lisa, regada de escarcha.

⁶⁹ La Bruyère. *Les caractères*, cap. I.

⁷⁰ Guez de Balzac, *Entretien XXXI*.

X

ESTILO Y LIRICA EN LOS REINADOS DE LUIS XIII Y PRINCIPIOS DE LUIS XIV.

El proceso de regulación geométrica y monótona, durante el siglo XVII francés, fue paralelo y rápido en todos los órdenes de la vida. En política, el centralismo dictatorial de Richelieu desterró los Estados Generales, dominó las Asambleas del Clero; y por medio de los Intendentes, la autonomía de las provincias. Reanudándose ese régimen con el absolutismo de Luis XIV, a través del interregno sedicioso de la Fronda, acabó, por fuerza lógica, en el pleno sistema de la monarquía arbitraria, sin verdadero contrapeso con el veto ineficaz del Parlamento judicial de París. En filosofía, fue el mecanicismo racionalista cartesiano. En religión, la reforma galicana, morigerada pero casi cismática; y el jansenismo herético, que frisa con el calvinismo y el metodismo protestantes. En arte, la descolorida pintura de Mignard y Felipe de Campaña, Le Sueur y Le Brun. Y por fin, de consumo en las letras, la creciente inanición de la lírica genuina; y la expansión gradual del purismo riguroso de Malherbe en las esferas a que él no pudo ni supo extenderlo, o sean el teatro y la prosa.

En esta última, Juan Guez de Balzac, tantas veces mencionado, impuso el ritmo oratorio, la propiedad de vocablos y giros, la amplitud y cadencia majestuosas, junto con sus favoritos adornos retóricos de la simetría y la hipérbole. Por dichos méritos formales, y prescindiendo de los ajados tópicos que componen el fondo, Sainte-Beuve lo proclama antecesor en el estilo de Juan Jacobo Rousseau, Buffon y Jorge Sand. Pero en lo intrínseco y psicológico lo trata a mi ver con severidad excesiva, aun reconociéndole cumplida dignidad de conducta, muy por cima de la de Malherbe y Desportes, y halago paisajista en ciertas

páginas, como las iniciales del *Príncipe*. Balzac es bastante más de lo que dijo Sainte-Beuve en el texto de *Port-Royal*, y hasta en el apéndice o curso de 1858, donde se esforzó por parecer equitativo. Es un Montaigne algo cándido, con harto menor penetración, sin malicia en el pensar ni espontaneidad en el decir, pero no sin relamida gracia y pintoresca novedad de frases: un Montaigne superficial y peinado, en que para la inextinguible sucesión de imágenes, prenda común de ambos autores, el crisol académico suple a medias, bruñido y lustroso, la risueña exuberancia del primer Renacimiento. Como escritor moralista, Balzac es un elocuente ponderativo y crédulo, que hace ademanes de entendido y visajes de profundo; mientras que Montaigne resulta un despabilado agudísimo, que disimula bajo capa de inocente. Imitador de Plinio el joven, con mucho de la abundante ingeniosidad de San Juan Crisóstomo y San Gregorio Nacianceno, Balzac aparece, entre los epistolarios y didácticos franceses (ya que Montaigne supera en alto grado dicha clasificación, porque no es didáctico, sino genial ensayista errabundo), como el primero de veras literato, en quien se transfigura y hermosea, con ciceroniana mensura y concinidad, la vetusta y cansada dicción de los anteriormente referidos, los magistrados Du Vair y Pasquier. Sintetizando los homenajes contemporáneos, lo apellida Ménage restaurador, o todavía más, inventor de la prosa clásica en Francia. Amplifica lugares comunes, con decoro y firmeza, numerosidad y ornato, y con enfáticos rebuscamientos que delatan el predominio simultáneo de lo barroco. Como de costumbre, acertó de lleno Menéndez Pelayo al asignar varias veces, por aquellas notas, la derivación de Balzac de Fray Antonio de Guevara, el Obispo de Mondoñedo, el famoso autor del *Reloj de Príncipes* y de las *Cartas Aureas*. Conservando mucho del atuendo renacentista, Balzac, falto de informaciones o de sentido crítico sagaz, y por presumir de moderno y de aliñado a la última moda,

desconoce su filiación propia. Así como hallaba rudas las formas de Montaigne, cuyos *Ensayos* se reflejan muy amortecidos en sus disertaciones y misivas, así también, con desdén melindrero, se imaginaba que Ronsard improvisaba y no corregía, porque sin duda no se le ocurrió comparar las sucesivas ediciones del gran poeta, reveladoras de un empeño limador más afortunado pero no menos asiduo que el suyo. Por el don de los períodos eufónicos, por la elevación, altisonancia y atavío constantes, y aun por la índole soberbia y melancólica, fácil al tedio y al endiosamiento de sí mismo, y por la religiosidad ostentosa pero sincera, Juan Guez de Balzac viene a ser como un primer esbozo de Chateaubriand, muy somero e imperfecto, un Chateaubriand provinciano y campesino, sin grandes viajes, sin ministerio ni embajadas, con las veleidades políticas extinguidas muy pronto, en prematuro retiro orgulloso, endeble de salud y ánimo, opaco en comparación, deslustrado por la edad en que vivió, pálida y fría. Podríamos completar la proporción agregando que es respecto de Chateaubriand lo que Racán a Lamartine: una anticipación débil, un tímido precursor. Atropellado y honrado, solemne y amable, presuntuoso y caballeresco, voluble y verídico, posee las flaquezas y atracciones del artista unidas a la vidriosa fatuidad del hidalgo feudal. Mas todas estas restricciones y las otras muchas que le acumula Sainte-Beuve, no deben hacernos olvidar que emuló, en ocasiones no raras, lo formal y externo del sentencioso preciosismo de Quevedo y Gracián; que, en armoniosas cláusulas, como en los altares del tiempo, al lado de adornos excesivos, hojarascas de estuco, engastó legítimas piezas de lapislázuli y ónice; que saludó, con noble ardor, a Corneille, como al intérprete adecuado del espíritu y denuedo de los romanos clásicos;⁷¹ que Riche-

71 Carta de Balzac a Corneille sobre la tragedia *Cina*, del 17 de Enero de 1643; y carta de aquel mismo a Scudéry, en que impugna las pobres observaciones de éste contra el *Cid*.

lieu, prevenido en contra de Balzac, sin embargo, le reconocía sólido talento literario, como a Chateaubriand Napoleón; que Descartes suscribió y abonó aquel fallo laudatorio; que Bossuet no omitió estudiarlo e inspirarse a veces en sus entonadas páginas; que Boileau confiesa, aún a regañadientes “sus cualidades maravillosas de propiedad de vocablos y medida justa de oraciones”;⁷² y que en la reforma depuradora de la lengua, como prosista valió tanto o más que como poeta Malherbe, del cual se proclamaba a la continua aprendiz, aunque no se abstuviera de vejarlo en su último libro, el *Sócrates cristiano*. Llega a decir en él: “No imitemos las ridiculeces del viejo doctor. Nuestra ambición ha de proponerse ejemplos mejores”.⁷³

En la afanosa tarea de clarificar el idioma, anhelo casi maniático en toda la primera mitad del siglo XVII de Francia, fueron los principales auxiliares y continuadores de Balzac, Claudio Faure de Vaugelas (hijo del saboyano amigo de San Francisco de Sales), y Voiture y Sarrasin, que son los tres de veras significativos dentro del grupo de los *virtuosos* o del Hotel de Rambouillet. De Voiture, para apreciarlo con rectitud, mucho mejor que por sus amaneradas cartas, hay que atender al inconcluso elogio que escribió del Conde-Duque de Olivares.⁷⁴ Sarrasin vale, bastante más que por los versos, por la *Historia del sitio de Dunkerque* (1649), por la *Conspiración de Walsstein* y la *Moral de Epicuro*.⁷⁵ Para Vaugelas, muy renombrado como gramático, el criterio de la lengua no era, según lo inculcaba Malherbe en lo tocante a la prosa, el uso vulgar y plebeyo, sino el de la Corte y la buena sociedad, y el de los autores más reputados, los modernos

72 Boileau, *Reflexiones críticas sobre Longino*, cap. VII.— Carta a Brossete, del 3 de Julio de 1700.— Véanse también las *Bolaeana* de Monchesnay.

73 Guez de Balzac, *El Sócrates cristiano*, Discurso X.

74 Citado por Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi*, tomo XII. Es conocido que Voiture imitó alguno de los más populares sonetos de Lope de Vega. Véase el estudio de Mr. Morel-Fabio al respecto.

75 Sobre sus poesías, consúltense la correspondencia y anécdotas de Boileau.

de preferencia, a partir de Amyot inclusive. Para los demás *virtuosos* o *preciosos*, a las palabras y modismos corrientes se añadían las invenciones propias y de los círculos selectos, las metáforas y ornamentos singulares de elocución, la acicalada ufanía del *seiscentismo* coetáneo en Italia y España, cuyas extravagancias repiten y emulan. Góngora es uno de los modelos más recomendados en las cartas del académico y crítico oficial Chapelain, que escribió además el prefacio para el poema *Adonis* del napolitano Marino (París, edición de 1623).

Mientras se exageraban las sutilezas gramaticales, hasta el punto de ser censurado Malherbe como incorrecto por la propia Academia Francesa (informe que redactó Pelisson); y el conceptismo y las parodias de los *burlescos* en versos cortos, se alimentaban aún a las claras de la imitación italiana y española (respectivamente a la manera de Tassoni, Antonio Bruni y Marino, o de Alcázar, Ledesma y Fray Hortensio Paravicino), de otra lado las páginas de los grandes prosistas, Pascal, La Rochefoucauld y Retz, se manifestaban adultas y libres, inmunes de las tachas de afectación y mal gusto, emancipadas ya de los acompasados pedagogos que constituyeron la Academia primitiva; y el hispanófilo Corneille, "el más español de los franceses", según lo ha calificado Guillermo Schlegel, llevaba con el *Cid* a la cúspide el género de la poesía trágica. En nuestra literatura, Góngora y Quevedo son también contiguos en edad y escritos de Lope de Vega, y en cronología viene muy poco después de Cervantes; pero a la inversa de Francia, el influjo de los sobredichos decadentes y disolvedores prevaleció largo tiempo sobre el de estos verdaderos clásicos. Consideración que debe templar nuestro desvío por la frialdad y macidez de los acendrados preceptistas, como Malherbe y Boileau, a pesar de todos sus extremos y acrimonias.

Corneille mantiene y exalta la espaciosa y audaz grandiosidad barroca de los tiempos de Luis XIII y Richelieu. Empareja con la vasta arquitectura jesuítica de las iglesias de la Sorbona, San Pablo y San Luis, y el Val-de-Grace; y como primogénito, en pocos años precede a la cúpula de los Inválidos y a la escultura de Puget, obras maestras fraternales de sus tragedias. Pero al revés de la plástica, que seguía copiando modelos italianos, en el arte dramático de Corneille las fuentes españolas se ven innegables y próximas. Lo inspiran el Romancero y el teatro de Castilla, Lope de Vega, Guillén de Castro, Alarcón y Mira de Amescua, coincidiendo por éste con el mismo Calderón (*Heraclio*); y en los antiguos latinos, los bélicos Séneca y Lucano. Por desgracia, al paso que en la especulación filosófica se desacreditaba Aristóteles cada vez más, y se difundía el sistema de Descartes, en la dramaturgia el prurito de reglamentación se propasó hasta el absurdo con las pretensas e impertinentes unidades, creadas o abultadas por los retóricos Escalígero y Castelvetro, introducidas en Francia por Jodelle y Ronsard (segundo prefacio de la *Franciada*), y luego defendidas por D'Aubignac y Chapelain. El acelerado y farragoso Alejandro Hardy se eximió de ellas, en el sinnúmero de sus tragicomedias y pastorales; pero a nadie perjudicaron y torturaron como a Corneille, titán de candor pueril, que se dolía "de las muchas hermosuras frustradas por aquellas unidades" (Tercer discurso sobre el poema dramático). Más expeditos, Moliere y Quinault se liberaron con frecuencia del triste yugo.

Todas las intolerancias sobre el teatro, la poética y el estilo se concentraron, exasperaron y simbolizaron en Boileau, cabal heredero de Malherbe. Hombre decente y estimable, sin ninguna de las máculas del maestro, reportado en medio de sus hiperbólicas lisonjas cortesanas, este buen burgués de París, de familia de escribanos, fue

el más prosaico de los legisladores de las letras. Pacífico y regalón, bastante epicúreo en la juventud, perpetuo enemigo de la guerra, de la nobleza militar y las conquistas, el menos heroico de los súbditos de Luis el Grande, aunque nombrado historiógrafo suyo,⁷⁶ las pocas odas y epístolas bélicas que rimó en su honor, son y tenían que ser ridículos descalabros. Reputaba la admiración por el valor y el entusiasmo por la virtud extraordinaria como recursos dramáticos insuficientes y de ingenuidad infantil. De ahí que no se satisficiera con el teatro de Corneille; y le pusiera tachas, no sólo a las tragedias últimas, del período estrambótico, tales como *Agésilao*, *Atila* y *Otón*, sino a las de mejor tiempo, equilibrio y calidad, como *Cina* y *Heraclio*, de tan refulgente nobleza. Por eso los cancioneros anónimos denostaban al *cuervo Boileau*, el envidioso de los poetas más célebres (Colección de Maurepas, tomo III, en lo correspondiente al año de 1670). No poseía talento sino para la sátira. Y en la misma sátira moral y social, gran ventaja le llevan sus imitadores de la centuria siguiente, y aun lo igualan y lo superan en la literatura: entre los ingleses, Pope con la *Dunciada* y los ensayos rimados, especialmente los que se intitulan *Sobre la crítica* y *Sobre el hombre*; entre los franceses, Voltaire, con las epístolas y composiciones ligeras; y entre los españoles, si nó el crudo y chabacano *Jorge Pitillas* (o sea Gerardo de Hervás), ni el bronco Forner, a lo menos Lista y D. Leandro Moratín, y en el tono austero Quintana (tercetos sobre las *Reglas del drama*) y Jovellanos. Hay que comparar la sátira V de Boileau *A Dangeau* con la II de Jovellanos, que versan sobre asunto igual, para apreciar la distancia que media entre el lugar

76 Ver la *Bolaeana* de Monchesnay acerca de la campaña de Gante y los pavores de Boileau, y las *Memorias* de Primi Visconti, año de 1679.—Para su íntimo despego y hasta entipatía por las fórmulas teatrales de Corneille, léanse su carta a Perrault, el texto y notas del Canto III del *Arte Poética*, y los comentarios confirmatorios de Voltaire y La Harpe.

común abstracto, vacío y anémico, y la pintura animada, llena de color local y peculiaridades históricas, de la estragada corte de Carlos IV.

Tradujo y comentó el tratado *De lo sublime* de Longino, pero muy rara vez acertó a expresar o acatar la sublimidad. Fue un mero crítico, avaro y escaso, de horizonte muy estrecho, desprovisto de sensibilidad e imaginación.⁷⁷

Plus enclin á blamer que savant á bien faire.

como se reconocía él propio, renegó de toda la Edad Media y todo el Renacimiento francés, y de sus mismos predecesores inmediatos, sin otras excepciones terminantes que las de Malherbe y Rénier, y con muchos reparos las de Racán y Bertaut, Voiture y Sarrasin.⁷⁸ Después, fuera de Corneille a medias y de La Bruyere, y del círculo de sus amigos, comensales y coetáneos, Moliere, La Fontaine y Racine, a nadie toleraba, por más que se presentaran con la riqueza de visión real de un Regnard o de un Le Sage, para los que se mostró bastante desabrido en casi todas las conversaciones de la vejez; aun cuando fueran vulgarizadores científicos tan finos y valiosos como Fontenelle, versificadores tan musicales como Quinault, arquitectos tan extraordinarios como Claudio Perrault, o tan deliciosos cuentistas, como su hermano Carlos, a quienes no hizo sino insultar con grosería.⁷⁹ Hasta los de

⁷⁷ Mucho antes de la reacción del romanticismo contra Boileau, condensada en los diatribas de Lamartine, ya opinaban así los archiclásicos Voltaire, en la *Epístola a Boileau* (muy lejos de la panegírica admiración que le profesó antes), y Marmontel, en los *Elementos de Literatura*. — Luego, en la época del naturalismo, consúltese Taine, *Hist. de la lit. inglesa*, libro III, que refrenda el despectivo parecer de Guillermo Guizot. — Vid. también Antonio Alcalá-Galiano, *Lit. del siglo XVIII*, lecciones III y VII y Francisco Guizot y Paulina de Meulan-Guizot, *Corneille et son temps*, cap. III, *Jean Chapelain* (Edición de París, 1862, pág. 316).

⁷⁸ Carta XX a Perrault, citada atrás.

⁷⁹ Epigramas de Boileau, Nos. IX y XII.

aquel grupo de amigos privilegiados padecían eclipses, porque, en carta a Perrault (arriba citada, de Boileau a Carlos Perrault, año de 1700), atribuye a la imitación de los latinos las bellezas del teatro de Corneille, negando a la vez que éste supiera observar las reglas de Aristóteles; y según refieren anécdotas fidedignas, a Racine y La Fontaine les regateaba los méritos de primera clase. Su *Arte Poetica* es, en lo general y teórico, una serie de perogrulladas; y en lo práctico, el más angosto cartabón de todas las escuelas clasicistas. Destierra la fantasía, coarta la invención, subordina el estro a la simple sensatez meticulosa e inflexible; y con férreo dogmatismo propugna la infranqueable separación entre los géneros, la guarda en el drama de las tres unidades pseudo aristotélicas, y en la rítmica, la de los cánones malherbianos, y la exclusión de temas religiosos en toda especie de poesía, reproduciendo con esto el acérrimo paganismo literario de su desdeñado, el frívolo Voiture. (Véase en Fontenelle, *Vida de Corneille*, el dictamen censorio de Voiture y de toda la tertulia del Hotel de Rambouillet, contra el encedido cristianismo de *Polieucto*). Edificó una cárcel tan asfixiante que ni sus más íntimos adeptos, Moliere, La Fontaine y Racine, pudieron ajustarse a ella. Dichos prototipos de la pureza clásica gala quebrantaron en varias ocasiones aquellos mandatos sobre la división de géneros y las unidades teatrales, y la condena de cualquier argumento sagrado. Acerca de lo último, el propio Boileau vino al cabo a desdecirse, con la peor palinodia concebible, escribiendo fatigosos e incoloros versos de disputa teológica, en las epístolas y sátiras jansenistas, que son testimonios de apagada senilidad. Había compuesto de joven, en el burlesco *Facistol*, una parodia de escenas clericales y de los oficios divinos. A primera vista se le puede suponer broma inocente, mas en muchos tiros anticipa las chanzas volterianas del siglo XVIII:

Et sans laisser le Ciel par des chants superflus...
(Canto IV)

Abime tout plutot. C'est l'esprit de l'Eglise...
(Canto I)

No se concilian bien estos ataques con la remilgada piedad a lo Port-Royal que tantos pasajes de Boileau demuestran, y que anima los mismos cantos del *Facistol*. Pero no riñe con las consecuencias naturales del cartesianismo, que es la substancia, consciente o nó, de la *Arte Poética*, según lo ha probado Emilio Krantz.⁸⁰ Esa filosofía y esa teología, que se amalgamaban muy bien entonces, nos explican cumplidamente al poeta preceptista: la matemática precisión y el automatismo cartesianos, aunados con la ceñuda severidad de los secuaces de Janseño, componen lo esencial de Boileau. Cuando el aticísimo Fenelón, en sus dos cartas *A la Academia Francesa*, lamentaba el empobrecimiento de la lengua y de la métrica, lo que hacía en el fondo era deplorar el rigor nimio de la obra de Malherbe, y la de Boileau su continuador. Descendiendo ahora muchos escalones, y viniendo al humilde Perú de nuestros abuelos remotos en esa época, como Bermúdez de la Torre, el rival de Peralta,⁸¹ no es extraño que, cuando los escritos de Boileau se difundieron por las posesiones hispanoamericanas, advirtieran, en son de queja y desgana, la sequedad de la nueva literatura, que contrastaba con diversos autores franceses, mayores y menos apartados de nuestro gusto hereditario: con el énfasis sobrehumano de Corneille, la elocuencia magnífica de Bossuet, el caudal sonoro de Guez de Balzac, o, hasta en lo extremo y censurable, la agudeza y quintaesencia de

⁸⁰ E. Krantz, *Essai sur l'esthétique de Descartes* (Paris 1882).

⁸¹ Véanse las *Censuras* de D. Pedro Bermúdez de la Torre y Solier en los Preliminares de la *Lima fundada* de Peralta y en los del *Poema de la Pasión* del Conde de la Granja.

Voiture y Fontenelle, siquiera análogas a las de Quevedo y Gracián. Los desbordes y disparates muy posteriores, los de la marea romántica en nuestros países latinos, siglo y medio más tarde, han de atribuirse en parte a reacción contra las extralimitaciones monstruosas del sistema intolerable de Boileau, iniciado por Malherbe, que comprimió la imaginación y la inventiva, y llevó al colmo de lo irritante el prosaísmo de un buen sentido empequeñecedor y rahez.

XI

CICLOS EN LA HISTORIA POLITICA Y ESTETICA.
SIGLOS DE ORO Y DECADENCIAS.

Todas las culturas conocidas transcurren dentro de una serie de momentos, la cual principia con el impulso creciente, invasor e integrante, llega a estados de formal equilibrio, y se disuelve luego en la confusión de la decadencia. La serie se repite, con semejante ritmo, a veces en el mismo ámbito de la pasada, y con frecuencia en un ámbito más grande, al que se adicionan muchos de los resultados anteriores. Este proceso histórico, que es el caso humano colectivo de una ley universal, cósmica, así mecánica como psicológica, así física como dialéctica, recibe por lo común el nombre de alternativa de los períodos orgánicos y críticos, de síntesis y descomposición de los agregados. Para la debida claridad conviene distinguir tres fases características. En la primera aparecen los núcleos y valores, normas y jerarquías; en la segunda, se consolidan y ensanchan; en la tercera, se deshacen y mueren. Son las tres edades de la sociedad: adolescencia, virilidad y vejez; o sus tres estaciones: primavera, estío y otoño. La infancia inconsciente y el invierno infecundo no hallan equivalencia precisa y adecuada en la plena luz de la historia, total y propiamente dicha. La nulidad de las funciones y la correlativa destrucción de los órganos

se dan en lo social, y con harta constancia; pero sólo en ramos o géneros privativos, o en naciones determinadas, pues el conjunto se transforma y substituye, o bien emigra a otros centros. Por cima de las culturas peculiares, la Humanidad aumenta su capital común. Repara, con vigor inextinguible, sus particulares mermas y retrocesos, amontonando experiencias y adquisiciones solidarias. Desvanece el sistemático pesimismo de los que no ven sino épocas o razas aisladas. El viaje de la caravana comprende a todos los hombres. Es sin duda lento y sinuoso, entrecortado por desiertos, tempestades y catástrofes, dilaciones e imaginarios retrasos. Sendas perdidas y engañosas interrumpen la vía principal; y a ambos lados la flanquean derrumbaderos o la cercan escombros, útiles como escarmientos y hasta como materiales. Mas a la postre se dirige, aún en la tierra, a zonas esclarecidas paulatinamente por el espíritu divino, que es Providencia y Unidad. Este optimismo, en lo substantivo ratificado por la historia universal, constituye un legítimo corolario de la filosofía católica. Difiere del vulgar humanitarismo, del filisteo progreso rectilíneo, y más todavía de las arbitrarias e incoherentes doctrinas antitéticas del sino trágico y del devenir infinito, del polimorfismo divergente por clausuras impermeables, que hoy está de moda aplaudir.

Hay que atender a que los ciclos históricos son continuos, porque en su mayor porción las culturas se heredan o se copian; y así al cabo se acumulan. Por eso el contenido psíquico se va acrecentando y profundizando sin cesar. Sus indicadas faces opuestas no siempre se encierran en el marco simétrico de los siglos, porque alcanzan muy diversas duraciones. El sello predominante en los tiempos observados no excluye parciales procesos contradictorios, reacciones individuales o corrientes adversas en los aspectos menores. Con estas condiciones y limitaciones indispensables, comprobaremos que desde el

más remoto Oriente, por mucho que la lejanía y la extrañeza nos lo finjan inmóvil (Alfredo Weber), desde los pretéritos antiquísimos de Caldea y Egipto, China e India, los hechos sociales han obedecido por regla infalible a oscilaciones pendulares análogas a las de nuestra civilización. Bajo aquel aparente reposo del mundo histórico primitivo, hubo también tránsitos alternos de innovación tumultuosa y de recomposición, de reiterado fraccionamiento regional y centralizador nacionalismo, de revoluciones teológicas (p. ej. budismo y culto de Amón), y de restauraciones tradicionales y monárquicas (p. ej. los Ramsés y los letrados chinos). Con mayor evidencia se advierten las vicisitudes de efervescente novedad y regulación, de desmembración y coordinación, en el mundo helénico y en el romano. Las reconocieron y señalaron Heráclito y los estoicos. Es la *anaciclosis*, como la llamó el tardío Polibio, seguido por sus discípulos del Lacio. En la Europa occidental, no menos de cuatro veces ha reaparecido el equilibrio, teniendo por privilegiado centro a Francia, con Carlomagno, la Cristiandad feudal de las Cruzadas, la hegemonía de Luis XIII y Luis XIV, y la del primer Napoleón. Actualmente el orbe entero, impregnado de la civilización europea, tiende otra vez, con gigantesco empuje, a un orden semejante pero más amplio en lo cuantitativo, sin que podamos con certeza adivinar el nuevo centro ni precisar los futuros contornos. Hubo y hay además, a no dudarlo, diversos focos de alta cultura y orden europeo, pero menos completos, de imperfecta irradiación y simultáneos con aquél, como el intenso particularismo británico que floreció desde los primeros reyes de la dinastía de Hannover hasta el fin de la edad victoriana. Todo ello ha de sumarse y superarse en el orden mundial que a nuestra vista se elabora.

Al equilibrio político y general se subordinan el filosófico, y el artístico y literario, sea que lo reflejen al mismo tiempo o en instante algo posterior, como de ordina-

rio ocurre, sea que lo precedan preparándolo, como el reconstituído helenismo bajo el poderío tutelar de Roma procreó el imperio bizantino, o como las grandes literaturas alemana e italiana, regeneradas desde fines del XVIII, aceleraron las resurrecciones nacionales respectivas. Pero la dependencia de artes y letras respecto de la civilización dominante ha de entenderse meramente en lo histórico y externo, pues el valor estético es *en sí*, absoluto y nó en relación alguna; y el mérito de la belleza no se mide, porque no es ponderable, ni se aprecia por el medio en que brota, sino por la perfección de la forma en que se expresa, sea cual fuere el contenido de ella. Hay obras de arte inigualadas, que nacen en el alba incierta y brumosa de los tiempos bárbaros, como casi todas las epopeyas genuinas, o en años de palmaria decadencia política y moral, como las de Teócrito en el descenso helenístico, el teatro de Calderón bajo el reinado de Carlos II de España, y muchísimas del quinientismo italiano. Lo cual no quiere decir que las épocas de pujanza y concierto no resulten, según racional probabilidad, más propicias para el gran arte y la gran literatura, por los nobles estímulos que entonces abundan en la opinión y los elevados modelos que franquean. La ordenación a que aspira y gravita la civilización contemporánea ha de engendrar en su día, quizá no tan distante, una producción artística de veras proporcionada y una poesía inteligible. Por eso es útil estudiar los dechados del país que instituyó en lo moderno la más severa doctrina clásica. Pero como las síntesis futuras han de incorporarse las mejores adquisiciones de los tiempos últimos, so pena de no ser satisfactorias ni viables y de allí que el orden nuevo tenga que aceptar y realizar las libertades esenciales y las conquistas de mejora social que la prolongada y difunta edad revolucionaria le deja), no volverán de seguro los guías de las letras venideras a dictar tan rígidos preceptos como Malherbe y Boileau, ni a prescribir fórmulas tan apretadas y

ficticias como las del teatro de Racine. Debemos congratularnos de esta liberación, al parecer inadmisibles, todos los restantes latinos, herederos de un clasicismo más anchuroso y desembarazado, a la manera italiana y española. No hay que confundir las perdurables y esenciales bases del arte sano, con reglas transitorias, arbitrarias o supersticiosas, hoy del todo ineficaces y caducas. Hasta en la misma escuela francesa, los ejemplares sugestivos, preferibles para ofrecerse a la emulación e imitación futuras, seguramente son y han de ser los matutinos, lozanos y siempre jóvenes, la lírica de Ronsard y la tragedia de Corneille.

Casi todo el siglo XVIII consistió en la disociación y el desvío entre las formas sociales literarias y artísticas, medidas, jerárquicas, simétricas, atajadas, y la honda y rápida corriente disolvedora de pensamientos, creencias y sentimientos. Al fin la oposición se desenlazó con el hundimiento catastrófico. Abierto ya el fragoroso abismo de la Enciclopedia y Rousseau, la Revolución y Kant, intentaron en vano la dictadura napoleónica y la Santa Alianza fabricarle diques de resistencia duradera. La inundación los arrolló, diluvial, cenagosa y fluctuante, más parecida a la desenfrenada anarquía de las dos posturas centurias de la Edad Media o a la del Protestantismo, que a los principios restauradores del humanismo renacentista. El romanticismo que, a modo del Renacimiento, comenzó católico y monárquico, acabó por su individualismo ilimitado, en una revolución caótica, lo propio que la pseudo Reforma protestante, su innegable abuela. Quebrantó cualesquiera disciplinas, así las estéticas como las éticas, tanto las hechizas como las fundadas, con el pretexto de ser todas extremas e incomprometibles. Desbocó los instintos, fomentó los excesos, atizó las extravagancias. Se convirtió en el predominio de lo característico sobre lo bello, de lo instintivo y subconsciente contra lo

racional, de lo personalísimo contra lo colectivo. Fue una hoguera poderosa, pero humeante y devastadora; una orgiástica algazara moceril, seguida de inconmensurable depresión. En las complicaciones y deltas del siglo XIX, ni el naturalismo, ni el positivismo, ni el parnasianismo sirvieron de reparos bastantes. El simbolismo se cifró en el eco o repetición degenerada del movimiento romántico. Iniciado, como él, por influjos nórdicos (Wagner, Poe, Walt Whitman, Verhaeren), se sumió en exorbitancias caliginosas y laberínticas, dejando muy atrás los más gruesos dislates de culteranos y grotescos del XVII, y el vacío hermetismo de los peores alejandrinos tolemaicos, venidos de Calcis. *L'Après Midi d'un Faune* de Mallarmé corresponde en efecto al *Polifemo* de Góngora y a la *Alejandra* de Licofrón; y la *Joven Parca* y la *Serpiente* de Valéry, al *Artemidoro* y al *Hipomedonte* de Euforión, y a las *Dionisiacas* del egipcio Nono. En las composiciones de los mencionados poetas franceses suele haber hasta tres distintas alegorías superpuestas, y nadie está seguro de desentrañarlas. En otros, nó triples láminas de hierro, sino múltiples hojas de cinc, o tablas apollilladas y embadurnadas ocultan sarcásticamente el ingreso a la húmeda y lóbrega caverna.

Los tenebrosos ya no proceden de la decadencia helénística en la Tebaida o en las islas griegas de Eubea y Rodas, sino del exotismo en la Nueva Caledonia de Oceanía, como Carco; de Lituania, como Milosz; o de Polonia, como Guillermo Apolinario. Pese a torpes denegaciones, ninguna tendencia en la historia literaria ha sido más merecedora del estigma de la depravación. Versos libres tan irregulares y amorfos como los más rudos de las gestas medioevales. Cenáculos estrafalarios y minúsculos, descreditados hasta para los propios adscritos, que parecen simples y cansados parodistas en su prolongado disparatar. Compiten en puerilidades de disposición métrica

y poemas figurados, con el mismo Simias de la *hacha*, el *vaso* y la *zampoña*, con Pentadio, el de los tiempos de Diocleciano; con Porfirio, el panegirista de Constantino; y con los acrósticos y retruécanos de Rengifo y Caramuel. A esas miserables charadas se ha reducido en sus postrimerías, como a su sórdida hez, el ambicioso pero errado empuje romántico. Empezó, según todas las degeneraciones, por descuidar la proporción y regularidad del plan, la conexión y mutua dependencia de las partes entre sí, y sacrificar aquéllas al afectismo de la expresión recargada, truculenta, del trozo aliñado y deslumbrante. En labios de Víctor Hugo el bombástico, se jactaba aún de proscribir la retórica, al reemplazarla por otra más hinchada y retumbante; y con mayor fundamento, de respetar las normas capitales de la lengua y de la rítmica:

Guerra a la réthorique, el paix a la syntaxe.

Después, con el *estilo artista* y el simbolismo, descoyuntó esa sintaxis, y renunció a la significación y composición de la frase, en obsequio a la metáfora y al vano rumor de la palabra aislada. Termina destruyendo hasta la palabra, para no quedarse sino con la sílaba o el diptongo, en la idiota balbucencia del dadaísmo. No es posible caer más abajo. La locura furiosa se abate a ras del estupor cretino. Ni siquiera resta el incentivo de la dificultad vencida: no hay tarea más fácil que amontonar vocablos sin ilación, o que susciten imágenes fortuitas y deformes, como devaneos de indigesta pesadilla. No descubren sino la cobarde dimisión del juicio y voluntad, y la completa perturbación de la mente. Se les aplica muy bien la quevedesca *Receta para hacer Soledades en un día*. No hay ni sinceridad en tan grave yerro literario, pues los más de los vanguardistas se burlan en el fondo de sus propios escritos y de los embaucados lectores; y han prostituído el arte rebajándolo a insulsas bufonadas, a necias muecas

de payaso. No desesperemos de la inteligencia y la dignidad del hombre: por mucho que haya perdurado y continúe todavía tan inútil y risible extravagancia, a la cual es de preferir resueltamente cualquier otra escuela (así fuere la misérrima y prosaica de Malherbe y de Boileu, que por lo general produjo bagatelas insípidas, naderías, pero que propagó siquiera algo más que ruidos desacordados), la poesía tendrá que resucitar decorosa, rehabilitada, no indigna de una civilización adulta. En la lírica de Francia, a cuyo estudio ceñimos el presente artículo, la reacción purificadora hace mucho tiempo que principió con el neo-clasicismo de Samain; con el no menos benemérito de la denominada *escuela romana* de Juan Moréas, Carlos Maurras y Dorchain; y con el mismo suntuoso y de sobra maltratado Enrique de Régnier, adeptos del magnífico y eterno Renacimiento. Ellos y sus seguidores, y aun Pablo Fort, el de la prosa rimada de las *Baladas francesas*, han fomentado la imitación y el culto de Ronsard y su Pléyade, más apropiados a nuestra sensibilidad que los líricos inmediatamente posteriores del pseudo clasicismo.

XII

LA CUESTION DE LA LENGUA EN RONSARD Y EN MALHERBE

Igual sucede con la cuestión del vocabulario, que es previa, y cuya teoría, con pocas salvedades, se aplica también a las condiciones de todas nuestras lenguas neo-latinas. Dijo Ronsard en conocidos versos:

*Je fis des mots nouveaux, je rappélai les vieux.
Je fis d'autre facon...
Vocables composés et phrases poétiques;*

y explicó por extenso su doctrina en uno de los prefacios de la *Franciada*. Se hallaba entonces el idioma francés en

el período de la más radical transformación, desde que surgió como romance de *oïl*, y ante todo requería nobleza y abundancia. Por eso Ronsard admite numerosos neologismos, pero nó sin discernimiento, según lo tildaba, con sinrazón notoria, Guez de Balzac (Carta latina de Silhon). Muy al contrario, prefiere Ronsard, a los neologismos tomados del latín, del italiano y del griego, los derivados de palabras nativas “conforme al patrón ya aceptado por el pueblo”, aunque sean arcaísmos o provincialismos. “Al principio tal moneda de oro y plata parece extraña; pero el uso la domestica y suaviza, haciéndola recibir, confiéndole autoridad, curso y crédito; y se torna tan aceptada bajo el sol como nuestras doblas y escudos”. Rehuye la multiplicación de grecismos y de términos abstractos, como los que, so capa de especialidad, infestan nuestro lenguaje moderno; pero solicita con ahinco la aceptación de voces técnicas, de todos los oficios y las artes, para emplear con exactitud los nombres propios de las cosas, y evitar los rodeos o circunloquios, que hinchan el estilo y lo hacen *nebuloso* y *grotesco*, “a manera de los fantasmas engendrados por Ixión”. A fin de evitar tales vicios, aconseja, aún en poesía, el empleo de locuciones vulgares, optando por la justa vía media, entre la bajeza prosaica y la elevación presuntuosa. En teoría es Ronsard más circunspecto que en la práctica. El y Du Bellay sostienen con sana lógica que sólo las lenguas muertas carecen por definición de neologismos. “No hay que admirarse de oír palabras nuevas”. Mas éstas exigen para legitimarse la difusión del *uso*, y nó meramente del popular, sino de la ciudad capital, de la Corte, “que es siempre el más galano, debido a la majestad del Príncipe”.⁸² Pero “nada puede perfeccionarse sin la ayuda de los demás”; y de ahí que para punto de partida de los neologismos no excluya, si-

82 Véase el citado Prefacio de Ronsard a la *Franciada*, y además consúltese la *Defensa e ilustración* de Du Bellay, libro II, cap. VI.

no al revés recomiende mucho, el origen provincial o dialectal de éstos, como vengan de los dialectos más afines a la lengua literaria, por ejemplo el normando, el borgoñón y el picardo, y hasta de verdaderos idiomas gemelos como el valón, (paralelo solamente al francés genuino entre el Loira y el Sena). Es lo que en realidad sucede con todas las lenguas romances. Hay casos patentísimos de incorporación de formas dialectales en el castellano, el toscano y el francés literario.⁸³

Apunta Ronsard, como el mejor procedimiento para obtener derivados verbales, lo que en su estilo de continuas metáforas denomina *provignement*, que es en agricultura el mugrón o ataquiza de un sarmiento, multiplicador de las vides. Del propio modo quiere utilizar para derivaciones los vocablos preexistentes en el lenguaje nacional, aunque sean arcaicos. A falta de arcaísmos que puedan rehabilitarse con discreción, en caso de necesidad se acudirá al cultismo latino, y último término al griego. Tan razonables doctrinas eran las mismas que a la sazón defendían para el francés el insigne humanista Enrique Esteban, y para el latín Marco Antonio Muret, íntimo amigo y maestro de Ronsard, apoyándose literalmente en textos de Cicerón contra los propios nimios puristas ciceronianos del Renacimiento. Eran las mismas que en España propugnaron el célebre Juan de Valdés, en el precioso *Diálogo de la lengua*, el comentador virgiliano Juan de Guzmán, discípulo del Brocense y de Mal-Lara; el poeta sevillano, comentador de Garcilaso, Fernando de Herrera; en el siglo XVIII, entre otros, Jovellanos; y los mejores hablistas españoles e hispano-americanos del XIX, como Viera, Caro y Cuervo.

⁸³ Véase la *Preexcelencia de la lengua francesa* por Enrique Esteban, Tercera Parte, que es donde el gran helenista preconiza el aprovechamiento de los dialectos modernos.

Oponiéndose a la libre y sensata fórmula de Ronsard y los dichos, Malherbe erigió teóricamente en ley omnimoda y absoluta del idioma el uso plebeyo de París, el de los jornaleros de sus plazas y mercados, el de los cargadores de sus muelles, mientras reclamaba, para colmo de contradicción, en los versos, a que llevó el ideal del prosaísmo (según con sobrado fundamento se lo acriminaba la sagaz Gournay), estrictas rimas ortográficas y no sólo auditivas, disintiendo de la popular y llana práctica de sus predecesores Ronsard y Du Bellay, que es también la de todos nuestros versificadores castellanos desde Garcilaso a los modernísimos. En sus consabidas y flagrantes inconsecuencias, Malherbe por cuenta propia se guardaba de los vulgarismos parisienses que encarecía con tanto empeño, para no contaminar con ellos el aseo y compostura de sus trabajadas poesías. No se permitió emplear términos bajos sino en sus descosidas cartas familiares, y en la prosa de las cacareadas traducciones de las noventa y una de Séneca a Lucilio, la del tratado de los *Beneficios* de aquel filósofo y la del libro XXXIII de Tito Livio. No obstante, hubiera podido alegar, en favor de la radical doctrina del *mero uso espontáneo*, el aparente dictamen de tan refinado cincelador como Horacio, en los asendereados hexámetros de la *Epístola a los Pisones*:

*Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.*

Lo han repetido o parafraseado tres pulquérrimos artistas D. Antonio de Solís, Martínez de la Rosa y Manzoni. Idéntico principio mantuvieron en el siglo XVI los anti-aristotélicos pensadores Ramus y Vives; y en el XX, el literato y ensayista Rémy de Gourmont. En el XIX, otro excéntrico francés, el libelista y traductor Pablo Luis Courier lo prohijó y puso en obra muy puntualmente, mirando más que a nada a los arcaísmos conservados por la plebe de

los campos. En nuestra América española, bien al contrario, el egregio filólogo bogotano D. Miguel Antonio Caro, con un discurso académico de 1881, demostró que el cabal parecer, y la práctica ejemplar y constante de Horacio abogan por el buen uso, ilustrado y reflexivo, el cual se atiene al tipo e idiosincrasia de la lengua, y en conformidad sabe aprovecharse a la vez de arcaísmos y neologismos, y no se doblega a cualquier hábito plebeyo e inmotivado. Ya el español Vargas Ponce, a fines del XVIII, había escrito que si no atendiéramos más que a la letra muerta de las palabras de Horacio, alcanzaríamos solamente “una semiverdad, que es peor que una mentira entera”.

Aquel sentir templado y juicioso acerca del uso mejor y clásico, fue el concretado por Vaugelas, en la tercera posición del problema, quien se alejó al plantearlo mucho más de Malherbe que de Ronsard. Sainte-Beuve califica a Vaugelas de *notario y estadístico de la lengua*, simple testigo del idioma, botánico de giros, que no legisló ni reformó sino recopiló y describió. Al observar Vaugelas que la costumbre valedera en el lenguaje es la cortesana, refrendada por la sociedad selecta, y los escritores más calificados y respetables, autorizada por los precedentes, sujeta a la par a la ley racional y unificadora de la analogía, y a la diversificadora tendencia de los idiotismos peculiares e instintivos del habla, rectificó sin quererlo el abatido plebeyismo teórico de las enseñanzas gramaticales de Malherbe, que en esto conduce a la anarquía, y que contradijo, por capricho o superficialidad, las propensiones de su tiempo y la raíz más profunda de la regeneración poética que emprendió. En la esencia del debate filológico, Vaugelas viene a confirmar en buena parte la tesis de Ronsard, cuya integridad abundante y múltiple, a fuer de renacentista, halló un defensor caluroso, avanzado ya en el siglo XVII, en La Mothe-Le Vayer. Esta es la que defendieron en la antigüedad clásica Cicerón, César y Quintiliano; y en España, el recor-